

María del Mar Ramón

Todo muere salvo el mar



María del Mar Ramón

Todo muere salvo el mar

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): febrero de 2023
ISBN 13: 978-628-7582-42-2
ISBN 10: 628-7582-42-1

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

Para mi papá,
que ahora es el mar.

Parece una ley: todo lo que se pudre forma una familia.

FABIÁN CASAS

En lo único que creo es en el accidente.
Lo único que sabe hacer el universo
es derrumbarse sin ningún motivo,
es desmoronarse porque sí.

BEATRIZ VIGNOLI

Contenido

PRIMERA PARTE

El rugido de una ola enmudecía la tierra. Por unos instantes, Lucas estuvo inmerso en una oscuridad que lo consumía. No tocaba la arena con los pies, no hallaba oxígeno que entrara a sus pulmones, estaba a la deriva vencido por el agua salada que, despiadada, lo llevaba y lo traía, a pesar de sus esfuerzos, al mismo lugar. Trató de nadar y no tuvo contra qué impulsarse. No pensó en la muerte Lucas. No quiso ni tuvo tiempo de contemplar la idea de morir ahí, ahogado tan cerca de una orilla y tan lejos de la hondura del mar. Solo pensó en el hartazgo.

La siguiente ola arrastró la pesada tabla sobre la que estaba y la estrelló con violencia contra su cara. Con esmero, apoyó sus brazos sobre la tabla. Tosía y jadeaba agotado. Qué minúscula debía verse su epopeya desde la perspectiva de la orilla. Porque sigue siendo imposible, a pesar de cada descubrimiento, predecir el error del mundo, su forma maltrecha, su arbitrariedad.

Parpadeó varias veces, de vuelta a la vida. El golpe lo había aturdido, pero no lo dejó inconsciente, solo hizo que le sangrara la nariz. Pidió una tregua, que se la diera el mar. Las olas ya no le rompían en la cara. Con la mejilla apoyada en la tabla y el resto del cuerpo sumergido en el agua se preguntó si podría estar para siempre así, náufrago. No se creía capaz de volver a levantar la cabeza, no se creía capaz de remar.

Se dejaría llevar. Dejaría de luchar, de nadar, de empeñarse en esa resistencia cruel a su propia muerte, se hundiría ahí mismo, o en su propia tristeza. Mirando al infinito, recostado en ese pedazo de icopor y acrílico que flotaba, advirtió un silencio que lo llenó de tranquilidad. Durante un instante olvidó el sufrimiento, las ganas de morir, y apenas lo había notado, cuando el rugido del agua lo ensordeció de nuevo.

Un grito lejano lo hizo despabilarse. No quería volver la cara hacia la playa y ver la vida, su vida, la superficie, la orilla, la tierra. El grito se hizo más fuerte y escuchó que se sumaba otra voz. Quiso quedarse quieto y seguir con la tarea de dejarse llevar, pero finalmente giró la cabeza y vio en la orilla el cuerpo lánguido y pálido de Paula, que movía los brazos en señal de

auxilio mientras gritaba su nombre. Un chico a quien no conocía gritaba con ella.

Debía subirse a la tabla y remar de vuelta. Probablemente una corriente lo había alejado de la isla. Hizo fuerza con los brazos y se sentó sobre la tabla; luego levantó la mano para que Paula y el chico se despreocuparan y dejaran de llamarlo.

Él estaba naufragando y era ella quien hacía la señal de auxilio. Se recostó en la tabla y, con la nariz sangrando, intentó remar en contra de la corriente hacia su esposa. Tenía que volver para encontrarse con el abrazo frío de Paula, en esa isla en la que se hallaban extranjeros. Fuera del mar lo esperaban su propia culpa, su ira, sus ganas de morirse, su incapacidad para hacerlo, la terapia de pareja, los eufemismos para lo innombrable, su empeño por iluminar el pozo de brea en que se había convertido su interior, el esfuerzo por fingir que no había sido así, su miedo a los fantasmas de los niños que se van al cielo.

Habría deseado estar para siempre flotando a la deriva, pensó mientras caminaba hacia la orilla.

Todavía jadeando, Lucas le dio la mano al joven muchacho que estaba con Paula.

—Casi te vas, mi hermano. ¿Surfeas hace mucho?

Su esposa resopló entre los labios y Lucas supo que ella quería decirle al chico que no, que era su primera vez, que justo ahora a él le había dado por intentar algo nuevo, tonto, arriesgado y ridículo para su edad, solo para molestarla. Sin embargo, Paula se contuvo, así que eso se lo dijo él.

—No, no. Es mi primera vez —respondió Lucas, resignado a decir exactamente lo que Paula habría querido aclarar.

Pedro era un chico moreno y fornido. Debía tener veinticinco o veintiséis años. Una cabellera azabache le brotaba de la cabeza con voluntad y determinación. Tenía ojos miel y una piel suave. Llevaba varios tatuajes en los brazos y uno en el gemelo izquierdo. No tenía barba y de su torso lampiño salían dos largas piernas cubiertas por una pelusa sutil.

Lucas lo miró con tanta atención que se avergonzó y bajó los ojos. No tardó en darse cuenta de lo bello que era el chico y de lo mucho que lo envidiaba. Habría dado lo que fuera por volver a ser joven; por tener el metabolismo ágil y no esa panza que empezaba a molestarle. Habría hecho cualquier cosa por no padecer el dolor de la rodilla que anticipaba los días de lluvia, la gastritis, la resaca, la depresión y la ansiedad. Habría pagado lo que no tenía por ser un muchacho de veinticinco años otra vez e incrustar una de esas erecciones que solo conseguía antes de los treinta en todos los agujeros de todas las jovencitas de tetas erguidas que encontrase, le habría encantado cogérselas y no amarlas, ni enamorarse, ni saber que el precio del amor es el dolor y que la muerte no se esquiva.

—¿Tú surfeas? —preguntó Lucas, para continuar la conversación.

—No, mi hermano. No surfeo hace tiempo. Surfeaba cuando era chiquito y después dejé.

—¿Cuando eras *más* chico?

Pedro sonrió con algo de vergüenza. Era todavía tan joven que

ya se sentía más viejo.

—¿Eres de acá? —preguntó Lucas.

—No, no. ¡Imagínate! Soy de la capital, pero veníamos mucho con mi familia a una playa cerca, de donde era la mamá de mi papá. Ahora vinimos con mi esposa, Clarice, a la isla porque es nuestra luna de miel. En realidad no nos casamos en una iglesia, ni nada así, pero hace un mes murió el papá de ella y nos pareció que había que celebrar el amor.

El rostro perfecto de Pedro se fue poniendo más serio conforme se confesaba, de manera evidentemente involuntaria. Lucas se incomodó por la cantidad de información y apenas atinó a decirle "lo siento" y a mirar otra vez hacia la arena blanca sobre la que estaban sus pies. Paula leía a un par de metros de los hombres. No veía a la tal Clarice en ningún lado. Después de unos instantes de incomodidad, Pedro insistió con las preguntas:

—Tú y tu esposa están de turistas, ¿no? ¿Es tu esposa?

—Sí, es mi esposa. Pero estamos casados hace poco, un par de años —dijo bajando la voz. El matrimonio al que Lucas se refería era, en realidad, la firma de la unión convivencial: un trámite burocrático que habían concretado para que Paula pudiera gozar de su seguro médico. No se sentía del todo cómodo refiriéndose a ella de ese modo. Decir *mi esposa* o *mi mujer* para él era, todavía, un placer prohibido, como lastimarse los labios y no poder dejar de sacarse pedacitos de piel con los dientes hasta hacerlos sangrar —. Nos conocemos desde que somos adolescentes. Es una historia larga.

Pedro abrió más los ojos, esperando a que Lucas empezara a contar la historia, pero una vez más reinó el sonido del viento contra las palmeras. Lucas se sintió obligado a decir algo:

—Logramos encontrar un huequito en la agenda y aprovechamos para venir a la isla a descansar. —No sabía si mentía; en definitiva, el viaje pretendía ser un refugio de la muerte. Se preguntaba si de eso se podía descansar.

Pedro sonrió otra vez con delicadeza y amabilidad y a lo lejos se vio llegar a una chica alta, altísima, más alta que ambos, de color dorado, sonrisa amplia, pelo sucio de playa, un collar de crustáceos y un culo enorme y respingado. Le dio un beso apasionado a Pedro y saludó a Lucas con la mano. Tenía un acento confuso y hablaba un español chapoteado, aunque la buena voluntad por hacerse entender compensaba la extraña

sintaxis.

Paula levantó los ojos del libro y se llevó la mano a la frente para cubrirse del sol y ver a la mujer que acababa de llegar. Dejó el libro al lado de la estera y, lentamente, levantó de la arena su cuerpo delgado, más delgado que siempre. Tenía la piel blanca, los ojos negros como un venado y el pelo casi azul atado sobre la cabeza. Se sumó a la charla abrazando por la cintura a Lucas, que la presentó por el nombre, y después agregó un “mi mujer”.

Laguna Azul había sido una hostería pequeña y modesta a la orilla del mar, administrada por la familia Molina durante dos generaciones antes de que la comprara un grupo empresarial que buscaba posicionarse en el ecoturismo y volver la hostería un *eco hotel boutique*. Esto construyendo una piscina en el centro de la casa grande y quitando los adornos que la abuela Molina había puesto para decorar. No habían hecho casi ninguna modificación estructural porque la sofisticación moderna demandaba sobriedad, acabados originales, pinturas desgastadas, techos altos, cielorrasos de palma, conservar lo viejo, restaurar, que todo fuera blanco, que todo dialogara con el contexto, con el lugar, con la naturaleza, que los baños tuvieran una claraboya para mirar las estrellas.

Tampoco le cambiaron el nombre para no perder la antigua clientela. Por eso, lo primero que todo el mundo se imaginaba al escuchar el nombre del hotel eran las tetas adolescentes de Brooke Shields y la relación incestuosa con su hermano. Los visualizaban a ambos con los genitales cubiertos con hojas. Finalmente, pensaba Lucas con ironía, después de hacer ese recorrido de imágenes, los que llegaban a la Laguna Azul eran sobrevivientes.

La isla tenía menos de cuatro mil habitantes. Algunos la llamaban La Perlita del Caribe. Laguna Azul era apenas uno de los cinco hoteles más o menos iguales que se habían puesto de moda entre turistas que buscaban *desconexión del mundo y un vínculo soñado con la naturaleza y el mar,* como decía su *brochure*. No había carros y los isleños se movían en bicicletas o pequeñas motos. El centro de la isla era un lugar caótico donde se vendía pescado hasta las diez de la mañana y el resto del día funcionaban pequeños comercios sofocados por el sol. Todo se paralizaba a las doce del mediodía y el poblado volvía a la vida a las cuatro de la tarde, cuando bajaba un poco el calor.

La Perlita tenía una especie de puerto que en realidad solo era un pedazo de orilla al que llegaban viejos barcos con mercadería para los comercios del pueblo. Los hoteles, las mansiones que

bordeaban las playas y el centro de buceo se abastecían de manera independiente en el continente. Los pescadores, los lancheros, los capitanes y los marineros, las empleadas del servicio, las peluqueras, las cocineras, los locos y los viejos eran todos negros. Los dueños de las cosas, en cambio, eran blancos que venían, como la familia Molina, de alguna otra tierra a colonizar comercialmente las playas, convencidos, a veces para sus adentros, la mayoría de las veces a viva voz, de que los negros no hacían sino botar la plata porque solo servían para pescar y para beber. Los propietarios de los cinco hoteles y de los comercios más grandes, vivían la mayor parte del año allí, aunque siempre se sentían extranjeros, recién llegados, diferentes, dueños y extraños. Después ellos también tuvieron dueños, los de los eco hoteles, las mansiones para "desconectarse del mundo", los inversionistas, los nuevos arquitectos de trajes de lino que no iban nunca a la isla, pero que la habían diseñado a su sobrio y magro antojo para que gente de capitales fuera a alejarse de su celular, de su pena, de su angustia de ciudad.

Solo se podía llegar de dos maneras a La Perlita: la primera, elegida por la mayoría de los locales, algunos hippies aventureros y alemanes blancos con rastas sucias de no bañarse por días, era embarcarse desde el continente en un largo viaje en lancha que podía durar seis u ocho horas, dependiendo de la marea, de las corrientes, de la agilidad del capitán, de los vientos y del humor del mar. Finalmente se reducía a eso, a si el mar estaba "bueno", o si la inclemencia de su mal humor se traducía en un oleaje imposible que levantaba las proas de las precarias y viejas lanchas de fibra de metal y las hacía saltar, destruyendo la espalda de quienes estuvieran a bordo. Cuando el mar estaba "malo", el viaje duraba ocho horas y la gente llegaba mojada, agotada y con un mareo que les daba la sensación de vivir en gelatina. Cuando el mar se levantaba cruel, era mejor ni intentar.

La segunda forma de llegar era tomar un vuelo en un avioncito que más entraba en la categoría de avioneta. El vuelo salía de la ciudad más cercana en el continente y la fecha de ese trayecto la coordinaba la empresa de *ecoturismo* y *desconexión*. Generalmente llegaba los lunes; el mismo precario avión que dejaba a los turistas nuevos y blancos que esperaban el sol era el que se llevaba a los que ya querían o debían irse. En temporada baja, como en ese momento, el costo era mucho más alto.

Fue la idea del avión lo que más hizo dudar a Lucas de viajar a La Perlita. Detestaba volar. Tenía la religiosa costumbre de mirar la cara de las azafatas ante cada pequeña turbulencia. Paula siempre se burlaba, señalándole, desde la altura de quienes no temen, que si la muerte los fuera a encontrar en el aire, el gesto apacible o aterrado de las azafatas sería irrelevante.

En los últimos años, había logrado controlar el temor con ejercicios de relajación, respiraciones profundas y, si se había levantado angustiado o había dormido mal, se concedía un cuartico de clonazepam.

Pero después de esa noche de abril con Paula, que todavía lo perseguía en pesadillas, decidió que quizás lo único que podría traerles algo de paz, un mínimo de sosiego que los sacara del estado catatónico en el que vivían desde ese todavía más oscuro y triste noviembre, sería ir al único lugar en el que ella recordaba haber sido feliz. Imperturbablemente feliz. O quizás, el único lugar que el duelo todavía no ensombrecía con su manto de desolación.

El tío de Paula, un señor al que Lucas solo conoció por historias y de cuyo mítico recuerdo a veces se permitía dudar en silencio, había sido el fundador de uno de los hoteles de La Perlita. Paradójicamente fue el primero en perder y vender el lugar, en esa época a una gente que pagó una fortuna por construir ahí una mansión, antes de que se pusiera de moda. Al abandonar la isla, el tío de Paula murió de un infarto que todos adjudicaron a la pena de no estar más en La Perlita.

Hasta donde Paula sabía, la familia de su padre no había vuelto, pero el lugar había quedado intacto en la memoria de todos, plasmado como una foto de mejores tiempos: tiempos en los que se querían, en los que estaban vivos, cuando la pelea por una herencia miserable no los había hecho odiarse hasta dejar de hablar y cuando la enfermedad, la vejez y la abulia no los habían atomizado lejos de lo que alguna vez llamaron familia.

Durante los años que habían pasado juntos —lo que fueron en un inicio, después como pareja y después como esposos— Paula le había pedido a Lucas que fueran allí, pero él siempre se negaba, presa de su miedo a volar. Sin embargo, esa noche fría de abril, después de decir que prefería morir, que elegía morir, antes que seguir un minuto más sintiéndose tan triste, ante la incapacidad de su cuerpo para cooperar con la muerte, Paula se

tiró al suelo obligándolo a ceder.

Esa vez no quiso abrazar a Lucas. No quiso recibir su cuerpo tibio que la acunaba. Desde el piso, con los ojos llenos de lágrimas le dijo que se sentía vencida. Que no podía cargar más con el peso de sus huesos. Lucas la miraba sollozando, le consentía la espalda mientras ella se dejaba ir hacia el suelo. Entonces la escuchó respirar, más que respirar: resoplar. Y percibió cómo su cuerpo se erguía, sus músculos se llenaban de una fuerza nueva que la ayudaba a ponerse en pie. Pensó que la crisis había pasado, pero Paula se dio vuelta con los ojos encendidos.

—Tú no entiendes nada, Lucas. No entiendes nada. —Y le quitó la mano con violencia, mientras él la miraba en silencio, desconcertado y confundido porque esta no iba a ser otra noche de llorar juntos—. ¡Deja de llorar! —le gritó levantándose bruscamente del piso, dejándolo de rodillas con la mano todavía en el aire—. ¡Deja de llorar, porque no entiendes! No puedes entender el dolor que siento.

Lucas la miraba aterrado y el desconcierto se transformó en una bronca que también lo levantó del piso. Él también estaba cansado, también estaba desconsolado, tampoco sabía cómo seguir vivo y ella no tenía idea de lo que hacía por contenerla. Respiró para calmarse y no gritar. No quiso decirle que era una egoísta, una malcriada, una cruel. No quiso hacerle saber que a veces también la odiaba y que otras veces, otras horribles veces, imposibles de confesar, la creía culpable.

Paula lo miró con una expresión rabiosa y se sintió más frustrada ante su silencio.

Se limpió las lágrimas con la palma de la mano. Lucas quiso decirle que no siguiera hablando, pero parte de su venganza consistía en dejarla hablar y que la culpa se hiciera cargo de ella después. Así que no la detuvo, tampoco pudo imaginar el diálogo que vendría, ni quiso hacerlo.

—¡Ojalá me hubiera muerto yo! O mejor: ojalá te hubieras muerto tú.

Paula dijo: ojalá te hubieras muerto tú, cuando en realidad quería decir: ojalá te hubiera matado y ojalá pudiera matarte. Sin embargo, Lucas estaba obligado a creer que ella no había querido decir lo que dijo, lo que sentía; el amor que se tenían, que honraba el que antes se tuvieron, que había devenido en ese

sentimiento misterioso y agudo que ahora los unía, lo obligaba a creer que ella en el fondo no quería lastimarlo, así quisiera. Por eso el amor se parece a la fe.

Antes de que la ira lo embargara, de hacer él también su reclamo irracional y dejar de lado las razones médicas con las que trataba de consolarla y de consolarse; antes de destruir con las uñas el refugio que la ciencia y la estadística les habían prestado para esconderse de la tragedia, la culpa y la superstición, Lucas se acercó a Paula, que bramaba con lágrimas y babas, le dio un beso en la cabeza y se encerró en el estudio a sacar los pasajes a La Perlita, ese último lugar, ese punto ciego de la muerte y la ira.

La gota de sudor rueda por la frente de Lucas como si fuera petróleo lo que transpira. Su respiración se agita tratando de aislar la humedad del aire y extraer de allí el oxígeno que precisa para vivir.

Están en una mesa sobre la arena. La quietud de la atmósfera le da la sensación de estar viviendo en una foto. En el cielo no vuelan aves, en la tierra no repta ningún animal y las hojas de las palmas permanecen imperturbables. El calor ha detenido el mundo.

Sus pulmones se expanden y se contraen. Traga una saliva espesa. Paula está sentada al frente. Tiene las piernas largas apoyadas contra el borde de la silla, así que Lucas le ve la cara y a continuación las rodillas, como si las piernas le nacieran del cuello. El pelo atado, la piel lisa y el gesto estático hacia el horizonte. Paula no transpira. No se inmuta, el calor parece no turbar su humanidad. Lo único que se mueve en el aire es un moscardón que hasta se oye volar cansado.

Paula deja el celular en el que escribe frenéticamente desde hace días. Lucas oye sus dedos rebotar contra la pantalla táctil: escribe a tal velocidad que a veces parece que fuera a romper el teléfono. Es el peso de su intimidad. Es un diario lo que dice que redacta. Es el hastío, supone Lucas, lo que intenta narrar.

Al frente de Paula hay un mango sin pelar. Ella saca la mirada de la costa para dedicar su atención a la fruta. Clava la uña larga del pulgar y penetra la cáscara del mango. Un jugo amarillo sale de su interior. Paula mete el dedo con más fuerza y el silencio es tal que se puede escuchar cada filamento del mango romperse ante la violencia del dedo. Sus manos se tiñen del amarillo viscoso de la pulpa. Paula acerca la boca, al principio con timidez. Muerde el primer pedazo. Cierra los ojos y saborea: es dulce, tan dulce que parece intoxicarla. Su boca se vuelve amarilla como sus manos. En lugar de acercarse una servilleta, vuelve a morderlo con más voracidad. Arranca la cáscara, los filamentos se le enredan en los dientes.

Mastica, escupe y resopla. Con los ojos apretados devora la

fruta con angustia. La aprieta como si fuera a escaparse y Lucas escucha el latido de algo que trata de huir, intenta preguntarle a Paula si puede oírlo, pero está enmudecido, el sonido le corroe los oídos. Hay un animal a punto de ser sacrificado. Es el latido de algo que antecede la muerte, y él también siente su taquicardia.

Con las plantas de los pies contra la silla, Paula destripa al mango en cuclillas como un depredador salvaje. Trata de roer una pepa, intenta consumirlo todo, devorarlo, acabar con todo y Lucas no sabe ya si es un mango o un ave. Si es cáscara o son plumas, si ella está masacrando a un animal desollado, si es el jugo dulce o es sangre lo que inunda su boca y le tiñe los dientes, las manos, la piel.

Del mar furioso de la tarde anterior ya no quedaba nada. Era como si el mundo se hubiera reiniciado en la noche. El oleaje desordenado, constante y tironeado por corrientes invisibles que adentró a Lucas hacia el horizonte había desaparecido en la oscuridad y el agua se había levantado como una piscina turquesa.

Era temprano y Paula todavía dormía. Lucas se acercó y la cubrió con la sábana para que el sereno no la enfriara. Se quedó mirándola en silencio con cuidado de no despertarla. Su piel parecía de papel y sus ojos cerrados tenían una apacibilidad que se le hacía extraña. Hacía tiempo que él no podía dormir profundamente. Alguna pesadilla lo despertaba a la noche, transpirado y nervioso. Casi nunca recordaba con qué estaba soñando, solo tenía la sensación de haber sido bruscamente expulsado del sueño, como si se cayera dormido, pero no el regular traspié que da vértigo y abre los ojos, no; Lucas soñaba que caía de un rascacielos y la inminencia del suelo lo traía de vuelta al mundo de los vivos, aterrorizado. Durante un tiempo pensó que eso era la sensación de estar muriendo, o que en el sueño ya estaba muerto. Era más difícil conciliar el sueño cuando peleaban con Paula, pero el sueño de ella se conseguía con pastillas mientras que la fragilidad del suyo dependía de muchos otros factores.

Mirando por la ventana el mar, desde esa cabaña prolija hecha de palma y concreto, con el sonido blanco del ventilador, pensó que llevaba años sin descansar. La noche anterior había sido una buena noche. Después del incidente de la tabla de surf, que él llamaría un naufragio, exageración de la que Paula se burlaba, se habían quedado hablando con la parejita de jóvenes de la playa. Pedro les había contado la historia del matrimonio fugaz y de la intempestiva mudanza de Clarice al país. Ella había tratado de contarlo, pero su español se hacía lento y a Pedro le daba impaciencia, así que tendía a repetir las frases que ella construía para aclararlas o simplemente reproducirlas más rápido.

Se habían conocido en Cartagena. Pedro dijo que se había

enamorado de ella al instante, que después se había ido a Suecia a buscarla y que allí pasó una breve temporada hasta que el frío lo hizo desistir del amor y le pidió que volvieran a su tierra. Clarice se negó, de modo que Pedro volvió con el corazón roto, pero con la memoria de un romance bonito, veraniego, perfecto en su brevedad. A pesar de ello, siguieron escribiéndose largos mails, epístolas eternas de un amor imperturbable, como son los que no se concretan y viven felices en el recuerdo sin llegar a descomponerse en el ejercicio del presente. Sin embargo, la muerte del papá de Clarice cambió todo. Decidió que la vida era muy corta, los euros eran una buena moneda y eventualmente podría ejercer como psicóloga en cualquier otro país. Así fue como volvió, volvieron y desde entonces celebraba el amor.

Lo escueto de la explicación se justificaba al ver a Clarice: quizás su única naturaleza era la del desarraigo, quizás ella era una de esas personas livianas que iban por la vida ocupando poco lugar, sin raíces largas, con ojos hambrientos de más mundo. En su silencio extranjero, Lucas veía esa característica del desapego con cierto temor, pensando que personas como ella vivían de observar las vidas rutinarias de los otros y de advertir cómo cada tonto hábito de una pareja terminaba en su demolición. Veía el interés de ella por ellos como una especie de premonición. Como si Clarice fuera un ave carroñera que antecediera la muerte. La anticipaba. La generaba.

Lucas y Paula los escucharon atentos. En el fondo, los dos agradecieron que ni Pedro ni Clarice les hicieran preguntas. Lo que antes los hubiera molestado, el exagerado egocentrismo de la juventud y su tendencia a pensar que sus historias son únicas, ahora los aliviaba. Cuando cayó la tarde, fue Lucas el que desarmó la charla para ir a cenar y después a la habitación.

—¿Te imaginas el plan de levante en el que estaría el tal Pedro con la gringa? —le dijo Paula divertida, con los ojos extrañamente atentos a su respuesta mientras se tomaba una pastilla para dormir y sacudía la cama antes de acostarse.

—Bueno, así se conoce la gente, finalmente. Me parece chistoso el cliché.

—Es que son muy chicos y están de vacaciones. No se sostiene un matrimonio de vacaciones. ¿Tú crees que se casaron de verdad?

—Pues Pedro me dijo que se habían casado, pero no por lo

religioso. Quizás sí se casaron por el tema de la visa de ella o algo así —le contó Lucas, como si supiera los detalles de esa pareja que ambos acababan de conocer y, por instinto, sintiendo que debía defender al muchacho.

—Bueno, pero es una locura total. Suecia es muy distinto. Es lindo todo esto ahora, que cogen diez veces por día y se broncean. Es más, es pintoresco para ella: el folklore, mirará con ternura el desorden, la inseguridad, la impuntualidad, la incerteza, pero después, cuando tenga que vivirlo de verdad, no se van a soportar. Al menos son jóvenes.

Lucas tuvo la urgencia de contradecirla.

—Ni que fuera Bagdad esto, Pitu. Tampoco es tan diferente. ¿Y si les va bien?

Paula pasó por encima del desacuerdo y se rio.

—¿Cuántos años crees que tengan?

—No sé. ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Sabemos que ella terminó la universidad y todavía no sabemos él qué hace. De pronto es un poquito mayor. O quizás menor. Podría ser menor.

—Yo creo que es menor —dijo Paula—. A mí se me acercó en la playa cuando te estaba llamando y automáticamente se puso a gritar conmigo. Casi se mete a nadar si no salías. Eso es de muchachito.

—Puede ser.

—¿De qué habrá muerto el papá de ella? Por ahí es millonaria en Suecia y es una de esas europeas que se rebelan viniendo a vivir a América Latina para castigar a la familia.

—Puede ser, aunque habla mucho mejor español del que uno se imaginaría, como si hubiera aprendido hace tiempo y no hace un mes.

—Es cierto, pero viste que los europeos no son como los gringos: los europeos aprenden español rápido; se esfuerzan, así lo hablen mal. En cambio, los gringos están acostumbrados a que uno tenga que entenderlos, y lo peor es que triunfan: la mayoría de las veces alguien les habla en inglés y problema resuelto.

La especulación siguió hasta que Paula se quedó dormida sobre el hombro de Lucas. Esa noche él tuvo cuatro de esas pesadillas insoportables, pero no se levantó tan angustiado. Las había tomado con paciencia, como parte de su nueva forma de dormir, que acompañaba su nueva forma de vivir, de sentir, de comer, de respirar: que era una forma incompleta, a veces

insoportable, que no sabía cuánto iba a durar.

Lucas salió silencioso de la habitación y se sentó en la playa al amanecer. Lo picaron unos jejenes que no pudo ver, pero que le dejaron punticos rojos en los tobillos. A lo lejos, en el mar, una canoa albergaba a dos pescadores.

Eran un hombre con una camiseta raída y una cachucha desteñida y un muchacho fornido, alto, sin camiseta, cuyo cuerpo parecía tallado en bronce. El de la cachucha manejaba el pequeño motor de la canoa y organizaba los pescados. El muchacho de bronce levantaba la red y la ordenaba con una agilidad imposible, encontrándole un derecho y un revés. El silencio reinaba en el agua sin olas. Se escuchaba la brisa suave y casi se percibía el aletear de una bandada de gaviotas.

El muchacho hacía una pausa con el barullo de hilos entre los brazos y, de repente, sin aviso, giraba el torso hacia el costado, marcándose los oblicuos, y desplegaba los brazos, de los que volaba lo que antes eran hilos enrollados en un círculo perfecto que caía sobre el agua y se hundía hasta quedar sujeto únicamente de un hilo.

Pedro venía trotando por el lado derecho, pero Lucas estaba tan concentrado en los pescadores y las gaviotas que no lo notó.

—Te levantaste temprano, mi hermano —le dijo, mientras se secaba el sudor con la mano.

—Sí. Duermo poco. Estaba viendo pescar.

—Ah, sí. Anoche hubo luna llena y hoy es día de marea viva. Yo pensé que iba a haber más barcos, pero se ve que ayer hubo fiesta en el pueblo porque no salieron a pescar —le dijo Pedro, alardeando un poco de su conocimiento tanto del mar como del pueblo.

Lucas se quedó pensando en la belleza del término marea viva; lo conmovía la idea de que el mar tuviera voluntad. Después volvió a mirar a los ojos a Pedro. Era tan joven y de alguna manera tan bello que le ganaban el pudor y la timidez. Desde el día anterior, que habían charlado, advirtió que llevaba varios días sin hablar con nadie que no fuera Paula. Al menos sin interesarse en lo que pudieran responder, y no dando una especie de orden o una respuesta automática que se tomara con exagerado servilismo, con sobreactuada amabilidad. Pensó en una frase de Pavese que había leído hacía tiempo, cuando le gustaba leer, sobre las personas en las playas, y el sol en sus cuerpos, y el pudor y la conversación que se daba entre extraños semidesnudos.

Pedro no se fue. Se quedó a su lado contemplando a los pescadores. Allí le contó a Lucas que recordaba haber ido a La Perla muy de chiquito y que recordaba que sabía pescar como los dos hombres de la canoa.

—Antes, cuando era otra vida, mi hermano —dijo con un halo de nostalgia joven que le ensombreció el gesto.

A Lucas le pareció en extremo dramática la afirmación. ¿Cuántas vidas habría podido vivir Pedro? ¿Qué sabría él de los duelos? Y después, con su actitud descreída, sintió que se convertía en lo que más había odiado de las personas mayores a su alrededor: un alma envejecida que, de tanto extrañar los años pasados, se convenció de que los más jóvenes eran ingenuos sin

vida y sin pena, cuerpos libres de todo lo que la edad hacía doler.

Pedro le contó a Lucas de los barcos y las oleadas, un pasado lleno de agua que contó escueto. Su papá había hecho otros negocios y el tiempo los alejó de La Perlita, luego murió (no profundizó en la razón ni reveló hacía cuánto tiempo). Dijo que por eso había decidido volver. Por prudencia Lucas no quiso preguntar más, pero imaginó que la historia estaba revestida de una turbiedad corrupta, y parte de la inocencia de Pedro se desvaneció.

—Bueno, mi hermano, voy a despertar a Clarice. Te veo al rato. —Y su cuerpo se fue trotando playa adentro hacia el hotel.

Lucas se quedó mirando el mar con los pies enterrados en la arena. Una brisa suave y tibia corrió el aire suspendido que lo abrazaba. Notó que una hormiga diminuta caminaba entre los vellos de su brazo derecho. Le pareció que ese animal casi microscópico batallaba con cierta épica entre sus pelos, como si fueran ramas. Para esa hormiga él era gigante, un país, un continente, un mundo entero.

Cuando volvió al Laguna Azul, Paula ya estaba en una de las mesas de madera del pequeño y rústico comedor que daba a la playa. Las mesas estaban en una especie de plataforma de listones de madera que las elevaba sobre la arena. Si hacían silencio, podían escuchar lo que suponían eran lagartijas y pequeños reptiles que movían hojarascas bajo la superficie de madera, disputando territorio, o comida, sobreviviendo. Pero cada vez que Lucas se asomaba por las rendijas entre los listones de madera, los animales se escabullían y no conseguía verlos, solo adivinarlos. El techo era de palma y colgaba un ventilador que tiraba el viento con precisión milimétrica para ahuyentar el calor sin enfriar la comida ni hacer volar las servilletas. El comedor tenía cuatro mesas, pero había espacio para al menos el doble. La saludó con un beso en la cabeza. Se veía descansada, las ojeras violáceas y profundas abajo de sus ojos se habían vuelto más amables.

—¿Fuiste a caminar?

—Sí, pero me quedé viendo a unos pescadores.

—¿Vas a pedir prestada la tabla otra vez?

—Me dan ganas, pero no me quiero volver a golpear ridículamente.

Paula se sonrió ante su confesión y le alargó una taza con café

caliente que ella ya había pedido para él. Una señora negra y enorme llevó la fruta picada y le preguntó a él qué quería desayunar. Lucas pidió unos huevos con arepa y probó un poco de la papaya de Paula, mientras los dos miraban la playa.

—Hoy no tengo ganas, pero mañana quisiera ir a caminar por el centro y ver lo que era el hotel de mi tío. ¿Me acompañas?

—Sí, claro que sí. ¿Te acuerdas del lugar exacto?

—Más o menos, pero más tarde, cuando hable con mi papá, le pregunto. Alguien se tiene que acordar.

Lucas se extrañó de la naturalidad con la que Paula deslizó que más tarde iba a hablar con su papá. No tenía claro cuánto tiempo llevaban sin hablar. En un momento había dejado de mencionarlo siquiera. Sabía que su papá la había llamado y le había mandado una serie de mensajes cuando se enteró de lo que pasó, pero Paula no amplió la información ni mencionó haberle respondido. Lucas se preguntó si la llamada la habrían coordinado. Si sería la primera, y después se preguntó con algo de celos infantiles por qué ella no le había contado que retomó el contacto. No quiso interrogarla en ese momento. No quería comprobar que Paula lo había omitido. No quería reconocer la extraña distancia que crecía entre los dos y cómo el mundo de Paula de repente parecía cerrarse en una intimidad que ya no compartía con él.

—¡Qué bien! —dijo fingiendo sorpresa. Pasando por encima de su propio asombro—. ¿Y hoy qué quieres hacer?

—Tengo ganas de quedarme al sol leyendo. Busca la tabla, así también te diviertes un rato.

—No estoy aburrido, Pitu.

—Bueno.

La mirada de Paula volvió al mar. La señora llevó a la mesa huevos humeantes sobre una arepa y él le clavó los ojos al plato. Después de algunos segundos, Paula lo miró de vuelta.

—Va a ser lindo verte en el agua otra vez —dijo entre irónica y divertida.

Y Lucas valoró el esfuerzo que había hecho por hablarle con ternura, por volver de donde fuera que se hubiera ido e intentar llevarlo con ella. Al menos reconocía eso: el esfuerzo de ella por tender puentes, o más bien por lanzarle una liana con la que él pudiera arrojarse al universo cada vez más privado de sus pensamientos. Quizás ella también quería sentir el pasado, volver

a vivir ahí, cuando compartía el silencio con él.

Ese día Lucas no pidió la tabla de vuelta. Todavía le dolía la nariz del golpe. Se dedicó a caminar hacia el final de la playa, que estaba a unos seis kilómetros a la izquierda y se sabía que terminaba porque emergía de la tierra una roca enorme contra la que rompían las olas. Después de esa piedra había, naturalmente, más playa, más isla, más de lo mismo pero en algún otro lado al que se podía ir por un camino entre el manglar, o nadando entre las olas, lo que parecía muy peligroso para alguien con sus precarias habilidades de nado. Caminó rápido. Los pies se le ampollaron a la vuelta y llegó al hotel jadeando de sed, porque no había llevado plata para comprar agua en las casetas diminutas de la playa. Se había cruzado con muy pocas personas. Una familia blanca con unos niños que jugaban en la playa, más pescadores, otras parejas que entraban y salían del agua y unas niñitas que se habían metido al mar en calzones, mientras una mujer de trenzas las miraba encallada en la orilla.

No pensó que fuera a caminar tanto, pero sus pasos lo llevaron con determinación, hundiendo el talón en la arena, sintiendo el rebote del cuerpo cada vez que elevaba los pies, mojándose las pantorrillas con olas traicioneras de las que no llegaba a escapar.

Le habría gustado decir que había reflexionado sobre su vida, que había recreado en su mente escenas lindas y también algunas trágicas, con el fin de que la intensidad de sus pasos resolviera todos sus dilemas, todos los dolores, y la clarividencia de la brisa tibia le llevara calma. En cambio, la caminata lo dejó tranquilo y sereno porque se dedicó a contarse historias de vidas que no eran la suya, a hablar solo, ante la ausencia de testigos. Diseñó diálogos en los que parecía en exceso locuaz y pertinente, inventó discusiones con personas que detestaba, como el imbécil de Esteban, y cómo lo humillaba con elegancia en una disputa laboral. Después pensó en Lucrecia, esa chica a la que había querido cogerse hacía poco más de un año. Desistió del proyecto por una culpa nueva. En ese momento no se sentía más ni menos enamorado de Paula, pero aún creía en ese amor. Algo que logró con Paula, justo al principio de su embarazo: sintió que el futuro era más importante que el presente, y que valía la pena pensar que había uno, actuar conforme a esa vida que todavía no tenían, aferrarse a ese sentimiento para pasar el tiempo.

Ahora le parecía inútil no haberse acostado con Lucrecia, y

dedicó parte de su caminata a imaginar el desenlace de esa noche si él no se hubiera ido a su casa, si no hubiera creído que era más feliz allí que en cualquier otro lugar.

Cuando volvió al Laguna Azul, Paula y Clarice tomaban el sol juntas. Las dos tenían los ojos enterrados en sus respectivos libros, pero la manera en la que habían dispuesto las esteras evidenciaba que habían estado charlando y lo que era todavía más extraño: que se habían sentido tan cómodas en la charla que pudieron dejar de hablar para ponerse a leer sin ir a otro lugar de la playa. De Pedro no había señales.

Lucas corrió al comedor a tomarse un litro entero de agua. El sol le había quemado más la cara, los hombros y la espalda. Debió haber caminado un par de horas bajo la inclemencia del mediodía. Fue hasta las esteras donde estaban las chicas. Sin levantar los ojos del libro, Paula le dijo:

—Te quemaste.

—Cómo sabes si no me has visto —le reprochó mientras su cuerpo se dejaba caer bruscamente a la arena.

—Porque te conozco. No te echaste protector. —Ahí lo miró para comprobar que tenía razón y se sonrió por tenerla—. Clarice viene mañana con nosotros a ver lo que era el hotel de mi tío. Ya hablé con mi papá y ya sé exactamente cómo encontrarlo. —Volvió al libro.

Lucas se sintió otra vez extrañado por el tono liviano de Paula. Se preguntó qué habría hablado con Clarice, qué con su padre, qué cantidad de cosas se habrían alineado en una mañana para que su forma de hablar perdiera la insoportable emocionalidad oscura que acompañaba sus palabras. Supuso que le contaría a la noche.

—A la noche comemos con los chicos, Luqui —le dijo, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

Por esas cuestiones caprichosas de la memoria, Lucas tiende a olvidar que la primera vez que vio a Paula en su vida ella salía del mar. Fue en algún enero entre el año noventa y ocho y el noventa y nueve, en medio de unas eternas vacaciones de fin de año, cuando el mundo estaba cerca de llegar a un nuevo milenio solo para encontrarse con que todo seguiría igual.

Luis Felipe, el padre de Lucas, decidió que ese enero toda la familia iría a Santa Marta a disfrutar del mar. Por primera vez, y también por última, se permitió la idea de un resort, motivado por esos *brochures* de *club med* que pululaban por la época, en los que aparecían familias felices, entretenidas y rodeadas de actividades para niños y para grandes, parejas que volvían a enamorarse, hijos que volvían a querer a sus padres.

Fue tal la extravagancia que, en lugar de hacer el largo y tortuoso viaje en carro, decidieron ir en avión. Sin discusión ni posibilidad de no disfrutar hasta el cansancio de las promesas del resort. Los primeros días, Luis Felipe se sintió inquieto y algo vulnerable por estar en un lugar del que no podía salir cuando quisiera. Por esa incomodidad de su padre, intuye Lucas, fue que jamás volvieron a un *all inclusive*. Lucas, que era mayor que sus dos hermanas y el único varón, lo miraba con sospecha pensando que lo preocupaba la plata, y tenía parcialmente la razón. De una clase media acomodada que había sobrevivido a la feroz crisis de los noventa, su familia podía permitirse ahora alguno que otro lujo a costa del oleaje neoliberal que terminó por cavar una zanja profunda como una grieta entre los ricos y los pobres. Ellos habían quedado del lado bueno.

Luis Felipe no estaba acostumbrado al derroche, era cierto, pero estaba mucho menos acostumbrado al encierro, o al servicio, o a la obligación de placer. Como ahora eran más ricos, pero no ricos, los primeros días transcurrieron en una carrera por devorar toda la comida y usar todos los servicios posibles, con tal de sentir que el gasto había valido la pena.

Lucas pasó esa semana solo. Recordaba las comodidades del hotel, la suavidad de las sábanas y la sensación de estar en un

país extranjero, en una especie de mundo artificial que le recordaba a las películas gringas. No se sacaba su *walkman* de los oídos y daba vueltas por la playa como poseído. Iba y venía, mirando a las chicas que tomaban el sol con bikinis diminutos, a su papá leyendo el periódico y a su mamá bronceándose mientras leía una vieja edición de la revista *Vanidades*.

Cuando terminaran las vacaciones volvería a su último año de colegio y de ahí tendría que ir a la universidad. Lucas tiende a pensar en él de joven exactamente como es de adulto: el mismo temperamento apacible y temeroso. De hecho, recuerda de esas vacaciones a un grupo de chicos de su edad que conoció brevemente antes de irse. En esa oportunidad, venció su timidez y aceptó una invitación a jugar fútbol (deporte en el que era pésimo), jugó de arquero y tuvo la buena suerte de tapar la única pelota que llegó al arco de la cancha de césped sintético del resort.

Después, todos quisieron ir a un acantilado que quedaba a las afueras del hotel. Lucas recuerda los nervios. No quería salir de ese lugar seguro, construido a medida de los suyos, donde no había ningún peligro. Tampoco quería que lo rechazaran, ni quedarse solo. De modo que se sumó al grupo, temiendo por anticipado el regaño de su padre, la desilusión de su madre y las amenazas del mundo fuera de las rejas del hotel.

Caminaron un rato difícil de precisar y llegaron al borde de un acantilado que daba hacia el mar. Había un letrero que decía "Prohibido saltar. Peligro de piedras" y Lucas quiso señalarlo y decirles, con fingida desilusión, que no iba a ser posible la hazaña. Sin embargo, los demás ignoraron el letrero, y él no fue capaz de objetar. El grupo era comandado por dos hermanos más grandes que él, que se habían hecho amigos de unos muchachos de la playa. Los hermanos —si mal no recuerda, de apellido Gómez— le contaron que los habían conocido buscando algo de marihuana y Lucas tragó saliva ante su inexperiencia.

Comparado con los cuerpos de los chicos de la playa, con su agilidad y soltura, Lucas se sintió torpe y precario. Los primeros en saltar fueron los hermanos Gómez. Uno empujó al otro, y luego lo siguió y cayó por cuatro metros directo al agua. Sus cabezas salieron después de un par de segundos; y siguieron los playeros, que alcanzaron a tomar una carrera para saltar al mar. Uno, dos, tres, cuatro muchachos que fueron clavándose en el

agua hasta dejarlo solo en el acantilado. Todos lo miraban expectantes desde el mar, nadando, divirtiéndose. Lucas cerró los ojos, respiró profundo, tomó un poco de impulso y cuando empezaba a correr para arrojarse al vacío, se rindió ante el miedo: no era capaz de hacerlo. Pensar en el letrero, en las piedras que lo esperaban bajo el agua, en el seguro accidente, en el llanto y la desilusión de sus padres, su vida como lisiado o, quién sabe, quizás muerto. El miedo lo petrificó y abrió los ojos para encontrarse con la burla y la posterior indiferencia de los hermanos, y la efímera amistad duró lo que esa aventura fallida.

Ese mediodía volvió a la playa tan frustrado y humillado que ni podía erguir el cuello. Se acostó en una asoleadora cerca de su madre, que seguía exactamente en la misma posición. Su papá lo invitó a meterse al mar y la tristeza lo hizo declinar la invitación. Lo vio alejarse, con esa tanga Speedo azul eléctrico y ese cuerpo de hombre maduro y de familia, y aquel ridículo bigote que lució durante toda la década de los noventa.

Cuando caía la tarde, tanto sus hermanas como sus padres decidieron volver al cuarto del hotel a cambiarse para la comida, pero Lucas quiso quedarse al frente del mar un rato más. El *walkman* ya no funcionaba porque se habían acabado las pilas. El final de las vacaciones era inminente y Lucas lo agradecía: la arena no le parecía tan suave y la soledad le resultaba más áspera de lo habitual. Podía ver el atardecer sobre el mar y oír el sonido inconfundible de niños que jugaban en el fondo, y solo existía en él la nostalgia de su casa, con pilas, con sus amigos del colegio que lo entendían así, miedoso como era. Entonces oyó un grito que lo sacó del letargo. Lejos de la orilla vio lo que parecían dos brazos blancos pidiendo auxilio. Se incorporó en la asoleadora y trató de fijar la mirada. Nadie más parecía percatarse, pero él veía un cuerpo que pedía ayuda. Se levantó del asiento y dio un par de pasos hacia la orilla. Sus pies alcanzaron a tocar el mar, pero no se animó a meterse. Alguien podía estar ahogándose y él se quedó paralizado siendo testigo de la tragedia, un mero espectador de la vida, que siempre le pasaba por el costado.

Cuando creyó que estaba a punto de saltar al agua y ser por fin un héroe, o al menos intentarlo, dos hombres adultos entraron corriendo al mar con zancadas altas a rescatar el cuerpo en peligro. De allí emergió una muchachita con la piel más blanca que Lucas hubiera visto y un pelo largo, azabache, que la

envolvía como una medusa. La chica respiró con dificultad. No lloraba, aunque en su cara se veía el dolor. La primera impresión que tuvo Lucas fue que parecía una pintura de otro siglo. Como si hubiera sido dibujada solo con tinta negra sobre papel.

La chica se agarraba la pierna y los hombres le preguntaban qué sucedía. Lucas miraba la escena con algunos otros curiosos que se habían acercado. Ella mostró su pantorrilla y Lucas la vio salpicada de unas ronchas rojas que formaban un rosario urticante que le cubría la pierna hasta el muslo. Los hombres la consolaban, le daban consejos, uno le ponía arena en el muslo mientras la chica se incomodaba por el contacto.

—Te picó una aguamala de las bravas. —Escuchó Lucas.

Una señora le sugirió que se orinara encima, o que se pusiera vinagre. Los hombres alababan su valentía por no quebrarse en llanto frente al ataque de ese animal invisible. La chica miraba todo con sus ojos gigantes; el gesto de dolor se había decantado en uno de desconfianza.

La gente empezaba a dispersarse y finalmente la chica se paró de la arena con algo de esfuerzo, dio un par de pasos alejándose de la orilla y tanto los hombres que la asistían como los espectadores se alejaron. Entonces se sentó en la silla al lado de Lucas a revisarse la pierna con calma. Lucas la miró consternado, nunca había visto una piel tan blanca ni una herida tan visible de un animal del mar.

—¿Te duele mucho? —se animó a preguntarle.

—Sí. Pero ya se me va a pasar —respondió ella sin mirarlo.

—¿Quieres que llame a tus papás? —le preguntó Lucas, intentando compensar no haber sido él quien la sacara del agua.

—Yo no tengo papás.

La respuesta de la chica lo hizo sentir imprudente y se le tiñeron los cachetes de rojo. Ella se dio cuenta y trató de suavizar la explicación.

—Bah, tengo. Pero no los veo. No es que estén muertos ni nada, creo. Vine con mi tía, pero se tuvo que ir y vuelve más tarde. Igual, es una picada de aguamala, con vinagre se quita, ¿no?

Lucas no supo qué responder ni cómo ayudar. Quiso que su papá viniera y los salvara a los dos de la picadura y la incomodidad. Era la primera vez que alguien de su edad se confesaba solo. Lo más cerca que había estado de la orfandad

había sido con la muerte de su abuela Carmen, unos años antes. De resto, todos sus amigos tenían padres, separados o juntos, pero presentes de alguna forma. En un momento pensó que la chica exageraba, pero al ver cómo se limpiaba la herida, cómo se sacaba sola la arena, cómo mantenía la calma y confirmaba, en ese movimiento ágil, que era dueña de una autonomía que él no entendía, a él solo le quedaba ofrecerle una compañía silenciosa.

Se quedaron en la silla viendo la caída del sol mientras ella se soplaba la pierna y Lucas la miraba. Eran de la misma ciudad, y ella iba a un colegio que competía con el de Lucas en los torneos deportivos. No habían llegado a hablar de la gente en común que podían tener, cuando los interrumpió la voz amable de Luis Felipe:

—Luc, tu mamá mandó a decir que te vayas a bañar ya para ir a comer. —Apenas terminó de hablar, se dio cuenta de que acababa de avergonzar a su hijo y procuró suavizar la situación diciendo que era porque se hacía tarde, aunque el daño ya estaba hecho. Miró a la jovencita que hablaba con su hijo. La chica le sostuvo la mirada, sin titubear, y a él le pareció un gesto honorable. Antes de que él estirara la mano para presentarse, ella se puso de pie y estiró la suya.

—Mucho gusto, señor, Paula Durán.

El bigote de Luis Felipe se arqueó en señal de aprobación ante la personalidad y educación de la joven. Como buen padre, lamentaba la carencia de modales en los más jóvenes, añorando tiempos pasados que tal vez no eran mejores, pero parecían.

—Mucho gusto, Luis Felipe.

Lucas vio el intercambio tan avergonzado que sintió que podía desaparecer. Paula volvió a sentarse y Luis Felipe contempló el rosario en su pierna. De inmediato se preocupó y le preguntó qué le había pasado, sorprendido de que no hubiera nadie que pareciera familia suya cerca.

—Me picó una aguamala, Luis Felipe. Pero ya está. En un ratico se me pasa. Fue solo el susto.

El padre de Lucas se asombró con el tono de la conversación. Algo en la firmeza de las palabras de la chica y en la forma de mirarlo a los ojos sin vacilar le daba la impresión de estar hablando con alguien mayor.

—Está bien. ¿Estás segura de que no necesitas una crema?

—No, no, tranquilo. Muchísimas gracias. Mañana va a estar

bien. El mar es así.

Luis Felipe se vio tentado a preguntarle por sus padres, pero no lo hizo, en parte porque después del breve intercambio dudó de que la chica tuviera la edad de su hijo. Se veía más joven, incluso, una adolescente apenas, pero él, que era padre de uno y próximamente de dos más, sabía que los adolescentes no se movían así por la vida. Antes de cometer una imprudencia, se resistió a indagar más.

—Bueno. Los dejo. Luc, ve a bañarte, que si no tu mamá se enoja con los dos. Chao, Paula. Un gusto.

Paula se despidió y se quedó sentada al lado de Lucas. Ambos miraron lo que quedaba de atardecer sin hablar. El pelo de ella, ya seco, se movía como bailando con la brisa que mecía las palmeras. Lucas no quería irse de ahí nunca. No era solo que gustara conscientemente de esa chica; algo de su cuerpo era físicamente atraído al cuerpo de ella. A su blancura, a sus costillas, a las tetas casi invisibles y los ojos redondos negros como la cabellera que le cubría la espalda. Su madre se enojaría con él, pero no le importaba. No se iría antes que ella. Y ella lo intuyó. De manera que se paró de la silla y le dijo que se iba a bañar y a cambiar también. Le dijo su *mail*, que Lucas se aprendió de memoria, para que hablaran de vuelta en la ciudad. Desenterró una carterita de abajo de la asoleadora y sacó de ahí la llave del cuarto (Lucas, por supuesto, no tenía la llave del suyo), la sacudió y se marchó entre la negrura de la noche.

Al otro día Lucas la buscó en el enorme comedor del *buffette* de desayuno, pero Paula no apareció allí. A las once de la mañana llegó el bus que los devolvería al aeropuerto insolados, con un par de kilos de más y con la sensación de haber sido obligados al descanso, no de haber disfrutado de él.

Su padre le preguntó por esa chica en la sala de espera del aeropuerto. Lo primero que consultó fue si tenían la misma edad. Lucas le confirmó que era, de hecho, un año menor.

—Qué muchacha tan particular, Luc —concluyó, sin incomodar con más cuestionamientos, con un gesto cómplice que se adivinó debajo de su bigote tupido.

Desde la muerte de su padre, cinco años antes, Lucas se levantaba exaltado al menos una vez a la noche. Con el tiempo había aprendido a asociar esa extraña y religiosa vigilia con una menor capacidad de su vejiga, que lo obligaba a ir al baño, por lo que ambos eventos tendían a sincronizarse. Esto le había dado una excusa para lo que le parecía un hecho de una tristeza punzante: desde la muerte de su papá, Lucas nunca volvió a dormir profundamente. Desde la muerte de su papá, desconocía la tranquilidad total, infantil, de los niños al dormir. Desde la muerte, él se había convertido, en esos gestos y en otros, en un adulto de verdad.

Dominaba con maestría el arte de orinar en la oscuridad, sin hacer ningún ruido ni encender la luz del baño. Siempre que volvía a la cama, antes de conciliar ese sueño liviano de los grandes, miraba a Paula unos segundos, escuchaba su respiración apacible. Paula no roncaba, ni tosía, ni hablaba dormida. Dormía en una profundidad distante que él envidiaba pero que también cuidaba con recelo. Sus ojos no se movían bajo los párpados. Sus sueños no la perseguían. Tenerla al lado en la cama le traía tranquilidad. Cuando, tras su viaje al baño, el sueño le era más esquivo, a veces recordaba los cientos de noches que habían pasado en esa misma coreografía, específicamente desde la noche en la que ella volvió a compartir su sueño; había regresado a su vida para nunca irse.

Nadie está preparado para la muerte de alguien a quien ama, así a veces resulte más natural, así a veces llegue a planearse, a charlarse inclusive. No hay un simulacro para la muerte hasta que llega. Aunque Lucas entendía esa premisa con esquiva resignación, la muerte de su padre lo sacó de cualquier cotidianidad de un violento plumazo. Fue a sus treinta y cinco años, cuando creía que ser un hombre con un carro y un trabajo aturdidor hacían de él un adulto, que el infarto fulminante de su padre le demostró que hasta ese punto había sido apenas un niño con más plata y autonomía que antes. Pero un niño al fin.

Ese lunes habían hablado a la mañana. Lucas y Luis Felipe

tenían la costumbre de charlar todos los días antes del desayuno sobre lo que les deparaba el día. La charla solía ser espantosamente cotidiana y técnica, hablaban mucho de sus carros, de cualquier máquina u objeto de sus vidas: los celulares, la sincronización de todos sus aparatos, la tecnología, los nuevos lanzamientos, algunas armas, el precio de la gasolina, los descubrimientos de nuevos combustibles y, muy esporádicamente, hablaban de algunos recuerdos. Entre todo ese lenguaje metalizado que habían armado, Lucas recordaba muy pocos momentos de nombrar emociones concretas: miedos, angustias, nostalgias. A pesar de eso, sus charlas se daban dentro de una conexión sorprendentemente íntima, como si en medio del alza del petróleo camuflaran cómo se sentían, como si todas las máquinas y aplicaciones fueran una metáfora para poder hablar de sus vidas. Su padre había muerto de sesenta y nueve años. Era abogado como él, aunque Lucas apreciaba que siempre hubiera tratado de persuadirlo de estudiar otra cosa. Sus padres eran el retrato del deber: seguían juntos, a pesar de sí mismos, con un par de hijos, una casa y una vida que más o menos resistía al paso del tiempo. Desde hacía años no dormían en la misma cama y eso les había garantizado al menos una década más de convivencia.

Por la memoria obsesiva, selectiva y traicionera del duelo, Lucas recordaba aquella vez en la que, fuera de la jerga tecnológica que los unía, su padre se había expresado con sorprendente precisión. Fue para decirle que reconsiderara su matrimonio con Sonia. Luis Felipe prefirió que se reunieran personalmente en un café para desayunar y, en un gesto que vulneró todas las distancias que guardaba con la vida de sus hijos, le dijo que no creía que casarse con esa mujer fuera un buen plan. Lucas recordaría siempre la seriedad de la expresión de su padre, el frío matutino de la ciudad y la luz grisácea de las ocho de la mañana nubladas, mientras veía salir el humo tibio de las tazas de café.

—Es encantadora y todo, Luc, pero creo que es una decisión equivocada.

—¿Por qué me dices eso, papá? ¿Por qué ahora? ¿Te convenció mi mamá? —le respondió Lucas, enojándose por la intromisión que suponía de su madre.

—No, si tu mamá la ama… Y ni se te ocurra contarle que te dije esto porque lo voy a negar todo. La verdad, Luc, no sé por

qué tengo este presentimiento.

La voz de Luis Felipe era grave y hablaba en una frecuencia que hacía imposible no prestarle atención. Tenía esa investidura de haber nacido como hombre sabio, y apenas después de sus cincuenta años su cuerpo reflejaba esa solemnidad con la que decía las cosas, aun cuando él también tratara de evitar la seridad y prefiriera la risa y el tono jocoso antes que su natural parquedad.

—La verdad, hijo, creo que no estás enamorado. Y creo que, a tu edad, hoy en día, casarse sin estar enamorado no tiene sentido.

Al principio Lucas trató de refutar. Esgrimió una serie de argumentos para convencer a su papá de que estaba equivocado. No estaba enojado; lo indignaba que él no creyera en el amor que decía sentir y procuró persuadirlo durante un rato, ante su mirada atenta y silenciosa, mientras Luis Felipe untaba una rodaja de pan con una yema blandita de huevo. Una vez hizo su descargo, su papá le habló de la última actualización de Apple, y la conversación que acababan de tener pareció tan lejana que Lucas sintió desde entonces que la había imaginado.

Sin embargo, cuando se separó de Sonia tan poco tiempo después de haberse casado, su padre le despertó un respeto nuevo. Sintió que era la única persona que genuinamente lo conocía, que sabía de qué estaba hecho, y también agradeció profundamente que Luis Felipe nunca tuviera la indelicadeza de sacarle en cara ese presagio. A veces Lucas se preguntaba si su papá lo conocía tan bien que había podido anticiparse a sus propios sentimientos, o si al haberle dicho que no estaba enamorado, su enamoramiento, que sí había existido, se esfumó ante la imposibilidad de que lo viera su padre.

Por eso, cuando el médico de cuidados intensivos salió a decirle a la familia que esperaba ansiosa afuera de la clínica que la situación era terminal, Lucas se sintió más que huérfano. O más bien, entendió que la orfandad no era solo que estuviera por morir quien lo había criado, era también que el único testigo honesto de su vida, el único dueño confiable de quien era él, se iría por completo. Y sin la perspectiva de su padre sobre él, ¿quién sería ahora?

Los días que siguieron pasaron con una lentitud agobiante. Lucas se encargó de la mayoría de los trámites, dado que era el heredero natural del estudio de abogados de su padre. La

burocracia mortuoria lo distrajo del duelo con eficiencia; junto con los demás socios, hombres compungidos por la prematura muerte de Luis Felipe, se dedicó a hacer todo con celeridad. En cuestión de minutos, quienes siempre se habían referido a él como el hijo de su amigo, un joven colega, le hablaban con otra deferencia, con un respeto nuevo. Lucas se dedicaba a resolver los asuntos jurídicos, al mismo tiempo que coordinaba el velorio y la cremación, además, también destinaba espacio a abrazar a estos señores canosos, particularmente vulnerables porque no solo se había ido su amigo, sino que también, a sus edades, la muerte de Luis Felipe inauguraba la posibilidad de sus propias muertes. Entonces, mientras lo abrazaban y lagrimeaban en su hombro, temían en secreto ser los próximos.

Cualquiera que hubiera ido a las ceremonias habría concluido que su padre era un hombre querido. Se contaron anécdotas de su gran sentido del humor, de su inteligencia, de su honorabilidad, y se rendía ante Lucas una especie de homenaje más parecido a un ritual de paso. Él, primogénito, una encarnación de lo que había quedado de su papá en la tierra: un heredero. Su mamá se apoyaba en él, sus hermanas lloraban en su hombro, los socios de su padre le consultaban por el futuro, y al cabo de los tres días que duró el ritual social de la muerte, por fin, Lucas pudo estar solo; sintió que no tenía lo que se necesitaba para llenar los zapatos de su padre, y tuvo unas ganas insoportables de llamarlo, de despertarlo a cualquier hora y consultarle qué se hacía en estos casos. Solo sintió desconsuelo cuando constató que la única persona con la que le gustaría hablar de la muerte de su padre, que podría entenderlo y aconsejarlo sabiamente, o escucharlo y apoyarlo en silencio, era justamente él.

Pasó todo el día del viernes solo y en pijama, dormitando en su apartamento y contestando el celular únicamente para dar señas de vida. No quería escuchar más a su mamá llorar, no quería ser un consuelo para sus hermanas, no podía orientar más el rumbo de un *buffette* de abogados en el que nunca había querido trabajar. Quería estar solo, necesitaba dormir, precisaba del silencio real del duelo, del peso de esa soledad.

A las diez de la noche se levantó desorientado de una siesta que había durado, calculaba, cuatro horas. Los pies helados, la casa oscura, el sobresalto de no entender qué día era, qué había pasado. Se sintió exactamente como cuando era un niño y se

quedaba dormido al volver del colegio, despertado por el sonido de la voz de su papá al volver de la oficina. Cuando despertó del todo y pensó en eso, el dolor de nunca volver a escuchar la voz de Luis Felipe lo hizo llorar en posición fetal en la cama. Tuvo el impulso de entrar al WhatsApp, ver el nombre de su contacto anclado, la primera de todas las conversaciones, entrar y ver los diálogos. Quiso darles *play* a los audios que le había mandado y entregarse a una tristeza sin tregua, pero no fue capaz. Apenas pudo quitarle el pin a la conversación y dejar que se perdiera entre tantas otras. Se quedó mirando el techo, hundido en la oscura angustia del duelo. Entonces, sin saber por qué, a cuenta de qué y, sobre todo, sin meditarlo, volvió al WhatsApp y buscó el teléfono de Paula.

Ahí estaba. La última conversación que habían tenido: tres años atrás, sobre una canción que les gustaba cuando eran adolescentes. Antes de eso, habían tenido un diálogo incómodo y frío sobre el matrimonio de Lucas con Sonia, y Paula le mandó una foto suya con Carolina, su novia de ese momento. Miró la foto de perfil del WhatsApp y el número seguía siendo el mismo. Tecleó con la impunidad que le daba su nueva orfandad.

[11:16 p. m., 6/05/2017] Lucas: Hola, me pareció que te gustaría saber, o al menos a mí me gustaría contarte, que mi papá murió el lunes. Sé que lo quisiste mucho. Nada. Eso. Espero que todo ande bien.

Dejó el celular a su lado mientras siguió contemplando el techo. En menos de un minuto timbró. Era un número que no conocía. Atendió.

—Hola.

—Hola. —Era la voz de Paula. Seria, triste. Por momentos Lucas creyó que la escuchaba sollozar—. ¿Qué pasó?

—Fue un infarto.

—¿Cómo estás?

—Mal. Triste. No sé. Confundido.

—¿Estás acá?

—Sí. ¿De dónde me llamas?

—Del celular de mi prima. Estoy acá. ¿Estás solo?

—Sí.

—Pásame la dirección, voy para allá.

Lucas se levantó de la cama como un resorte. La tristeza no se

fue, pero se le sumó una emoción adolescente de ver a Paula de nuevo. No se veían hacía más de cinco años, desde que ella se había ido a San Francisco y terminaron y la vida pasó. Era verdad que la había pensado con frecuencia, pero no tanta. También que le había dedicado algunas pajas, pero no tantas. No se había dedicado a stalkear su vida en redes y se aseguró de no seguirla para tener escasas tentaciones; además, no era un buen usuario de Instagram. No sabía casi nada de su vida, más que esa foto con Carolina que ella le mandó y algunos relatos que le contaban sus amigos en común. No sentía hacia ella ningún rencor significativo, pero sí la recordaba como la mujer que lo había hecho llorar en sus veinte, con la que descubrió el sexo antes de los veinte y, quizás, pensaba, como una entidad que permanecía imperturbable en su memoria. Preso de su propia neurosis, Lucas había ordenado los hechos de la vida que tuvo antes del matrimonio como sucesos irrelevantes e infantiles. A pesar de eso tenía la certeza de que, aunque no la hubiera pensado frecuentemente, ni hubiera depositado en ella ninguna romántica esperanza, tampoco la había olvidado.

Entraron al cuarto con el calor de la noche encima. Lucas se dio cuenta de que estaba un poco mareado por el ron, y el alcohol le hacía imposible disimular el enojo y la extrañeza. Mientras Paula se quitaba el vestido blanco y se tiraba en la cama con naturalidad, Lucas la miraba desde la esquina de la puerta.

—¿Por qué les hablaste de Sonia?

—Es tu exmujer. Preguntaron por nosotros y toda la historia. ¿Por qué no decirles?

—Porque nunca hablamos de ella. Porque no tiene ninguna relevancia —le respondió Lucas, más serio de lo que podía fingir.

—Pues deberíamos hablar más de ella, ¿no?

—¿Para qué?

—No sé. Para hablar.

Paula no mentía. Los dos años que él había pasado con Sonia eran un bache en la biografía que solían narrar juntos. Siempre creyó que una especie de acuerdo tácito los hacía obviar esa parte de la historia. Que Paula no quería mencionarla por recato y que él no quería mencionarla por fastidio. Que en aquello de lo que hablaron tan poco había un silencio de común acuerdo.

—Pasó mucho tiempo, Paula. No entiendo por qué ahora viene esto a lugar.

—Y qué importa que haya pasado mucho tiempo. ¿Nunca volviste a hablar con Sonia tú?

—No.

Lucas tampoco mentía. Odiaba pensar en ese tiempo. Es más, a veces dudaba de que hubiera sido él quien se casó a los veintisiete años. Era tan extraño y tan ajeno que ni siquiera podía recordar los detalles, más que algunas escenas sueltas, alejadas de todo sentimiento. Cuando pensaba en aquel triste matrimonio le parecía estar viendo fotos de alguien más. Incluso había borrado los recuerdos de Facebook y, naturalmente, no quedaba ninguna foto al respecto en ninguna otra red social. No seguía a Sonia, ella tampoco había intentado contactarse con él, y estaba seguro de que, si se cruzaban por la calle, los dos serían perfectamente capaces de seguir de largo. Esa certeza le causaba una paz

inclaudicable con su propio pasado. La idea de que los dos fueran tan ajenos hacía que ni siquiera hablara de ello en terapia.

Pero Paula a veces la pensaba. Ella no había roto ese matrimonio, ni se había metido, ni intervino siquiera. "Lucas casado" era un extraño lapso en la historia de ambos, algo que, en superficie, no valía la pena explorar. Sin embargo, por lo que había pasado e incluso desde un poco antes, Paula sentía curiosidad por revisitar ese hoyo negro en sus biografías. Ella sí había buscado a Sonia en Instagram y durante unos meses entró todos los días a ver su vida. Ella sí sabía que Sonia tenía dos hijas, y que se iba de viaje con su marido gordo y calvo y que las niñas jugaban en una playa con la cara blanca de protector solar. Ella sí la googleaba cada tanto para saber qué había sido de su destino. Sonia, esa mujer rubia de ojos separados y belleza insoportable, tan lejana para ambos, con su marido panzón y su vida en almuerzos, matrimonios y comidas con niños que jugaban con otros niños y logros de una firma de abogados. Sonia y lo que Lucas pudo haber sido y no era. Peor: lo que ella misma pudo haber sido y existía en Sonia.

Nunca le había confesado a Lucas esa intimidad. No se lo dijo en ese momento tampoco; ella tenía la celosa certeza de que él también husmeaba en ese pasado cada tanto, pero la expresión de seguridad de Lucas cuando negó que sabía algo sobre Sonia la devolvió a la soledad del secreto. Eso quería decir que solo ella se había preguntado si la vida de Lucas habría sido más feliz con Sonia, si él habría sido un mejor papá para esas niñas que ese gordo calvo que la acompañaba en las fotos.

Paula nunca llegó a conocerla. La última vez que vio a Lucas antes de su matrimonio fue un año atrás, cuando ella había terminado su relación con él para irse a cumplir con la beca de doctorado a San Francisco.

Lucas recordaba ese momento como la segunda vez en la que Paula le había roto el corazón. Paula, por su parte, lo pensaba como un devenir inevitable. Sentía que no estaban tan enamorados, que eran jóvenes, que hacían cosas de ser jóvenes y tener veintitantos y que se querían de ese modo errático de la juventud: lleno de competencias, sexo y mentiras. Ella no sabía bien quién era, y le parecía que Lucas compartía la misma duda sobre sí mismo, así al irse le daba espacio a la duda que siempre había tenido: que ella no fuera suficiente para él, para su familia,

para lo que debía demostrar.

Quizás, pensaba Lucas después de escuchar esa explicación un millón de veces, la realidad era que en ese entonces él estaba más enamorado de ella que a la inversa. No eran necesarias todas las arandelas que Paula le ponía al relato: él la amaba a ella, y ella amaba la forma de ese amor, no a él. Tampoco se lo decía juzgándola, pero prefería esa honestidad, casi con cierto cinismo, antes que la compleja elucubración teórica que Paula hacía sobre su identidad.

Después de que Paula se fuera a San Francisco, Lucas conoció a Sonia en una comida a la que lo invitaron unos primos. Él ya era un abogado cada vez más gris que trabajaba en un banco y Sonia acababa de hacer una maestría en otro país. Lucas siempre quiso irse, como Sonia y como Paula, pero nunca tuvo la suficiente valentía para alejarse demasiado de su casa. Eso lo hacía sentir como un cobarde, y ahora que pisaba los cuarenta, se daba cuenta de que era demasiado tarde para procurar ser otra cosa.

Paula siempre creyó que la historia del matrimonio de Lucas estaba llena de una serie de detalles que él no le había contado porque eran demasiado íntimos o demasiado importantes, y esa era parte de su motivación para conformarse con la escueta narración. En cambio, para Lucas la historia solo podía ser narrada con esa simpleza: se habían conocido en esa comida, tuvieron un par de citas, hicieron el amor (así, no cogieron: hicieron el amor) de forma medio mecánica y un poco mediocre, pero Sonia era muy bella y todo el mundo en el universo de Lucas la creía correcta. A él le impresionaba su belleza y también, no podía negarlo, se le inflaba el pecho cuando caminaba con ella y los demás volteaban a mirar. Eso nunca se lo había dicho a Paula, pero ella lo intuía como un dolor certero en la profundidad del esternón.

Sonia no era una persona simpática, ni luminosa, ni especial. Era lindísima, pero incluso esa belleza estaba dada de un modo tan convencional que a Lucas lo aburría. Aun así, ella sabía muy bien lo que quería. Sus familias se llevaban bien. Lucas vivía en un apartamento chico y Sonia todavía vivía con sus padres. Pasaban muchas noches juntos y a ella le pareció natural que buscaran una casa para los dos. La buscaron, se mudaron, las cosas parecían tomar un rumbo con el que Lucas cooperó, se dejó

llevar por esa corriente, por el reciente hecho de que sus amigos y conocidos estuvieran casándose y por una presión invisible para que él hiciera lo mismo. Se casó. El matrimonio fue una fiesta descomunal. Le habría gustado que Paula le hubiera escrito un mensaje pidiéndole que no se casara. Estaba seguro de que si hubiera sido de esa forma, él habría desistido. Ni siquiera tenía que decir: “No te cases con ella, cásate conmigo”. Solo habría necesitado que alguien que lo amara, o solo que lo deseara como hombre, le hubiera dado otra opción. Ese mensaje nunca llegó, de modo que Lucas firmó los papeles, se puso corbatín y posó en esas fotos con Sonia, perfectamente maquillada, con ese vestido de cola larguísima que cargaron sus sobrinitos mientras caminaba hacia el altar.

Durante la luna de miel y los primeros meses de su matrimonio, Lucas tuvo una serie de pesadillas extrañas en las que era un pájaro negro que se miraba a sí mismo dormir. Se levantaba exaltado, con la certeza de haber sido observado por una especie de halcón mientras estaba inconsciente. Desde ese sueño tuvo la certeza inconfesable de que había cometido un error, pero Lucas era un escéptico: no podía justificar un divorcio a partir de la premonición de un pájaro negro.

No pasó mucho tiempo para que el matrimonio empezara a desintegrarse solo. Su función fue no hacer nada para repararlo. Durante algunos años pensó con culpa que su quietud al presenciar el desmoronamiento de la relación había sido lo más cobarde que había hecho en su vida. Él sabía, muy en el fondo, que había obligado a Sonia a pedirle que se separaran, no con ninguna acción concreta, sino con la total omisión de iniciativa de su parte. Antes de eso, Sonia lo había sometido —decirlo así era cruel e injusto, él lo sabía, pero no lo confesaba— a tortuosas sesiones de terapia de pareja, en las que él hacía todas las tareas: hablaba únicamente de sus sentimientos, no juzgaba los sentimientos de Sonia, usaba un lenguaje cordial.

Solo él sabía que todo había sido una mentira. Nunca quiso casarse, separarse le pareció natural y aunque cargó un duelo prudencial durante algunos meses, jamás volvió a extrañar a Sonia, ni a pensar en ella, ni a imaginarse qué habría pasado si hubiera continuado con la interpretación de ese papel que nadie lo obligó a seguir. Es más, se había sentido perfectamente cómodo siendo un hombre joven, apenas pisando los treinta, con

un divorcio a cuestas. El peso de la palabra lo hacía reír. Le gustaba la idea de un tránsito por emociones intensas, se sentía habilitado para otra clase de conversación, una más adulta y menos infantil.

En el fondo suponía que Sonia siempre lo supo. Nunca lo averiguó. Ella se quedó con el perro que habían adoptado juntos y se contaron que el problema había sido que él no quería ser papá y que ella necesitaba tener hijos.

Lo único que Lucas conservaba de ese periodo de su vida era la alianza matrimonial, que guardaba celosamente en una caja fuerte. No lo hacía por su valor comercial, sino casi como un testimonio de aquella decisión, como el único escombro que quedaba de ese hombre que había sido. Tenía la certeza de que, sin el anillo, sería capaz de olvidar por completo que había estado casado.

—Bueno, perdóname por haber hablado de ella, Luqui. Me voy a dormir.

La luz del cuarto seguía encendida, Paula estaba desnuda entre las sábanas y Lucas seguía parado al frente de la puerta, más borracho de lo que podía admitir, tambaleándose levemente.

—No. Hablemos ahora. Dijiste que querías hablarlo, entonces dale, pregúntame, hablemos del pasado. —Todavía no arrastraba las palabras, pero estaba a una cerveza que ya iba a buscar en la neverita del cuarto de hacerlo.

—No tengo ganas de hablar así, tengo ganas de dormir. Ya te pedí perdón por haberla mencionado, no sabía que era tan grave. Estás borracho. Acuéstate.

—No. No te vayas a dormir, Paula. No puedes mencionar cosas y sacar temas así de la nada y dejarlos inconclusos porque ya no tienes ganas de seguirlos.

En la neverita solo había botellas de agua. Pensó en salir al bar y pedir una cerveza, volver, que Paula se despertara y discutir hasta gritarse. Deseó que la discusión siguiera hasta el amanecer, que lloraran, que se dijeran cosas horribles y que después cogieran mordiéndose los hombros hasta sacarse sangre. Sintió cómo crecía dentro de él un deseo irrefrenable de lastimarla, de lastimarse, pero mientras daba vueltas en el cuarto, como un felino enjaulado, Paula se fue quedando dormida y como último diálogo le pidió que apagara la luz.

Lucas se tragó el enojo. Salió al balcón del cuarto a tomar

aire. No fue por la otra cerveza, en cambio se quedó inmóvil mirando el mar, que por el brillo del plancton esa noche parecía un cielo estrellado.

Las gaviotas han vaciado el cielo. Su vuelo fue lo único que se interpuso durante unos segundos entre el sol matutino y los cuerpos empalidecidos de la ciudad.

Paula deja el libro que lee y el teléfono que la acompaña todo el tiempo. Lucas no la escucha, pero supone que se va a dar un chapuzón. Supone más de lo que sabe últimamente. Apenas ella abandona la arena, el aire se reacomoda con velocidad llenando su vacío. La tierra parece haberse detenido ahí y lo único que se mueve es un cangrejo que entra y sale de un huequito. Lucas levanta un brazo, a ver si el cangrejo escapa, pero el animal no lo nota. Así que golpea la arena con el pie, pensando en su peso de hombre sobre el mundo, y el cangrejo no huye, no se esconde, no teme. Sigue en la arena como si él no existiera. Quizás no existe.

Mira el libro y el teléfono. El sol rebota en la pantalla con una fuerza disruptiva. Lucas lo agarra para ponerlo abajo de una toalla. El móvil está hirviendo. Cuando le da vuelta nota que está desbloqueado. Tiene la intención de espiar el diario de Paula y durante un instante lo contempla seriamente. Ya lo tiene en la mano, ella lo dejó ahí. ¿Será que quiere que lo vea? ¿Será que Paula le ha puesto una trampa para que él se demuestre débil y la espíe? ¿Será que ella necesita que él lea su diario para que puedan entenderse de forma clandestina? ¿Para que lea a sus espaldas lo que ella no es capaz de decir de frente? Le tiembla la mano, pero la última pregunta lo empuja a dejar el teléfono sin mirarlo. No es confianza lo que Paula siente con él, supone, es conocimiento de quien es. Sabe que él no mirará su teléfono. No por respeto, sino por miedo a lo que ella no dice, a lo que podría encontrar. Lucas no quiere indagar en lo que el mundo no le revela sin obstáculos. Paula lo sabe, él también: Lucas es un cobarde.

El cangrejo sigue sin notarlo y Paula tiene la mitad de su cuerpo fuera del agua. Lucas solo ve su espalda blanquecina y brillante sobresalir. El mar está planchado, apenas una ola raquítica rompe con esfuerzo en la orilla. Paula se hunde. Nada hacia adentro y Lucas ve el agua que chispea con su pataleo. Está

cada vez más adentro del océano, pero todavía saca la cabeza y apoya los pies. Da un saltito y vuelve a sumergirse. Se imagina la sensación de paz de Paula en la escasa profundidad de la orilla. Los breves instantes de calma antes de que la urgencia de aire la obligue a sacar la cabeza de nuevo. Lucas sonríe. Entonces Paula vuelve a hundirse y los segundos se hacen más largos. No alcanza a ver su cabeza emerger del agua. Se para rápido, se da vuelta y comprueba con preocupación que no hay nadie más en la playa. Él mismo deja de respirar y se pone la mano sobre los ojos tratando de ver más allá.

En el fondo ve una aleta. Su corazón se detiene. El pánico lo enmudece y no alcanza ni a gritar. Trata de ver mejor. Se acerca un par de pasos más. Siente todo el cuerpo entumecido. Incluso si quisiera clavarse en el agua no podría, porque sus piernas han dejado de responderle. Lo que parecía una aleta se transforma en la enorme joroba de algo que solo puede ser una ballena. Lo asalta una náusea insoportable, no puede enfocar bien, el mareo lo vence y solo le quedan las ganas de vomitar.

Abatido por el vértigo se desvanece en la arena. A su lado ve pasar los pies mojados de Paula. Dice algo que él no llega a escuchar y la confusión lo desconsuela. Su voz todavía está atrapada en su pecho, no puede ni preguntar, ni contestar, ni narrar. En el mar no hay ningún movimiento. Solo él y el cangrejo saben lo que vieron.

El citófono sonó pasadas las doce de la noche del viernes. Lucas se había dado una ducha rápida, se había lavado los dientes con rigor y se había emprolijado la barba que le crecía salvaje enfatizando la cara de alguien que acababa de ver un muerto. Al salir de la ducha, mientras se pasaba seda dental entre los dientes, se miró la panza que empezaba a asentarse donde antes solo existían piel y músculo. Se acercó al espejo y se jaló el pelo negro hacia atrás, para constatar la velocidad con la que se profundizaban sus entradas.

Durante esa hora que pasó acicalándose solo pudo pensar en Paula y la última vez en que la había visto. La historia que él se había contado desde entonces era que ella no había querido considerar una vida juntos, y la retrataba como a una mujer que ni siquiera imaginó más opciones para hacer que la distancia funcionara. Ellos se habían conocido en los últimos años de colegio. Paula fue la primera novia oficial de Lucas, aunque la relación duró apenas un par de meses, los suficientes para que los dos pudieran coger por primera vez, en un ritual más bien olvidable. Paula confesaría muchísimos años después que no había sido su primera vez, pero que prefirió elegir esa con él, en el marco de ese amor juvenil, antes que la espantosa primera penetración que había sucedido unos meses antes en una fiesta en la casa de su amiga Anita, con un tarado que ya estaba en primer semestre de la universidad.

Lucas contestó el citófono rápidamente. “Voy”, dijo, y salió rápido al ascensor. Bajó los tres pisos escuchando el latido de su corazón. Hacía una semana que no sentía más que el entumecimiento triste del duelo y hacía muchos años que no experimentaba los nervios en la panza que solo recordaba sentir con ella. Ya era una ganancia, pensó en ese brevísimo trayecto en el ascensor, sentir algo diferente de esa viscosidad que invadía su cuerpo desde el lunes. Se sintió a priori agradecido con Paula por regalarle al menos eso.

Bajó del ascensor, abrió la puerta y vio su cara. Se miraron durante unos segundos, estaba oscuro y Lucas no pudo ver el paso

del tiempo en la piel de Paula. Vio que tenía un flequillo nuevo, el pelo corto y la expresión de siempre. No dijeron nada y se fundieron en un abrazo largo, larguísimo. El
cuerpo menudo de Paula abarcaba el suyo con una fuerza descomunal. A pesar de que ella era más bajita que él, ese abrazo le dio una certeza de la que había carecido en los últimos días. Entonces se entregó al llanto. Paula no se movió, si lloró lo hizo de manera prudente y silenciosa, con cuidado de no opacar el dolor de Lucas. Lo rodeó con fuerza con sus brazos el tiempo que fue necesario hasta que él pudo tomar un poco de aire, recomponerse, e invitarla a entrar al edificio. Cuando subieron al ascensor, Lucas limpiándose las lágrimas y los mocos con la manga del buzo, Paula le preguntó:

—Y ¿cómo estás? —La pregunta pareció tan redundante que a los dos les dio un ataque de risa estruendosa y de un minuto a otro parecieron niños, doblados en una carcajada sin poder hablar.

Ella tenía una botella de mezcal que había traído de un viaje de México. Entraron al apartamento y Paula dejó la botella en el mesón de la cocina. Miró todo levantando las cejas. Asomó la cabeza por una puerta y Lucas se percató de que era la primera vez que ella estaba en su casa.

—Sigue, estás en tu casa.

—Qué lindo apto, Luc. ¿Es tuyo?

—Sí, sí. Mío y de los bancos. Me animé a comprarlo hace dos años y ahora vivo para poder pagarlo, ya sabes cómo es.

Cuando concluyó su recorrido volvió a felicitarlo por el lugar y se dispuso a cortar limones para el mezcal. En el camino del ascensor al apartamento, la confianza que los había unido en los primeros minutos de su encuentro se esfumó por completo. Ya habían llorado, se habían reído, y de repente volvían a ser una expareja con muchos años inéditos encima. La tensión le dio a Lucas una sensación de estar alerta que no lo disgustó. Que Paula estuviera ahí, sentada en su sala un viernes imprevisto a la una de la mañana, apenas unos días, unas horas, después de la muerte de su padre, lo sacaba de cualquier tristeza, despertaba una energía que sentía también muerta.

Paula sirvió el primer mezcal. Lo miró, levantó su copa y le dijo "por tu papá", antes de tomárselo entero. Lucas vio cómo, al decirlo, los ojos de Paula se humedecían, pero ella eligió no

contarle su propio sentir sobre su padre. A ese brindis no siguió una secuencia de rememoraciones de Paula sobre Luis Felipe, a las que Lucas habría tenido que asentir con amabilidad; ella no quiso contarle lo que ya sabía, y él lo agradeció íntimamente. Ese día no tenía más energía para escuchar la tristeza de otros, o las versiones ajenas de lo que él había conocido bien. El silencio de Paula le pareció más que prudente, honorable, y la amó por eso.

—¿Hace cuánto estás acá? —le preguntó Lucas para cortar el silencio.

—Hace algunos meses. No terminé el doctorado —se apresuró a decir Paula, con la ilusión de que al decirlo evitaría las preguntas que nadie más hacía pero con las que ella se torturaba todos los días—, las cosas se pusieron difíciles en San Francisco y decidí volver.

—¿Sigues con la chica esta? —le preguntó Lucas con fingido desinterés, sabiendo perfectamente que el nombre era Carolina.

—¿Con Carolina? No, fue con ella con quien se pusieron las cosas difíciles. ¿Por?

—Bueno, ¿cómo que por? Lo último que supe de ti era que estabas en otro país enamorada de una mujer. Fue literalmente lo último que me dijiste.

—¡No fue eso lo último que supiste de mí! Te mandé "Fly me to the moon" —le dijo Paula con un tono más liviano. Con eso Lucas se dio cuenta de que ella también había revisado la conversación antes de ir.

—¡Pitu, eso es no decir nada! ¡Me mandaste un *link* de una canción! —La risa le quitaba la tensión al aire y el tercer mezcal le había relajado los hombros.

—Entonces lo último que supiste de mí fue que te estaba pensando. —Al terminar esa frase, Paula lo miró fijamente a los ojos y sintió los nervios de Lucas, que miraba al piso.

La noche estaba helada. Lucas se paró para llevar agua a la mesa. Sacó de un cajón unos cigarrillos para armar y le dijo a Paula que ya no fumaba, solo con tragos, pero que esta le parecía una buena oportunidad. La charla siguió entre la vida de la familia de Paula, algunas historias sobre las hermanas de Lucas y relatar qué había pasado con sus amigos en común. Los dos evitaban hablar de su pasado como si caminaran por un campo minado. Ninguno sabía el por qué de esa omisión, pero en una hora de conversación no habían compartido ningún recuerdo de

los años que pasaron como pareja, solo relataban situaciones en las que habían estado juntos, pero que protagonizaron otros, como si al no hablarlo la noche siguiera el curso de excepcionalidad onírica que tenía y eso le sacara el peso de la realidad. Al cuarto mezcal, Lucas aprovechó un instante de silencio entre una anécdota y otra y lanzó a quemarropa:

—¿Entonces Carolina te rompió el corazón?

La cara de Paula se ensombreció de pronto. No esperaba esa pregunta así, contundente, ni entendía si el tono de Lucas había sido alegre, angustiado o solo curioso.

—Sí. Me lo destruyó.

—¿Qué pasó?

—No sé… Bah, supongo que sí sé. —Hizo una pausa para servirse más mezcal. Las mejillas se le habían sonrojado por el alcohol y se arremangó el buzo negro cuello tortuga que tenía puesto—. Las cosas terminaron, las cosas terminan —le respondió, con intención cortante, pero Lucas ya estaba cerca de la borrachera y tenía suficiente impunidad para insistir.

—Pero ¿por qué terminó si estabas tan enamorada? No me des respuestas genéricas, Pitu. No hace falta, nos conocemos bien.

—Bueno. La verdad es que yo estaba más enamorada de Caro que ella de mí, quería una vida con ella que ella simplemente no quería. Palabras más, palabras menos: yo le parecía precaria. Me lo dijo. Usó esa palabra: *precaria* —al repetirlo, los ojos de Paula volvieron a llenarse de lágrimas, pero ninguna cayó—, y no pude ser menos *precaria* de lo que era. El problema era más estructural de lo que podía resolverse, por más que lo intentara, así que terminamos separándonos y yo me devolví.

Lucas no insistió. Sintió un pesar enorme por Paula y una rabia proporcional con esa Carolina a la que no conocía. Algo, una pulsión instintiva, lo hizo querer defenderla de inmediato y reparar el daño, pero también presintió en su dolor una situación conocida: entendió que él siempre se había sentido *precario* para Paula, y al comprender su desamor deseó venganza.

—Yo nunca pensé que alguien pudiera dejarte —le dijo, y se quedó mirándola fijo.

Paula lo miró de vuelta. En un segundo, la vulnerabilidad que había expuesto de manera desprevenida al hablar de Carolina desapareció y se sintió emboscada por haberse mostrado así, pudorosa de su propia honestidad. Miró a Lucas con un vestigio

de rabia por haberla llevado ahí, pero después solo le salió coquetear.

—Tú me rompiste el corazón. —Los dos empezaron a reírse.

—¡Es mentira, Pitu! Si tú me dejaste para irte a San Francisco. ¡Yo quedé destruido!

—Tanto que después te casaste.

—Bah, es el matrimonio menos importante del mundo.

—Siempre supe que te ibas a casar con alguien que no fuera yo, igual. No me sorprendí.

—Tampoco duró. Tampoco dolió. O sí, es difícil de describir. No fue un dolor como el que sentí cuando tú te fuiste.

Lucas quiso devolverse y decir otra cosa, le dio vergüenza la confesión que acababa de hacer, pero también se sintió más liviano al hacerla. Pensó que no tenía nada más para perder. Su padre había muerto y el tiempo parecía no tener el sentido lineal de siempre. La tragedia inesperada lo volvía un hombre sin precaución. Si no había podido advertir y menos planificar la muerte, de nada valía tratar de fingir algo más.

—Tú dices eso, te encanta decir eso, pero yo sé que tú no estabas tan enamorado de mí tampoco. A ti te gusta contarte esa historia, pero el amor es otra cosa —Paula arrastraba las palabras mientras se servía otro mezcal. Avalada, también, por la honestidad que ese encuentro improbable les facilitaba.

—¿Qué cosa puede ser? Yo te dije que me iba contigo. Te dije que hiciéramos lo posible por seguir. Tú querías irte y no querías llevarme, y yo eso lo entendí, pero no fue porque yo no estuviera enamorado.

El aire de la sala se enrareció. Al humo de los cigarrillos se sumó la densidad de las palabras, la intimidad de lo que estaban compartiendo. Ambos pensaron en la suerte de, en medio de todo, poder contrastar las versiones de sí mismos. Ninguno quería que la conversación llegara a ningún puerto distinto de alguna especie de verdad, de consenso sobre lo que había pasado. Los dos pretendieron, erróneamente, que estaban más alejados de sus propias narraciones para no involucrarse, como si estuvieran hablando de las vidas de otros y no de las suyas, con una ingenuidad infantil sobre el pasado, como si nunca pudiera eso convertirse en presente.

—No es cierto. Si lo dijiste, no lo sentiste de verdad.

Lucas la interrumpió riendo:

—¿Cómo me vas a decir a mí lo que sentía de verdad? Te estoy diciendo que era así.

—Bueno, eso no basta. No es suficiente decirle a alguien que lo amas para que se sienta amado. Ni siquiera es una cuestión de acciones, es una cuestión de intuición. Algo pasa o no pasa, y entre nosotros no pasaba. Tú siempre pones una distancia rara. Siempre has hecho eso, algo entre tú y tus sentimientos, y es muy difícil querer a alguien que no puede amar del todo, que no termina de hacerlo.

—Paula, te gusta decir eso para no pensar en que es exactamente lo que te pasa a ti. Crees que te entregas porque dices que te entregas, pero tú siempre te estás yendo. Yo nunca estuve seguro de que quisieras quedarte conmigo o llevarme, porque tu vida es y ha sido esperar algo más de lugares donde quizás no hay nada. Te es imposible conformarte con el presente, con lo posible.

Los dos se quedaron en silencio. Apenas ahí se dieron cuenta de que se habían lastimado y, como dos perros de pelea, fueron a lamerse sus heridas a una esquina. Paula sintió que esa última declaración había sido un puñetazo perfectamente puesto que la había noqueado. No levantó la mirada. Al principio embargada por el enojo, pero esa rabia mutó en la vergüenza de saberse descubierta, de constatar que Lucas la conocía mucho más de lo que ella creía posible, y ese hallazgo la hizo respetarlo. Levantó los ojos para descubrir los de Lucas, que quería pedirle disculpas, pero se quedó enmudecido. Ninguno dijo nada. Paula se sirvió otro mezcal, levantó la copa y brindó sin palabras por lo que fuera que los uniera en el silencio.

Se tomó el mezcal de un sorbo, se paró del sofá y, cuando Lucas creyó que se iba, que otra vez estaba a punto de desaparecer de su vida, Paula apoyó la copa en la mesa, se acercó al sillón donde él estaba sentado y se sentó encima de él. Le consintió el pelo con suavidad, le besó la frente, los ojos y después le dio un beso profundo en la boca. Lucas sintió cómo se le paraba la pija a través del jean. Paula no se detuvo. Su boca mojada, la punta de la lengua tocando la suya, la respiración acelerándose en su oído. Bajó una mano y le agarró la entrepierna. Mientras movía la cadera arriba de él, le dijo al oído: "¿Te puedo chupar la pija?", y Lucas apenas pudo asentir.

Se arrodilló al frente de él con extrema delicadeza, le desa-

botonó el jean y la sacó con una mano. No la chupó, la besó, la besó como si fuera una extensión de su boca, con un deseo genuino, con dulzura. Ahí empezó a chupársela mientras lo miraba a los ojos. Lucas era incapaz de pensar. Reconocía a Paula con su pija en la boca y ni siquiera alcanzó a preguntarse si ella lo hacía por lástima (aunque ese pensamiento lo atacaría unas horas después), solo reparó en lo bella que era, en cómo la había extrañado y en que, de alguna forma, una persona nueva le hacía sexo oral. Por un segundo se atravesó por su mente la certeza de que Paula había chupado muchas otras pijas desde la última vez que chupó la suya y esa idea le llevó un sabor amargo de celos y también de calentura. Levantó a Paula del piso, le sacó el buzo mientras le besaba el cuello, los hombros, las tetas. El frío de la ciudad se había desvanecido. La agarró de la mano y fueron juntos a su cuarto. Paula se acostó en la cama y Lucas le quitó los jeans. Solo sentir la humedad de Paula a través de sus calzones le aceleró el corazón. La miró a los ojos, le corrió la tanga hacia un lado y le pasó la lengua por la concha. Era increíble, pensó, cómo el sabor de su cuerpo tenía la capacidad de enloquecerlo. Sentía que la verga se le iba a explotar, y también que daría cualquier cosa por vivir entre esas piernas. Recordó que a Paula le gustaba que le metiera un dedo mientras le chupaba la concha y la naturalidad con la que ese conocimiento volvía a su mente diluyó el tiempo que había pasado entre ellos. La escuchó acabar para él, contorsionarse, sintió cómo le temblaba la espalda y cómo sus músculos se contraían y se expandían mientras jadeaba. La besó lentamente mientras ella se reincorporaba. Paula se le subió encima y le dijo al oído: “Quiero que me cojas por el culo”. Lucas fue al baño por un condón, volvió al cuarto. Vio su cuerpo desnudo todavía moverse sobre lo que había quedado del orgasmo, la blancura de su piel, el pelo negro sobre la cara, la dulzura del pubis, la sombra delicada de pelos en las piernas y en la concha, la dureza de los pezones. Le dijo que se diera vuelta y metió la cara entre sus nalgas. La sintió acabar otra vez para él. Entonces ella le pidió que la cogiera, y él la giró de nuevo, diciéndole que quería mirarla. Subió sus piernas en sus hombros y le penetró el culo despacio, vio la contorsión de placer y dolor de Paula. Se detuvo un segundo y ella le pidió un poco más, mientras se tocaba. La penetró con más fuerza y sintió cómo se perdía en ella, la presión de su cuerpo, la expresión de su cara,

sus ojos blancos, su boca húmeda cuando anunció que iba a acabar otra vez, creyó que su pija explotaba dentro de su cuerpo. Acabó de una manera que no recordaba, con una entrega que no conocía, con un sentimiento tan intenso e íntimo que tuvo que contener las lágrimas mientras tomaba aire.

Antes de quedarse dormido, con el cuerpo de Paula a su lado, la abrazó y le clavó la nariz en el cuello. Entonces advirtió que por primera vez esa era su casa, que ella era el único lugar donde quería estar, el único lugar en el que no era huérfano.

Cuando abrió los ojos estaba completamente solo. El sonido del ventilador se combinaba con el rumor de las olas que entraba por la ventana del balcón. Se quedó unos segundos contemplando el techo: las ramificaciones de las hojas de palma, dispuestas en carriles perfectos sostenidos por listones de madera. Si miraba fijamente los patrones de la palma, sentía que se movían, como un laberinto circular, como las escaleras de Escher. Un dolor de cabeza le partió la frente en dos y lo sacó de la contemplación. Recapituló la noche anterior, el ron, Clarice y Pedro, Paula y la discusión, volvió a mirar al lado derecho de la cama para confirmar que ella ya no estaba. La sed lo obligó a ponerse en pie.

No supo qué hora era. Caminó lentamente al baño, consciente del peso de su cuerpo en cada articulación. El alcohol le daba la impresión de estar nublado, como si su sangre fuera aceitosa y corriera con dificultad por sus venas. Había dormido mucho y seguía borracho: había sobrevolado el sueño. A su edad ya sabía que no siempre que se duerme se descansa, y que la resaca se antoja muy cruel después de los treinta. Decidió no ceder ante el malestar y se tomó un ibuprofeno en ayunas pasado con una botella de agua medio tibia que estaba en el baño.

Por el calor asfixiante que hacía calculó que debían ser las once de la mañana. Aprovechó que estaba en el baño y abrió el agua fría para meterse bajo el chorro, quitarse la noche de encima y conquistar la conciencia. La claraboya abierta de la ducha daba siempre a las mismas palmeras que el viento movía con suavidad. Un ir y venir imperturbable. Pensó si alguna vez alguien podría cansarse del ruido inagotable del mar. Se preguntó bajo qué condición extraña el mar alguna vez haría silencio. Se sosegó al pensar que, "sin importar" a dónde fuera, qué hiciera, en qué lugares estuviera su cuerpo, el mar, algún mar, siempre iba a estar ahí.

Cuando salió de la ducha se sentía un poco mejor. A pesar del cuerpo hinchado por la resaca, no sentía ninguna culpa por la noche anterior. Su enojo de la madrugada no se disipó y, por el contrario, dormir mucho y mal solo lo puso de peor humor.

Decidió hablar con Paula cuando saliera del cuarto, decirle que quizás el viaje no había sido una buena idea, hablar no con el buen tono aprendido en terapia de pareja, sino con uno más hostil y al mismo tiempo más honesto, no aludir únicamente a sus sentimientos, sino criticar los de ella, su egoísmo, su distancia, su silencio. Ensayó mientras se lavaba los dientes cómo le iba a decir cuando la viera en el comedor: "Paula, vamos al cuarto a hablar", y cómo ella tendría que entregarse a la discusión sin desviarla.

Salió resuelto, con la pantaloneta de peces que le había regalado su cuñada y las gafas oscuras, pero Paula no estaba ni en el comedor ni en la playa. Tampoco estaban Clarice ni Pedro. Antes de sentarse en una mesa salió a la orilla, buscando alguna estera en la que se estuvieran asoleando, pero no los vio. Se devolvió extrañado y un poco culpable. Durante un par de segundos contempló la idea de que Paula se hubiera marchado, quizás la discusión de la noche anterior había sido más violenta de lo que la recordaba. En esos segundos de elucubración ansiosa se supo descorazonado, profundamente angustiado, a pesar de saber que ese escenario era improbable. Sentado en una de las mesas del comedor, Lucas trató de mantener la calma. Consideró devolverse al cuarto para chequear que las cosas de Paula estuvieran todavía ahí, pero no lo hizo, convencido de que hacerlo sería ceder ante la ansiedad resacosa y la culpa del alcohol. La soledad de su silencio amplificó los ruidos de los lagartos bajo sus pies.

Cuando la mujer gorda le llevó el café, antes de que él preguntara, le aclaró que su señora y la joven gringa se habían ido temprano en la mañana. Que su señora le había dejado dicho que iba a volver sobre el mediodía.

El alivio le devolvió el aire. Hacía más calor todavía. En la frente se le formaban goticas de sudor. Al saber que no era un hombre abandonado, sino parcialmente olvidado, volvieron el enojo y unos celos abstractos.

Sacó de su cuarto una novela que llevaba meses leyendo, sobre un abogado que desentrañaba un caso complejo en Irlanda. La cargaba a todas partes para tener un lugar donde fijar los ojos, pero hacía tiempo que no podía retener las palabras que leía. Se acostó en una estera al frente del mar, con la intención de adentrarse en la novela y con la certeza de que el cuerpo no le daba para caminar hasta la piedra.

No leyó ni tres páginas cuando el calor y el aburrimiento lo obligaron a meterse al mar. Entro al agua tibia caminando. Se quedó un rato largo en la rompiente, saltando de espaldas sobre la espuma, dejando su cuerpo caer para que la fuerza del agua lo sostuviera unos segundos antes de dejarlo hundir hasta el fondo. Esquivó algunas olas clavándose de cabeza justo cuando estaban por romper. Se sentía un nadador ágil con el gesto del clavado y el impulso que tomaba con las rodillas, la fuerza del agua pasándole por encima y la suspensión del tiempo y del espacio cuando rozaba con el pecho la arena. El agua estaba particularmente transparente esa mañana, la marea estaba baja, y se entretuvo abriendo los ojos bajo las olas, mirando sus manos abrirse y cerrarse para poder nadar.

Cuando cruzó la rompiente sus pies todavía tocaban la arena. La ola que venía lo elevaba suavemente y cuando pasaba, tocaba el fondo con las puntas de los pies. El sol le quemaba la cara y las entradas del pelo. La barba tupida de días, el silencio y la soledad del mar.

Se quedó flotando un rato. No pudo evitar pensar en que la tristeza que tenía adentro había cambiado de forma. Lo que sentía no era solo el trágico dolor del nuevo duelo, había algo más, una nostalgia que ya conocía, una ansiedad que había advertido antes y que el duelo había opacado por completo. Ahí, flotando, se dio cuenta de que una vez más se instalaba en su interior la certeza de que ella lo dejaba entrar en su vida por breves periodos, momentos condicionales que iban a terminar. Eso que habían vivido no era sino una tregua en el estado de las cosas, una tregua en la que él amaba más, amaba de manera incondicional a alguien que solo le devolvía ese amor por fragmentos que siempre estaban incompletos. Otra vez tenía el cuerpo de Paula a su lado y la convicción de que ella, de alguna manera, ya no estaba allí. Tenía la imagen de su humanidad entregada y ella siempre con un pie fuera de esa alianza, esperando la señal para dar un paso al costado e irse de nuevo. Flotando en el agua vio con una perspectiva distinta y nítida su relación, desprovista del ruido y la muerte de esos meses, y la imagen era demoledora.

Tomó aire y se hundió en el agua. Aguantó la respiración durante unos segundos y después gritó con todas sus fuerzas. Vio una cantidad de burbujas abandonar su cuerpo. Sacó la cabeza y

volvió caminando a la orilla. No podía creer en él, no con resaca, no con tristeza, no así. Nada de esto podía estar pasando. Hacía demasiado calor, demasiado cansancio, demasiado sol, demasiada sed. Trató de prometerse no pensar más durante un rato, no hacer predicciones sobre el futuro, no sacar conjeturas sobre el presente. Procuró acostarse en la estera y leer o dormir para que eso dentro de él lo dejara en paz durante un tiempo.

SEGUNDA PARTE

—¿Cómo amaneces, Paula? —le dijo la suave voz de Clarice, sentada en el comedor de la Laguna Azul, con la luz amable de las ocho de la mañana dándole en la cara pálida. De Pedro no había rastro, en el comedor solo estaban las dos.

—Bien, Clarice. ¿Y tú?

—Bien. Tengo un poco de… cómo le dicen ustedes, ¿guayaba? —dijo Clarice, tratando de encontrar las palabras.

—Guayabo, sí, así pero en masculino, como la fruta. ¿La probaste?

—Sí, sí. Me gusta mucho. Me gusta más el dulce… Boca… bo..

—Bocadillo. Sí, es rico.

Paula se había levantado hacía quince minutos. Había abierto los ojos del sueño pesado del clonazepam para ver a su lado la cara de Lucas con el olor a alcohol reposado encima. Se quedó contemplándolo unos segundos. Mirando la forma aguileña de su nariz, sus párpados rendidos ante el sueño y escuchando su respiración profunda. Quiso tocarle el pelo, darle un beso en cada ojo dormido y decirle que lo amaba, pero no dijo nada. Sin embargo, lo miró con ternura y compasión. Supuso que, cuando despertara, se sentiría culpable y triste. No por la discusión que había intentado la noche anterior, sino por la resaca, por el peso del pasado, por todo lo que a los dos les molestaba. Lo supo porque ella se había sentido así mil millones de veces al levantarse, incluso a su lado, y quiso que la mañana le fuera leve. No detendría sus planes para acompañar el despertar de su marido, así que buscó a tientas algún papel para dejarle una nota. Algo que dijera “me fui a buscar la casa del tío. te amo”, pero no encontró con qué escribir. Se lavó los dientes y salió en silencio. Le dejaría un recado con la señora del comedor.

—¿A dónde es que me dijiste ayer que querías ir? —le preguntó Clarice mientras masticaba unos pedazos de banano.

—A la casa de un tío que queda en el pueblo. Yo solía venir aquí cuando era chiquita, pero después dejamos de viajar. Quiero visitar ese lugar a ver cómo cambió. —Paula hablaba despacio y pronunciando muy bien cada palabra para que Clarice pudiera

entenderla.

Clarice, por su parte, no se perdía de ningún fragmento del diálogo, entendía casi perfecto el español, así al hablarlo mezclara géneros y tiempos verbales.

—Claro, claro. ¿Y vamos a ir caminando?

—Sí. Es una caminata larga. Si no tienes ganas de ir, no pasa nada.

—No, no —replicó Clarice mientras terminaba de tomar café —. Quiero conocer, te acompaño.

Las dos mujeres habían compartido muy poco tiempo juntas, pero Paula se había descubierto mirando a Clarice con la curiosidad de una niña, clavándole los ojos con vehemencia en el cuerpo, tratando de interpretar en ella un lenguaje, una señal, más que una persona. La especulación sobre una vida que no era la suya le daba reposo. Además, desde que habían conversado por primera vez en la playa, dos días atrás, algo se había generado entre sus silencios. Una simpatía que solo podía explicarse como la intimidad de los extraños.

Cuando Pedro y Lucas las dejaron solas, Paula le empezó a preguntar a Clarice por sus impresiones de Latinoamérica. Cómo se sentía en un lugar tan distinto. La idea de esa conversación trivial la había aburrido, se había resistido a iniciar el diálogo, frustrada por lo que imaginaba de la conversación, esperando que Clarice hablara sobre lo fuerte que hablaban los latinoamericanos y lo desordenados que eran, pero había algo en la observación de Clarice que le llamaba la atención. Quizás la forma en la que minuciosamente escudriñaba en el lenguaje disponible para describir lo que sentía, o una calidez particular para observar a la gente, o una pertinencia magistral para dejar silencios que no se hacían incómodos en medio de la conversación. Fuera lo que fuera, a Paula le resultaba hipnótica su presencia: su forma de respirar, su timbre de voz. Estar al lado de Clarice la adormilaba, como cuando su tía le consentía el pelo de chica, o como cuando el sueño la alcanzaba en la sobremesa de algún almuerzo familiar.

Quizás por ese estado de relajación tan placentero y desprevenido, apenas Clarice le preguntó por su vida, Paula confesó sin dudar las razones de ese viaje.

—Mi hijo murió justo antes del parto —le dijo Paula.

—Lo siento mucho —respondió Clarice.

Pero no dijo nada más. La miró a los ojos fijamente durante

unos segundos, no con lástima, como la miraban todos cada vez que tenía que hablar de la tragedia, tampoco con una especial compasión, y menos tratando de cambiar de tema, incómoda por la muerte ajena. No. Clarice la contempló con un gesto de comprensión, algo que Paula no había reconocido en nadie en mucho tiempo. Fue tan íntima su expresión que incluso Paula llegó a imaginar que Clarice había pasado por lo mismo, pero no preguntó. Tampoco se le encharcaron los ojos ni se entregó al llanto al acordarse del horror. Mirando los ojos de Clarice, Paula sintió por primera vez algo parecido a la calma.

—Yo nunca estuve embarazada. No quiero tener hijos, pero *el* muerte es muy cruel —le dijo Clarice.

—*La* muerte

—Creo que lo prefiero como "*el*" —*c*oncluyó Clarice, dejando escapar una media sonrisa.

Paula se sorprendió de que ella no huyera del tema, incómoda y aturdida, y de que tampoco le preguntara detalles. Le fascinó la relación que Clarice tenía con la muerte y con la maternidad, un vínculo más simple, más eventual. El tono de la conversación le trajo ligereza, no tanto para seguir hablando de la muerte de su hijo, pero sí para no entregarse a ninguna emoción trágica mientras lo contaba. Tampoco tuvo ganas de irse. Se quedó quieta, contemplando el mar al lado de Clarice.

Se pusieron protector solar en el cuerpo y en la cara. Paula volvió al cuarto a buscar una gorra, caminando sigilosa mientras Lucas seguía durmiendo.

María, la señora que les había servido el desayuno, les dio unas escuetas indicaciones sobre cómo llegar al lugar de las anotaciones de Paula. Les advirtió que serían un par de horas, pero las dos estaban emocionadas por el paseo.

Salieron del hotel por una callecita del ancho de una ciclovía. Todas las calles de la isla tenían ese tamaño, algunas un poco más grandes, dando la sensación de que ninguna callecita era tan ancha como la siguiente. Cada tanto pasaba alguna bicicleta con un hombre que las miraba con desdén, o alguna mujer caminando con un niño agarrado de la mano. El sol se elevaba sobre el cielo y calentaba el aire, la tierra, el mundo. El sopor del oxígeno caliente hacía que pareciera más difícil respirar. A esa hora, hasta las moscas volaban con desidia alrededor de Paula y Clarice.

Pasaron por una construcción de madera que se asemejaba a

un estadio diminuto. Tres hileras de bancas ubicadas de forma circular, alrededor de una rotonda de tierra. No podía decirse si el lugar estaba vacío o solo abandonado. La fachada de madera tenía algo sórdido que Paula creyó recordar y que le generó un temor infantil. Clarice detuvo la marcha y se quedó mirando.

—¿Sabes qué es eso? —le preguntó.

Paula miró hacia el lugar, movida por un implícito deber de ser anfitriona que la obligaba a explicarle a Clarice lo que no entendía. Leyó escrito en una pintura azul, ya borrada por el tiempo: "Gallera La Perlita".

—Un lugar donde hay peleas de gallos —le respondió.

En lugar de seguir la caminata por la callecita, como quería Paula, Clarice se desvió para entrar a la gallera. Sus piernas largas atravesaron el pasto crecido hasta que estuvo al frente de la puerta de madera, que hizo un ruido escabroso cuando la empujó para entrar. Paula no tuvo otra alternativa que seguirla, despabilada y alerta; tanto ella como las moscas que la seguían parecieron despertar apenas entró al recinto: volaron a su alrededor y zumbaron con más fuerza. Las turistas estas que no saben a qué lugares se puede ir y a cuáles no, pensó con enojo, mientras trataba de alejarlas inútilmente moviendo las manos.

Recordaba algo de esa gallera, pero la imagen en su memoria estaba fuera de foco. Sí sabía que las mujeres no veían peleas de gallos, que los hombres no contaban nada sobre eso y que nunca la invitaron a ese lugar, por lo que había cooperado sumisa con esa instrucción que le fue dada de alguna manera cuando era una niña. El olor de la tierra mezclada con plumas y con mierda de animal era insoportable. Todo era oscuro y sórdido en ese lugar, la luz de la mañana se filtraba entre las maderas de las bancas, pero ahí siempre era de noche, y además del almizcle salvaje, había una densidad en el aire que todavía guardaba la respiración furiosa de los hombres: los tufos alcohólicos de sus humanidades, como si cada riña de cada gallo y cada hombre hubieran quedado suspendidos en el aire para siempre.

Clarice siguió caminando al fondo de la gallera, donde había una puerta de un metro de altura. Paula miraba los rastros de sangre en la tierra seca. Se quería ir, pero no quería dejar a Clarice sola, y entre el desasosiego que sentía también había fascinación por ver desde adentro ese lugar prohibido. Clarice abrió la puerta pequeña y la atravesó, agachándose para no

golpearse. El olor que salía de ese cuartico era insoportable. Un aroma a tierra podrida, a animal agónico y, al mismo tiempo, a lo vital de la putrefacción, a todas las formas de vida que emergen de la muerte. Cuando Paula entró, vio que Clarice contemplaba inmóvil lo que parecía un gallo colgado de un tubo, tapado con una manta. El animal estaba vivo, con espuelas en las patas, imperturbable en medio del sadismo al que era condenado. Clarice se agachó para verlo de cerca debajo de la manta, entonces el gallo abrió los ojos. La mirada de Paula se clavó en la profundidad de las pupilas negras e infinitas del gallo. El animal empezó a mover las alas con violencia. Paula se quedó petrificada viendo al bicho atado y volteado revolotear con fuerza para intentar escapar; cacareaba y las alas se estrellaban entre sí. Sin entender qué hacía, estiró una mano para tocarlo, pero Clarice la agarró en el aire y la jaló fuera de la gallera con un par de zancadas.

Las dos volvieron a emprender la caminata, llenas de adrenalina. Una mudez se impuso en el ambiente. El silencio de la violencia imperó durante el resto del trayecto. Siguieron a paso firme bajo el sol cada vez más inclemente, ante las miradas desinteresadas de cada persona que las reconocía como foráneas. Fuera del hotel, Paula sintió que ese desinterés dejaba claro que al interior de la isla mandaban los isleños, no los blancos, no los dueños, no los turistas como ellas. Allí donde los hombres, las mujeres y los niños vivían su vida todos los días del año, a veces sin ver el mar, una vida sin vacaciones, llena de cotidianidad, ellas apenas estaban de paso.

Después de haber caminado cerca de una hora, prácticamente sin mediar palabra, Paula le señaló a Clarice una tienda para que se sentaran a descansar. Clarice pidió dos cervezas y Paula la detuvo.

—Yo tomo un agua fría, no bebo.

Clarice tomó de su cerveza helada mientras Paula miraba alrededor con suspicacia. La idea de que estaba en un lugar que conocía pero que no recordaba la hizo tomar más agua: no por sed, sino por nostalgia.

—¿Entonces tú nunca volviste aquí? —preguntó Clarice.

—No. Sé que mi papá volvió un par de veces. Venía mucho en una época, pero no sé por qué dejó de venir.

—¿Murió?

—¿Mi papá? No.

Clarice la volvió a mirar sin decir más, esperando a que ella explicara.

—No hablo mucho con mi papá. Desde que me fui del país, hace algunos años, nunca retomamos del todo el contacto.

—¿A dónde te fuiste?

—A San Francisco. Empecé un doctorado en Literatura, pero no lo terminé.

—¿Y ahora qué haces?

—Soy profesora de inglés en un colegio. O era. Hace un tiempo renuncié.

—¿Por el duelo?

—Algo así. —Paula no estaba segura de que esa fuera la razón, pero se sintió agradecida con Clarice por buscar y encontrar ella misma una explicación rápida a su más reciente fracaso.

—Yo también hablo inglés, pero prefiero que hablemos español, así practico un poco más.

Clarice le contó que quería hacer una maestría en Antropología. Con las lentas palabras de Clarice, a Paula todavía no le quedaba claro por qué estaba con un muchacho como Pedro, quién sería él, de qué hablarían o si hablarían siquiera. Supuso que ella también estaba aburrida, no como Paula, por exceso de conversación con su marido, sino por defecto. Una chica tan peculiar, tan extraña, con un muchacho tan corriente y tan vulgar.

Mientras charlaban, una mujer con la cara arrugada y un vestido de tela raída salió del fondo de la tienda y se les acercó. Su cara estaba surcada por hondas líneas negras que diseñaban una cartografía de muchísimos años en su piel oscura. El pelo blanco, recogido arriba de la cabeza, y un bastón sobre el que reposaba su cuerpo encorvado.

—¿Tú no eres la hija de Jorge Durán? —le dijo la señora, señalándola.

—Sí, soy yo. ¿Usted conoce a mi papá?

—Ombe, que si lo conozco… De toda la vida. Lo conocí acá con tu tío, y a ti te conocí chiquitica.

Paula se sonrió y se paró de la mesa para darle la mano a la mujer.

—Soy Etelvina, pero tú no te debes acordar de mí. Por aquí tu

papá no ha vuelto, y hace años supimos de la muerte de tu tío, que Dios lo tenga en su gloria. Pero tú sí que no te habías dejado ver. Estás igualita, muy flaquita, pero igual.

—Sí, sí señora —le dijo Paula riéndose, sorprendida con la familiaridad, con la memoria y ante la infancia. Clarice las miraba gratamente confundida.

—¿Vas pa´ la casa de tu tío?

—La estoy buscando, doña Etelvina.

—Ay, niña, no busques más. De esa casa no queda nada.

—¿La tumbaron?

—Hace un par de años, en una marea que hubo, se la tragó el mar. Fue la única casa que cayó en desgracia. Menos mal nadie se murió, pero solo quedan ruinas.

La desilusión desdibujó el gesto de Paula. No había casa para ver, no había pasado para visitar. Todo lo que fue se lo había llevado el mar y lo había devuelto en forma de escombro.

—¿Hasta cuándo vas a estar?

—Voy a estar cuatro días más, doña Etelvina.

—Bueno, niña —le dijo la mujer, levantando la mirada y poniéndole una mano áspera en la mejilla—, pasa a verme en estos días antes de que te vayas, así no estás tan triste. —Mientras con una mano trataba de espantarle las moscas que la rodeaban y con la otra le consentía la mejilla.

Paula y Clarice llegan a lo que Paula recuerda como una casa, donde ahora solo hay arena y palos y restos sobre los que las olas rompen suavemente. No hay ni tiempo para el desconsuelo. Tienen los pies llenos de ampollas por la caminata y la boca seca por la sed y la sal. Clarice la mira en silencio, mientras Paula se sienta sobre un tronco, tratando de reconocer en ese pedazo de mar algo que se parezca a un pasado.

Se siente cansada. Un cansancio milenario le pesa en el cuerpo. Contempla el mar calmo de la tarde. Recuerda, o intenta, saberse una niña y estar ahí, cuando las cosas eran grandes e infinitas y la vida estaba por pasar. Recuerdos la embisten como oleadas: el olor a salitre, el sonido de los motores *Yamaha* de su padre que la adormilaban, el pueblo lleno de luces. Entonces también recuerda la vez en la que vio el velorio de una niña que se había ahogado. La imagen la perturba, pero no se la puede sacar de la cabeza. Muchas veces en su vida ha vuelto a esa escena: una casa muy pobre, de palos y bahareque, donde lloran muchas mujeres y gritan y no disimulan la tristeza. Velas que van y vienen de sus manos. Paula agarra de la mano a su padre, que tiene que dar el pésame. Aprieta la mano de su padre resistiéndose al recorrido. No quiere entrar al resto de la casa, a esa habitación que parece un abismo oscuro de donde salen alaridos mortuorios, en una frecuencia tan baja que Paula los siente en el corazón como un tambor.

Su padre la jala mientras va hablando con un hombre negro y corpulento que le cuenta la tragedia de la niña. Estaba jugando y el mar se la llevó (porque el mar se tiene que llevar algunas cosas). Después esperaron a que la devolviera (porque el mar siempre las devuelve) y la arrojó en otra playa de la isla varias horas más tarde. El hombre llora en silencio, su padre baja la mirada con incomodidad, le aprieta la mano y no la suelta; ella siente el miedo de su padre de que a su hija también se la lleve algo. Se sabe brevemente amada en ese gesto. Empiezan a caminar hacia la puerta del cuarto oscuro. Solo ilumina la luz de las velas, aunque la oscuridad está a punto de asfixiarlas y hacer

de todo una penumbra. Trata de cerrar los ojos para no mirar, se esconde tras el brazo de su padre, pero la curiosidad la vence. La curiosidad y una necesidad que no entiende de conocer la muerte. Abre los ojos y ve sobre la cama a una niña de su tamaño con un vestidito blanco y la piel hinchada como la de un sapo. Las mujeres lloran sobre el cuerpo de la muchachita, dan alaridos, insultan. Una de ellas se desmaya, otras se acercan para darle aire, pero no la sacan. El calor hace que les sude la frente. El olor de la habitación es un almizcle tan pesado que Paula siente que nunca se lo va a quitar de la nariz. Ella también es una niña, pero está viva, o eso cree.

Esa imagen la persigue desde entonces, pero recién ahora, en ese lugar de palos y hojarasca, de arena y agua salada, se da cuenta de que ella no es la niña sino la madre. Ella no es la muerta sino el alma en pena que queda sola sobre este mundo, aullando por la pérdida, desmayándose de dolor, deseando también morir.

Piensa que debería volver a su vida. Mira el mar y le pide a la vida que le recuerde que siempre existe la posibilidad de volver allí, aunque ahora no haya nada. Pensar en la caminata de vuelta la cansa y quiere acurrucarse en la arena. Una tristeza sorda cubre su cuerpo. Solo se escuchan las olas romper contra las piedras. Paula no puede levantarse más de ese tronco, tiene la certeza de que sus piernas no podrán cargar el peso de su cuerpo. Como otra ola vuelve el recuerdo de su panza. Se pone las manos en el abdomen para constatar que no está ahí, que en su interior ya no hay nada. La atacan las imágenes de su mente, los recuerdos involuntarios que son un espiral de la memoria desgraciada, como si su cabeza tuviera la única intención de lastimarla. Recuerda el dolor intenso del parto, el querer morirse, la certeza de que su cuerpo se partía en dos, la impresión de cada vértebra expandiéndose a una capacidad imposible, la textura de su piel resquebrajándose, los filamentos de músculo estirándose hasta romperse por la presión, la fuerza con la que su cuerpo expulsó a un niño que no respiró nunca. Quizás ahora está llena de agua, llena de mar, quizás en ella solo alcanza a vivir lo que naufraga.

Nunca puede decirle a Lucas esto. Nunca puede decirle nada. Decirle que ella no quería tener un hijo ni quería intentarlo y que a veces piensa que su falta de voluntad lo mató. Nunca puede

confesarle que lo odia por haber querido ser padre con ella, por hacerle creer que era posible, por implantar en su mente el deseo y en su vientre la semilla de una planta sin flor ni fruto. Y en ese momento el odio es la única fuerza capaz de ponerla en pie. Nunca puede nombrar a ese niño. Un hijo sin bautizo, solo con la certeza del nombre de un padre ajeno: Luis; un hijo de una orfandad ajena. Nunca puede decirle a nadie, porque ella no tiene madre ni padre que la abracen, porque ha estado sola toda su vida, porque antes de que Lucas se vaya se irá ella, porque nunca ha sentido que haya un solo lugar en el mundo donde pueda apoyar los pies.

El sol de la tarde le pica en la piel, la marea sube y el agua alcanza sus talones. Quiere que el mar la lleve y la devuelva en otro lugar. De sus ojos caen lágrimas una tras otra. Odia la palabra duelo, odia la idea de pelear contra algo que ya no está, odia las emboscadas sorpresivas de las imágenes que la hacen doler. Odia su cuerpo, lo que ha quedado de él, la sensación de falla con la que está condenada a vivir, la certeza de ir en contra de la naturaleza, de ser un pez que solo sabe nadar en contra de la corriente, un cuerpo que alberga la muerte. Un cuerpo que es, en la piel floja de su abdomen, en las hormonas que la entristecen y la mantienen alerta, en las tetas de las que salió leche que no alimentó a nadie, en los músculos que no pudieron retraerse, una cicatriz.

Solo sale de su cabeza cuando siente la mano de Clarice sobre su espalda. Su silencio, la prudencia de esa mujer que se sienta a su lado y le consiente el omóplato mientras ella llora apretando los dientes. Aprieta tan fuerte que de su boca podrían salir pepitas de calcio, escupir su dentadura hecha añicos como un boxeador que ha perdido la peor de las peleas. Se recuesta sobre el hombro huesudo de la extranjera y llora gritando, como las señoras de su recuerdo. Ella también quisiera tener una vela encendida que alejara la oscuridad.

Al salir del agua la desazón de Lucas era la misma. Se sentó en la playa, al lado de su toalla y de su libro. Tuvo la necesidad de tocar directamente la tierra. Posó las manos húmedas sobre la arena y vio cómo se ensuciaban, pero no se sacudió. Se sintió miserable, culpable por pensar más en la relación que tenía con Paula que en la muerte de su hijo, infame por considerar, preso de esa aflicción, que quizás él había insistido en tener un hijo no por la paternidad sino por crear algo que lo uniera a Paula para siempre.

Ella no había vuelto todavía, el sol no daba tregua y la playa parecía tomada por el silencio de su mente. Una mano se posó sobre su hombro y durante un segundo tuvo la ilusión de que fuera su esposa, alcanzó a cerrar los ojos con placidez e inclinó un poco la cabeza hacia esa mano que tocaba su cuerpo pegajoso de sal. Entonces escuchó la estridente voz de Pedro, que lo saludaba con su impostado "mi hermano".

—Las peladas siguen de paseo, ¿no?

—Sí. Supongo. Cuando me levanté ya se habían ido.

—Sí. Clarice me dijo esta mañana que iban a conocer la casa de Jorge Durán. Haber dicho que eran de por acá, mi hermano. No recuerdo al tío de tu mujer, pero seguro mi familia sí. Ya sabes que aquí todo el mundo se conoce.

La cara de Lucas se transformó en un inequívoco gesto de fastidio. Ahora no solo una gringa sabía más de la familia de su mujer que él, sino que este jovenzuelo que sobreactuaba alegría también sabía algo que él estaba seguro de haber conocido parcialmente. También sabía que Paula había vuelto a hablar con su padre y sabría por qué y seguro también sabía más que él del privado universo interno de su mujer. Escuchó a Pedro seguir hablando como un ruido de fondo, y el fastidio solo se desvaneció cuando Pedro le preguntó si tenía hijos, entonces fue reemplazado por una necesidad urgente de cualquier forma de amor.

—No tenemos hijos Paula y yo. —Y en un monólogo confesional, siguió—: Íbamos a tener un hijo, o tuvimos, no sé

bien, murió antes del parto, hace unos meses —habló con la secreta intención de espantarlo con su intimidad.

Pero la mano joven y suave de Pedro volvió a posarse sobre su hombro. De repente no era tan alegre y la felicidad se le había disipado. No supo qué decir, porque la gente joven nunca sabe qué hacer frente a la desgracia. Parte del encanto de la juventud es sentirse lejos, muy lejos, de los dolores trascendentales de la vida, aquellos que parten a una persona en dos, que alteran su identidad de forma tan radical que es biológica, dejando una tristeza capaz de modificar las células del cuerpo.

—Lo siento mucho, Lucas —dijo.

Y Lucas se conmovió por la seriedad que había impregnado al chico, le pareció dulce que evitara decirle “mi hermano”, y le pareció tan genuina su impresión que estuvo a gusto a su lado.

Pero Pedro no quiso que se prolongara el silencio.

—Mi hermano menor murió a los dos meses de haber nacido. Una muerte súbita, de esas cosas que pasan con los bebés —le contó sin mirarlo a los ojos—. Se llamaba Juan. Fue muy duro para la familia. Mi papá no lo soportó y se mató un tiempo después. En realidad no fue solo por eso, estaba enfermo de tristeza de antes, pero eso fue lo que terminó de matarlo.

Lucas quitó los ojos del mar para ponérselos encima al perfil de Pedro. Se sorprendió de la velocidad con la que habían cambiado los roles. De un minuto a otro, él ya no era el que tenía la tristeza más honda, y eso lo avergonzó, solo para después considerar a Pedro un par, un adulto como él, y además un huérfano. Entonces puso su mano sobre el hombro dorado del joven. Pedro trató de devolver la liviandad a la conversación sonriendo con calidez, pero los dos, sosteniéndose, fueron conscientes de la intimidad irreversible en la que ahora se encontraban.

—¿Cómo se llamaba tu hijo?

—No llegamos a bautizarlo —le respondió Lucas de manera mecánica, pero después tomó aire y agregó—: pero se iba a llamar Luis, como mi papá, que también murió hace unos años.

—Lo siento, mi hermano. No tengo hijos, ni quiero tenerlos, pero supongo que he visto la tristeza por la que estás pasando, y es muy dura, muy cruel.

—Sí, lo es… —dijo Lucas pensativo— ¿Tú mamá se recuperó después de esa tragedia?

—Supongo que sí. Sobrevivió, pero a los muertos los cargamos siempre. Siempre van a estar ahí. Nunca se van. ¿Tú? ¿Cómo lo llevas?

Lucas se supo tan comprendido por Pedro que quiso abrazarlo y recostarse en su joven regazo lo que quedaba de la tarde. No estaba seguro de que los muertos no abandonaran a los vivos, pero interpretaba eso como una forma de explicar que después del duelo la tristeza era un lugar permanente. Siempre que cerraba los ojos había un sitio indefectiblemente triste a donde ir, una ausencia irreparable; eso era muerte. Le sorprendió que le preguntara por él. Nadie le preguntaba por él. Él tampoco preguntaba por sí mismo, porque su duelo era minúsculo comparado con el de Paula, aunque también él estaba destruido. Cuando pasó lo de su hijo, su familia no supo cómo contener su angustia, que era como un río sin orillas, así que fue más fácil y comprensible estar al pendiente de Paula. Pero iba a ser un padre (o lo había sido, en su deseo, en su mente, durante los nueve meses de espera) y eso se había desvanecido. Lo sacaba de quicio que su madre se recriminara por su nieto, que sus hermanas se dolieran por su sobrino, pero que nadie lo hiciera por él. Ahí, más que otras veces, también había extrañado la imagen idealizada de su papá, y había depositado en su fantasma el cariño que necesitaba de los que estaban a su alrededor.

—Estoy como se puede estar.

—¿Estaban buscando hace mucho?

—No. Fue medio de improvisto.

Lucas hizo una pausa para mirar al mar. El sol estaba a punto de empezar a caer y perderse en el horizonte. La escena era tan bella que era cursi, y al mismo tiempo, la idea de que todos los días en La Perlita el sol caía de la misma manera le quitaba la noción de milagro exclusivo a ese atardecer, lo volvía corriente, casi vulgar. Por la soledad de los dos cuerpos en la mitad de una isla, o quizás por la honesta ingenuidad de Pedro, que no se limitaba en sus preguntas porque también conocía lo suficiente el dolor como para incomodarse con él, Lucas estuvo a gusto para decir algo que solo una vez antes había dicho en voz alta:

—Paula nunca había querido tener hijos. Yo sí. Desde la muerte de mi papá tuve la sensación de que yo también quería ser padre algún día; entonces, no estábamos propiamente buscando, pero cuando sucedió el embarazo yo sí quería tenerlo.

Dijo eso para no decir que él había convencido a Paula. A pesar de saber que tal cosa no era del todo cierta ni posible, y que *convencerla* era una exageración, la culpa lo hacía darle vueltas una y otra vez a ese momento decisivo en su vida, cuando la tragedia se originó quizás en una idea suya. El fundamento de su deseo no era solo ser padre, sino ser padre del hijo de ambos. Lucas no le dijo a Pedro que esos meses, y los anteriores al embarazo, él había sentido una felicidad completa al intuir que su amor con Paula era por fin estable, por fin algo que parecía vencer el tiempo y las diferencias que se habían empeñado en separarlos por tantos años. No le contó de esa certeza de saberse entero en las mañanas al verla a su lado y en las tardes al volver a casa a encontrarla. No creía que hubiera querido tener un hijo como tantas parejas de amigos suyos, con el fin de dar un paso o de revivir algo que estaba muerto.

Él deseó algo diferente: que un hijo prolongara para siempre esa felicidad que habían conquistado juntos. Ver a Paula embarazada lo había llenado de fe, de ganas, y la angustia de lo que terminó pasando con su hijo lo hacía preguntarse una y otra vez, de manera insoportable y obsesiva, si realmente quería tener un hijo, o si ese sueño solo existió porque Paula lo había materializado para los dos. Incluso se cuestionaba si esas cosas podían separarse. No se relacionaba con ninguna de esas historias de madres solteras que atravesaban una fertilización para tener un bebé, no conocía hombres que hubieran resuelto esa duda para él. Le gustaba decirse esas cosas para lastimarse; no importaba cuán poco razonable fuera, lo vencía el deseo masoquista y ególatra de darse la importancia de ser quien desencadenó esas dimensiones de desastre.

Ya una vez había tenido un diálogo similar sobre esos temas, lo que llevó a la decisión de ir a terapia pareja con Paula una vez a la semana. Una noche, apenas unas semanas después de la tragedia, Lucas se sintió harto del extraño consuelo metafísico y espiritual que envolvía la muerte. Paula le había prohibido tocar el saquito que le iban a poner a Luis (cuyo nombre solo él era capaz de pronunciar) y que ella se empeñaba en esconder debajo de la almohada. La presencia de ese retazo de tela tan cerca de su cabeza lo martirizaba, lo llenaba de un sufrimiento indecible que no podía acabar mientras la prueba del pequeño cuerpo de su hijo muerto siguiera a tan pocos centímetros de su almohada.

Entonces, con la culpa de que hubiera sido su decisión y solo suya tener un hijo, eligió decirle a Paula que quizás si ella no hubiera estado tan empeñada en que fuera un parto natural, y quizás si hubieran programado una cesárea como les habían recomendado, la situación habría sido otra. Dijo eso: "La situación habría sido otra". Cuando la última sílaba salió de su boca comprendió que no había vuelta atrás. Que esas eran la clase de palabras que ponían en marcha actos irreversibles. Lucas juraba no recordar lo que siguió después, pero pasaron varios días sin hablarse, hasta que marcaron una tregua y contrataron a un árbitro una vez por semana para no matarse, para que les enseñara a hablar de nuevo un idioma que compartían y que parecía completamente olvidado.

Lucas le contó esa pelea a Pedro cuando miraban el atardecer desde el agua. Le dijo que, incluso sabiendo que esas cosas pasaban, él a veces tenía la secreta convicción de que la ciencia habría evitado la muerte, y que esa certeza lo ahogaba, que no podía sacudírsela del cuerpo, que no podía dejar de pensar en las cosas evitables, en la delgada línea entre el destino y la negligente estupidez. Que esa idea se lo estaba comiendo por dentro y que sabía que no había nada más que hacer.

Pedro apenas lo contemplaba con los brazos cruzados mientras la espuma de la rompiente le mojaba el abdomen. Al terminar de narrar sus pensamientos más profundos, Lucas quiso abrazarlo de nuevo.

—Bueno, mi hermano, pero esas cosas pasan. Es la naturaleza, y la naturaleza es muy cruel.

Lucas bajó la cabeza. Fue un gesto pequeño en la inmensidad del mundo, su cuello se doblegó como una forma de rendirse ante la crueldad de la naturaleza.

A lo lejos vieron llegar a Paula y a Clarice, con botellas de agua.

Salieron del mar y Pedro y Clarice se dieron un beso apasionado y largo. Lucas volvió a envidiar la piel de Pedro, pero ya no deseó habitar ese cuerpo que también cargaba muertos, sintió que le tenía cariño y que no era su amigo, quizás lo que habría sido un hijo: vital, curioso y juvenilmente sabio.

Le dio un beso rápido a Paula, que lo abrazó también con brevedad. Le vio los ojos hinchados y rojos, se imaginó su llanto desencajado y torrencial, pero no quiso preguntarle nada.

Después del saludo las chicas se quitaron las camisetas y todos volvieron al mar a ver la caída definitiva del sol, que una vez más daba paso, con insoportable belleza, a la noche.

Paula sabía, aunque no lo dijera nunca, que solo ella y Luis Felipe se referían a Lucas como Luc. Lo había notado desde la primera vez que fue a la casa de Lucas, cuando apenas era una adolescente y Lucas la presentó como su noviecita; entonces solo se habían dado un beso fugaz en una fiesta.

Recordaba el cariño de su padre con su hijo, y también la envidia que sentía cada vez que estaba allá. La sensación de resguardo de esa casa, la atmósfera de amor que cubría todo, la comida caliente, el olor a rosas secas y hojas de eucalipto del baño de visitas, que alguien se ocupara de que la casa tuviera un aroma para recordar, el interés que sentían los unos por los otros, los portarretratos en casi todas las mesas, los retratos familiares que se sacaban en Navidad, incluso las peleas: la molestia de Lucas con sus hermanas, la insistencia aparente de su mamá en saber de su vida. Todas esas cosas que a Lucas lo hacían avergonzarse cuando joven a Paula le traían sosiego. Ella era hija de un padre que la había abandonado y de una madre que había sentido que no podía hacerse cargo del abandono. Por eso la habían criado entre su tía y su abuela.

Lo había tenido todo, se decía, y también le decían; era la hija ilegítima de un empresario fortuito y nieta de unos comerciantes rurales que habían crecido en la pobreza y conocido la euforia del campo y del ganado en los ochenta y noventa. Pero Paula siempre se sintió hija de la ausencia. Amiga del silencio, hecha a pulso por sí misma, a punta de errores que nadie le advirtió amorosamente que no cometiera, huérfana de facto. Por eso, cada vez que iba a la casa de Lucas, cada vez que le preguntaban por su vida y por su familia, sentía una vergüenza que le bajaba la mirada, pero también agradecimiento porque alguien se interesara genuinamente por ella y su bienestar.

Si sus encuentros y desencuentros podían narrarse en capítulos, e incluso tomos, Paula tenía de su lado haber sido la primera víctima de su desamor. Después de las breves semanas que duró su noviazgo, y antes de los muchos años que duraría su amistad, Lucas fue a la casa de su tía a hablar con ella. Paula

detestaba estar en ese lugar y Lucas podía entenderlo. Solo había ido dos veces, pero había una disposición impersonal en esa sala imposible de describir con palabras. Todo estaba correctamente puesto, nada en esos sillones *beige* desentonaba, pero el ambiente parecía más de un set de televisión que de una casa. Era la sala incómoda de un lugar incómodo, habitado por personas que no querían realmente estar ahí. Aun cuando hacía calor, la casa era fría. Un frío que entumecía y entristecía. Allí, con la colocación insoportable de ese recinto sin corazón, Lucas le dijo a Paula que prefería que fueran amigos porque no entendía el amor. Entonces ella se despidió fríamente y se tiró en la cama a llorar en la almohada. No lloraba solo por él, lloraba por su casa, por la ausencia de su padre, su madre y su tía y su abuela y lloraba por la certeza de saberse demandante e inadecuada. No le había pedido mucho, solo amor: amor y consuelo, amor y cobijo, amor y un lugar para estar. Y él no había podido darle eso. Tenía dieciocho años y ya se sentenciaba a sí misma como un animal salvaje, hambrienta de un cariño que nadie podía brindar.

De los años de amistad que siguieron, ya en la universidad, ninguno se esforzó demasiado por mantenerse cerca. Paula, sin embargo, veía siempre las fotos que Lucas publicaba en Facebook. Fiestas de jóvenes que bebían hasta el cansancio y después asados familiares: el retrato perfecto de todo de lo que ella adolecía. Una foto de él y su novia en una finca con perros, un retrato con su papá, su mamá y sus hermanas. Una vida de amor y formalidad para la que ella nunca estaría hecha, para la que ella jamás sería el material correcto. Le faltaba algo que se enseña y que ella nunca aprendió, y cada tanto se preguntaba si Lucas habría presentido esa diferencia entre los dos. Si sus mundos se parecían de manera material, pero eran tan afectivamente opuestos que él, demasiado pronto, había entendido que en el sistema de castas de las emociones ella era una paria y él un rey.

Salen del agua y Paula le dice que vayan al cuarto a cambiarse antes de la cena. Le dice *Luc*, como le ha dicho siempre. No mi amor, ni mi cielo, ni mi vida. Luc, la forma como lo nombra su amor.

Solo veían la precaria luz de las velas alumbrar la comida de los platos. Ni Paula ni Lucas distinguían bien entre el pescado y el arroz con coco y en su silencio se imponía el vaivén de las olas y el viento, llenando los largos vacíos que dejaban sus palabras.

Ni Pedro ni Clarice aparecieron en el comedor; Paula y Lucas asumieron que se habían quedado cogiendo en el cuarto, a juzgar por el beso apasionado que se dieron al volver de la playa. Si la luz los hubiera alumbrado, se habrían visto los cachetes rojos de Paula y sus hombros quemados por el sol, así como los labios rotos de Lucas por la sal del mar.

—Fue supertriste ver la casa de mi tío en ruinas, ¿sabes?, pero también fue reparador. No sé cómo explicarlo. Creo que necesitaba estar ahí, aunque no hubiera nada.

Desde que habían vuelto del mar, habían estado casi en silencio mientras se bañaban y se arreglaban para ir a comer. Apenas se sentaron se cortó la luz en la isla, abriéndole paso a la belleza del cielo negro salpicado por estrellas más visibles que nunca, pero también al calor pesado de la costa.

—¿Sí? Me alegra mucho, Pitu. Hace muchos años que no venías, ¿no? —Lucas estaba genuinamente interesado, pero también evitaba indagar por la conversación con su papá, que era, al fin de cuentas, lo único que quería saber.

—Sí, desde que era una niña. Una señora del pueblo me reconoció y vimos un gallo de pelea colgado al revés. Caminamos un montón con Clarice. Nos hizo bien.

—Qué bueno, Pitu. Yo también estuve hablando un rato con Pedro. Es mucho mejor tipo de lo que creíamos.

—De lo que creías tú, que siempre eres todo prejuicioso con la gente; yo siempre pensé que era buen muchacho porque ella es muy encantadora.

—Ay, ¡por favor! Si tú fuiste la primera en decir que era un costeño corroncho.

Los dos se rieron, hablando bajito como si sus voces pudieran vencer el ruido de la costa y del viento y llegar hasta la habitación de Pedro y Clarice.

—Oye —Lucas aprovechó la distensión del momento—, ¿y qué te dijo tu papá?

—Me dijo que estaba bien. Que Cristina estaba bien, que había superado el cáncer, y que Carlos Enrique y Juan Esteban también. Que Juanes había tenido un hijo muy lindo y que estaba contento siendo abuelo.

Paula siempre se había referido a la esposa oficial de su papá por su nombre: Cristina. Y a sus medio hermanos de la misma manera. Los había visto muchas veces, no tantas para considerarlos familia, pero no tan pocas como para referirse a ellos con el tono frío con el que lo hacía. Su papá había tratado de enmendar el desamparo después de un primer infarto, cuando Paula ya estaba en los veinte, y quiso restablecer el vínculo con su hija ilegítima. Pero para Paula eso fue incluso peor. Ver con su familia al tipo esquivo que la había abandonado, una familia de verdad, como la que ella no tuvo, la hizo sentir doblemente rechazada, además de desleal con su mamá, a la que veía aún menos, pero comprendía un poco más. De modo que asistió a regañadientes a varias de las invitaciones de su papá, pero apenas se fue del país prefirió cortar todo vínculo con esas personas que, sin importar el intento por hacerla sentir bienvenida, solo afianzaban más su sentimiento de rareza. Paula recordaba con especial tristeza una Navidad que había pasado con ellos y con la familia de Cristina. La manera en la que su papá la presentaba con incomodidad a su familia política y cómo a sus medio hermanos los llenaron de regalos, mientras a ella le dieron unas medias de cortesía, como por no dejar. Que además eran de varón. Todavía, tantos años después, se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en ese veinticuatro de diciembre en el que tuvo la certeza de que no había un solo lugar en el mundo que pudiera sostenerla, y se sintió flotando a la deriva.

—No sabía que habían vuelto a hablar… —dejó escapar Lucas.

—No creo que hayamos vuelto a hablar, Luc. Desde lo que pasó, mi papá trató de ponerse en contacto conmigo, y cuando veníamos para acá pensé que era una buena oportunidad para ir a esa casa del pasado a la que me traían a escondidas de la familia oficial. Qué se yo. Quería verla. Pero no sé si esto significa que mi papá y yo volvimos a ser algo que no hemos sido nunca.

La respuesta desilusionó a Lucas. Le enojó quedarse fuera de

lo que él pensaba que era un gran intento de reconciliación, y que sentía que se debía en gran parte a él. Desde la muerte de su propio padre y el embarazo de Paula, había tratado de convencerla de que hablara con su papá. Usaba argumentos lastimeros y en exceso culpógenos, que él sabía que eran golpes bajos, como que quería que su hijo tuviera un abuelo y que era apenas justo por una cosa de la sangre. Entonces Paula le contaba la historia de las medias y un sinfín de anécdotas parecidas que lo hacían sentir horrible, pero que lo empeñaban en su idea de que las familias podían y debían reconciliarse y de que el amor filial era algo que valía la pena sostener. A Paula esa idea la sacaba de quicio, le recordaba las heridas más dolorosas de su vida y siempre le impugnaba a Lucas darle demasiada importancia a "la sangre", algo que no tenía en sí mismo ningún valor, fuera de la clase. "Ni que fuera una familia de ricos pues como para que sea tan importante tenerla cerca", le refutaba. Eran discusiones en las que nunca llegaban a un punto medio, porque en el fondo a Paula le resultaba mezquino que Lucas creyera que su familia, así de perfecta, era algo que podía replicarse si todas las partes se esforzaban y no más bien el producto de una buena suerte. Al final la discusión siempre terminaba abruptamente porque eran cosas que a Paula le dolían de verdad, y Lucas se reconocía a sí mismo (nunca a ella) que probablemente él quería tener otro papá, dado que el suyo había muerto, y que creía de manera infantil que el de Paula podría remplazar las tareas de abuelo que el suyo se había perdido.

Cuando terminaron de cenar el calor en el comedor se hizo insoportable. Lucas Pidió otro ron con hielo y Paula le dijo que fueran a la playa a mirar el cielo mientras ella fumaba un poquito.

Se acostaron en las asoleadoras de la playa. La noche no tenía luna y las estrellas titilaban con tal esmero que el cielo parecía vibrar sobre ellos. A lo lejos se veían unas luces diminutas, que eran el continente, el país, el mundo, uno con electricidad y bombillos y problemas y dolores a una distancia de 17 kilómetros de mar abierto.

El porro los relajó tanto que Paula tuvo un ataque de risa al imitar al tío rengo de Lucas. La risa le sacó unas lagrimitas por el borde de los ojos. Se veía determinada a esa alegría, entonces siguió con temas que los divertían, como los eufemismos que

usaba la directora del colegio en el que trabajaba Paula para hablar de sexo. Lucas estaba menos fumado, pero se dejó contagiar de la repentina felicidad de Paula y compartieron esa carcajada imprudente pasando por temas ácidos; se rieron hasta que les dolió la panza de la prima lejana de Lucas que había hecho un papelón en el entierro de su padre. Marianita la loca y su imprudencia delante del féretro de Luis Felipe. Hacía tiempo, pensó Lucas, que no podían reírse de la muerte.

—Ay…te amo, Luc —le dijo Paula, y el viento se llevó la estela de su risotada.

—Yo también, Pitu.

Levantaron las cosas de la playa y las llevaron a tientas a la barra del comedor. Así entraron al cuarto, alumbrados por la luz del celular de Lucas. En su habitación el calor había vuelto, el aire parecía detenido y la división de filamentos de teca, que hacía como paredes, parecía aislar la posibilidad de viento. Lucas abrió la ventana y el resplandor blanquecino de las estrellas reflejadas en el agua iluminó de manera muy tenue la habitación.

Paula se quitó el vestidito blanco que tenía y Lucas también se sacó la bermuda y la camiseta para ahuyentar el calor. Cuando se acostó en su lado de la cama, sintió cómo Paula, completamente desnuda, se sentaba arriba de él y lo besaba. Primero la boca, después los ojos, hasta descender suavemente por el pecho hasta la pija. Lucas vio su cuerpo frágil iluminado por esa luz que entraba y la percibió más hermosa que siempre. La erección fue inmediata, no solo de verla, sino de sentir que lo deseaba. De saber, en ese momento, que Paula anhelaba chupársela, cogérselo, que sus cuerpos sobrevivientes de guerra pudieran encontrarse de nuevo. No tenían sexo hacía muchos meses. Lo habían intentado un par de veces desde la muerte del bebé, pero algo sucedía: un lugar que no podía escindirse de la muerte los acechaba en cada intento, entonces Lucas percibía que Paula terminaba por hacerle una paja sin esfuerzo y sin ganas y eso le dolía en su orgullo, en su hombría y en el recuerdo de su relación.

Paula le chupó la pija exactamente como les gustaba: mirándolo a los ojos, mientras se tocaba con una mano y con la otra le insertaba con suavidad medio dedo índice en el culo. Después de unos minutos, Lucas la levantó por los brazos, le besó la boca y la acostó boca arriba en la cama. Él también quería

besarla, chuparla, volver a ella. Le recorrió el torso con la lengua y cuando llegó a su concha las piernas de Paula se tensaron, no de placer, sino de una emoción más parecida al pánico. Le quitó la cara con un gesto casi brusco y se puso las manos sobre el pubis. Lucas la miró desconcertado, y Paula le dio un beso largo mientras le susurraba: “Espérate”. Lucas se detuvo, listo para interrumpir el impulso sexual y conformarse con el sueño, pero entonces ella le dijo al oído:

—Cógeme por el culo.

Algo que le había dicho tantas veces antes, que lo volvía loco de calentura y que hacía que los dos explotaran de placer solo de decirlo, en esta oportunidad le resultó artificial.

—¿Segura?

—Sí, dale, me muero de ganas.

Entonces Lucas le dio vuelta y le pasó la lengua por el culo. Estuvo ahí un rato largo, tocándose también para que no se le bajara la erección, extraño, excitado y confundido. La puso otra vez de frente para penetrarla mientras la miraba, en la coreografía que ambos se sabían de memoria y que, aun así, no perdía su efecto afrodisiaco. Porque el sexo entre Paula y Lucas había sido un lugar de experimentación durante todos sus años, pero también uno de certezas en el que jugaban a lo seguro y a la costumbre sin mayor preocupación por la rutina, con la certeza de que a veces el placer podía ser un buen hábito y no un mandato de innovación.

Pero Paula no se estaba tocando el clítoris como hacía siempre. Solo se limitaba a cubrirse con ambas manos su entrepierna.

—Dale —le insistió—, cógeme ya.

Entonces Lucas la llenó y se llenó de lubricante e hizo lo propio, pero de la boca de Paula salió un bramido de dolor, de un sexo seco y desprovisto de mecánica y de cualquier placer.

—¿Estás bien?

—Sí. Dale, acábame ya.

Lucas se movió desconsolado unos segundos dentro de Paula. No era deseo lo que había motivado ese encuentro, era algo parecido a la lástima, y eso lo hizo sentir pusilánime y furioso. Entonces la penetró una última vez con fuerza, movido por la bronca y el odio de saberse de alguna manera usado y de intuir que le daba su culo para que se quedara tranquilo, para

complacerlo, como si él fuera esa clase de tipo y como si él no pudiera entender que sus cuerpos estaban profundamente heridos. De igual manera eyaculó. Y se sintió peor.

Cuando volvió del baño, Paula ya estaba dormida. Se acostó a su lado, pegajoso por el calor insoportable que hacía y con una tristeza que le cubría el cuerpo como sudor.

Al otro día se levantó a la madrugada. Paula seguía dormida a su lado. La miró, procurando olvidar la noche anterior, o solo la parte sórdida de una noche que había sido linda entre los dos. Fue a la ventana del cuarto, la mañana se veía gris, como el cielo antes de que se desate una tormenta, y en la playa había una gran cantidad de medusas muertas, arrojadas ahí por la marea. Retazos gelatinosos de animales incomprensibles que el mar había escupido en la arena.

Marzo de 2010
De: LucLuc@hotmail.com
Para: Paulaescribe@yahoo.com.co
Asunto: RE…

he querido que pase un tiempo antes de responderte tu mail. además de alegrarme porque todo va bien en san francisco y porque estás contenta, me he tomado mi tiempo porque sabes que no me gusta mucho escribir. me siento tonto ya en el ridículo ejercicio de responderte, en la tonta idea de que lo que te digo será recibido por ti en un momento y en un lugar que desconozco. odio este diálogo diferido de las cartas, porque contigo siempre he necesitado la respuesta, el diálogo simultáneo, saber que estás del otro lado.

mis cosas van bien, supongo. la vida, el país y la familia están tal como las dejaste. no quiero aburrirte con cosas de abogado, además de que ya las sabes. voy bien. la maestría va ágil y aburrida y el trabajo es monótono, pero supongo que es lo que nací para hacer, lo que tengo que hacer. esa idea me gusta más que mi propia carrera: la certeza de que es la única opción correcta (así digas que no, que tengo mil alternativas, yo no lo siento así, de manera que esto me deja tranquilo).

te extraño, eso sí. y no te extraño como se extraña a la gente así no más. te extraño y siento que mi cuerpo te extraña. que mi cama te extraña. que el café de la mañana te extraña. que todo lo que traías a mi casa y a mi vida te extraña y el mundo es más pálido sin ti. (estoy un poco borracho y por eso de pronto me pongo más honesto y sentimental. También es que no me nace disimular). hace tres meses que te fuiste y los días sí se vuelven más oscuros. creo que la tengo más difícil que tú, porque para ti todo es nuevo y emocionante, el país, la ciudad ¡El idioma! tu doctorado, que todo el tiempo ves cosas que te estimulan y te emocionan, en cambio yo me he quedado anclado al mismo ridículo sitio que sin ti solo es peor.

no puedo dejar de pensar en que, si me hubieras dado más tiempo, yo me habría ido contigo. ya sé que es demasiado tarde. ya sé que quizás siempre fue demasiado tarde. ya sé que me dijiste que nos fuéramos, pero no dejo de pensar en que no lo decías en serio, en que algo en ti y en tus visiones del futuro me hacen no creer en lo que dices, no porque crea que mientes, solo porque creo que te conozco mejor y sé que tú finalmente no querías que fuera. ya sé que me vas a responder enojada, señalando los

hechos, lo que sí hiciste y dijiste, y entonces nos encontraremos en el mismo callejón sin salida que ya conocemos: yo, por mí, no me podía ir. Nunca siento que me pueda ir, y eso es horrible, porque ahora estoy solo, triste y borracho, anclado a un lugar que odio, como si mis pies estuvieran pegados al piso con concreto (¿eso es un símil o una metáfora?).

en fin. duermo mal. charly está harto de escucharme hablar de ti y en mi familia te mandan saludos y me hacen reclamos, pero nadie dice que me vaya. Nadie me cree capaz de irme a vivir a otro lado y dejar todo. de pronto eso es una pista muy valiosa.

dijimos que íbamos a escribirnos poco, que íbamos a tratar de no chatear, entonces borré tu teléfono de mi celular para evitar hacerlo. dijimos que íbamos a escribirnos lo necesario, pero creo que tu mail, con esos puntos suspensivos, y esa cantidad de palabras que te gusta decirme me lastiman más de la cuenta.

sé que me amas, sé que me extrañas, pero recibir noticias tuyas me hace temblar, me da mareo, me destruye. Los tres años que estuvimos juntos fueron los más felices que recuerdo. no tenemos ni treinta años y ya soy un hombre con el corazón roto, rotísimo, porque además de perder a mi chica, perdí a mi amiga, a mi gran mejor amiga. No hay nadie con quien pueda hablar las cosas de las que hablábamos los dos, ni nadie que me haga reír así.

aprovecho que estoy un poco ebrio y (con el riesgo de mañana levantarme y mandarte otro mail pidiendo perdón y rogándote que vuelvas a escribirme)… creo que no me voy a aguantar esto de saber de ti a cuenta gotas. no estoy hecho para esto, así que prefiero que por un tiempo no nos escribamos nada. será horrible para mí, y cada puto chiste tonto que teníamos en común vendrá con las ganas de correr a contártelo, pero yo no puedo fingir que no me pasan cosas cuando sé de ti y que extrañarte no hace que todo lo demás sea raro. me duele no hablarte por un tiempo, porque toda mi vida (las mejores partes de ella, desde que éramos unos niños) ha pasado a tu lado, de una u otra forma, pero quizás hasta aquí nos trajo este río y sea mejor alejarnos un rato.

quién te dice que no nos crucemos en otro país, tú como una gran escritora, yo como el abogado aburrido que soy (pero al menos millonario ajajajajajaja), y podamos volver a hablarnos como antes. odio que no se nos hubieran dado las cosas (como dicen los técnicos de fútbol), pero la vida también es muy así.

te amo, pitu. mi amiga, mi pareja, mi persona favorita.
cuídate mucho. no hagas cosas que te lastimen de más.

Luc.

Los nervios en la panza de Paula se asemejan más a un enjambre enfurecido de abejas salvajes que a mariposas. Entra al edificio y se anuncia con el portero. Los minutos de espera, que en realidad son segundos, hasta que el portero le dice que siga al cuarto D, la hacen dudar de más. ¿Será esto lo correcto? Ya sabe que no. ¿Valdrá la pena? Ya sabe, también, que no la vale. Puedo irme, piensa. Debería irme, tiene la certeza, y sin embargo se queda. A pesar de ella, de la clara división que puede establecer entre lo que tendría que hacer y lo que hace, se obliga a dar los pasos temblorosos hacia el ascensor del edificio. Si esto fuera un deseo irrefrenable, sería más fácil. Pero no lo es. Es la proyección de un deseo. Va a ese lugar para tratar de desearlo, de recordar la pulsión, la inconsciencia, la inestabilidad, el secreto, lo íntimo y propio. Estar ahí es algo que solo le pertenece a ella.

Unas semanas atrás, acostada en su cama que ahora también es de Lucas, que hace tres años es de los dos, Paula deja el libro que está leyendo y empieza a mirar su Instagram. Lucas está a su lado viendo una serie que a ella no le interesa. Antes la molestaba leer con el ruido de fondo, pero obligar a Lucas a que viera series en el estudio, sometido al frío de las noches, le pareció con el tiempo una mezquindad insostenible, entonces aprendió a leer con el televisor prendido. Escucha la respiración de Lucas a su lado y percibe con precisión el momento en que el aire pasa más pesado por su nariz y un ronquido se le escapa. Lucas vuelve a despertarse sin preocuparse por cuánto se ha perdido de la trama. Es lo mismo la mayoría de las noches entre semana. La misma coreografía habitual de sus cuerpos cansados por la jornada laboral que transitan con inercia y que se cuentan de manera escueta mientras comen algo que a veces prepara ella, otras Lucas, y otros platos que trae un muchacho de algún restaurante aledaño.

Pero Paula esa noche recorre en la pantalla de su teléfono fotos de conocidas, fotos de amigas, busca noticias de ese país y de algunos países vecinos. Ve las vidas de sus excompañeras del doctorado. Cada tanto, no esa noche, pero sí otras, se detiene

sobre las imágenes de sus lanzamientos, de sus nuevos libros, de sus tesis publicadas. Cosas que ella no escribió, que no ha escrito y que siente que jamás podrá escribir. La punzada amarga de una envidia malsana le achiquita el estómago y le devuelve un sabor a bilis en la boca. Ha pensado varias veces que quizás lo mejor sea dejar de seguirlas, o cerrar las redes. Mira a Lucas de reojo y lo ve tan pobremente concentrado en alguna serie; también lo envidia a él, por la placidez con la que transcurren sus días. Pero después, cuando se levanta, cuando comparten los sábados, enredados, cogiendo y viendo los Simpson, tiene la certeza de que su amor hace que la tortura de su mediocridad le dé una tregua. Siempre creyó que iba a ser una escritora importante, una académica reputada, que pasaría sus días de país en país, de beca en beca, leyendo y escribiendo, siendo prestigiosa para otros que le gusta decir que no le importan. En cambio, nunca, ni en un millón de años, Paula se imaginó que compartiría la cama por tanto tiempo que se iba a convertir también en la suya, ni que sería amada de manera tan incondicional, corriente y vulgar que solo quedarían su cajón de la mesa de noche y el de sus calzones como vestigios de la soledad.

El ronquido de Lucas la despabila y decide poner en la lupita de su Instagram el nombre de ese amante que tuvo un tiempo atrás. Juan, el hombre con el hijo. El padre separado y amoroso que además era mayor que ella, con el que salía antes de volver a ver a Lucas y y de quien siempre temió que fuera a irse.

Ve su perfil. Todas fotos con su hijo; ya casi un muchacho de veinte años. El padre alardea de él en cada imagen y ella vuelve a conmoverse con ese orgullo del hombre por un hijo, esas ganas de ser bueno y dedicado y de reparar así el divorcio, esa presencia paternal que ella ha sentido siempre que necesita. Empieza a seguirlo y le da tres *likes* seguidos. En el perfil de Paula hay fotos de la ciudad, de un café y de libros. Ella no muestra lo que hace la mayoría de los días: el salón de clase en el mismo colegio del que se graduó, repleto de preadolescentes malolientes y sudorosos que aprenden inglés y hacen sus ejercicios de *listening* a regañadientes. Tampoco comparte muchas fotos suyas, y solo tiene algunas fotos de la espalda de Lucas, o de su mano agarrando un café en ese viaje a Europa que hicieron. Sigue bajando por la pantalla y se dirige a las fotos en las que lo etiquetaron. Hay varias en pareja, varias en un viaje de pesca con

amigos, retratos de una vida común. El celular vibra entre sus manos. Es el padre, que la ha empezado a seguir y además le manda un mensaje: ey! Paulita. Tanto tiempo! ¿cómo estás?.

El corazón le palpita tan rápido que teme que Lucas pueda escucharlo desde su lado de la cama. Por un momento sigue mirando el resto de fotos y se pierde en un video de cocina de *Tasty*, que tiene unos clips terriblemente adictivos. Ha sabido pasar muchísimas horas viendo manitas sin cuerpo preparar cosas que ella nunca va a cocinar. Se pierde en la cadencia de los alimentos, en la magia que parecen desplegar cuando resultan en platos majestuosos y, al mismo tiempo, en la artificiosa facilidad con que los presentan, como si ella también pudiera hacer eso si quisiera. Como si todas las vidas que ve a través de su celular fueran vidas que ella podría tener si se esforzara de nuevo. Vuelve al mensaje y contesta: Bien y tú Me acordé de ti y de Joaco y te busqué a ver si te encontraba y mira, qué fácil fue.

La conversación sigue hasta que Lucas se queda profundo a su lado. Paula deja su celular en su mesa de noche y levanta el torso buscando el control del televisor, que está en la de Lucas. Pasa por encima de él y lo apaga, mientras lo escucha roncar a su lado. El teléfono le ilumina la cara. Paula no siente que deba esconderse, ni que deba ir al baño a seguir la charla. Sabe que Lucas no mirará su celular y algo de ella, en la manera en la que habla a oscuras, con el chat como única fuente de luz, hace que desee que Lucas le pregunte, no para decirle la verdad, sino para poder mentirle. Pero está convencida de que eso no va a pasar porque no son así ellos dos; tiene la ególatra certeza de que es mejor que él para mentir y que ni hace falta hacerlo. No hay nada que ella haya deseado que no pueda plantearse, pero la naturaleza de esa charla excede el deseo y existe en una urgencia por intimidad, cualquiera, en la que ella no tenga que charlar sobre lo que quiere y Lucas la entienda. En la que ella no tenga que charlar con él en absoluto. Ella desea con esto una esencia del silencio que siente que ha perdido.

En los tres años que llevan juntos, casi enteramente conviviendo, su vida sexual ha sido la envidia de sus amigas. Paula y Lucas cogen de maneras distintas, emocionantes y extrañas. Inventan nuevas formas de hacerse el amor que ensayan por un tiempo y después descubren algún morbo nuevo. No hay nada que parezca indecible, moralmente incorrecto o demasiado

violento para los dos. Lucas la ha cacheteado hasta hacerle sangrar el labio, cuando ella le pide más, y ella se lo ha cogido con un dildo gigante y una cinturonga en algún motel del centro al que fueron disfrazados. Ambos se han vestido de colegiala, de enfermera y de hombre. Han hecho un par de tríos orquestados por ella, a los que Paula sospecha que Lucas ha accedido con el secreto e ignorante temor de que ella alguna vez lo deje por una mujer. En los tríos él ha participado y, otras veces, se ha quedado mirando cómo Paula clava la cara entre las piernas de otra mujer mientras lo mira a los ojos. También, una vez, hicieron un trío con otro hombre a cuyo recuerdo vuelven recurrentemente para calentarse. Para ambos son sorprendentes la manera en la que sus sexualidades han ido mutando, y las pocas restricciones que existen entre ambos para darle rienda suelta a cualquier deseo, a cualquier fantasía, a cualquier escena que les gusta poner en marcha. Muchas noches, en cambio, no tienen ganas de hacer nada distinto y les basta con contarse situaciones pasadas, inventarse nuevas fantasías y decírselas al oído y procurarse comunes y tiernas pajas hasta hacerse acabar el uno al otro y conciliar el sueño.

La noche siguiente, Lucas le chupa la concha hasta que ella acaba en su boca mientras se toca, pero en su mente no están las fantasías habituales, sino el recuerdo del padre. Su voz ronca y avejentada y las canas de su pecho. Paula le chupa la verga a Lucas pensando en la verga gigante y cansada del padre hasta que él hace lo propio. Después de lavarse la cara y ponerse la crema antiarrugas vuelve a la cama. Trata, sin éxito, de leer el libro, mientras Lucas dormita con *Los Soprano* de fondo. El ritual de la noche anterior se repite, pero Paula saluda al padre con un mensaje más osado: todavía piensas en mí?. Le da tanta vergüenza que archiva la conversación y deja el celular a un lado, mientras Lucas se duerme del todo y ella vuelve a pasarle por encima en busca del control para apagar el televisor. En su mesa de noche solo hay una foto de él con Luis Felipe y un libro que insiste en dejar ahí con una función puramente ornamental y de acumular polvo.

Apoya la cabeza en la almohada, pero abre los ojos. Agarra el celular, va a las conversaciones archivadas y ahí está la respuesta: "claro. Me gustaría verte. ¿En qué andas?". La respuesta a la pregunta le resulta demasiado cínica hasta a ella. Entonces, ya que ha ganado

algo esa noche: saber que, verdad o no, un hombre de su pasado todavía la piensa, el sueño la alcanza y deja el celular de lado para abrazar a Lucas y clavarle la nariz en el cuello antes de dormir.

La conversación queda archivada y el fin de semana borra la presencia del padre en la mente de Paula. El sábado van con Lucas a un almuerzo familiar. Han pasado tres años de la muerte de Luis Felipe. La fecha también sirve como efeméride para conmemorar la nueva fecha de un aniversario entre ellos. Ambos han elegido no mencionarlo y empezar a contar desde que fueron novios en el colegio, aunque a Paula no deja de parecerle fascinante y morboso el aniversario necrológico de su amor. El vínculo estrecho y literal entre el amor y la muerte. Durante el almuerzo se celebra una misa en la que está la familia de Lucas. Todos la quieren, la abrazan, la han adoptado como hija y ella se deja querer como un perro manso y malherido al que curan y miman. La avergüenza lo a gusto que se siente entre ellos, a veces disimula el entusiasmo, porque aunque parezcan no son su familia, no aceptarían el desborde de su alegría como propia, no dejaría de ser ajena. Bicho de otro rebaño. Animal de otra especie. Conmemoran una misa con la foto de Luis Felipe, y Lucas llora con elegancia.

El domingo hace sol y ambos salen a caminar y a desayunar mientras leen. Paula lo mira leer el diario, por encima de su libro, con ese pantalón de sudadera y esa cachucha canchera que ella le compró. Son la imagen de la domesticación. Están en un café, repleto de parejas como ellos, que deben hacer lo mismo que ellos, aunque ella crea que los demás se odian pero han aprendido a soportarse y que ellos son los únicos que genuinamente se quieren. Le cuesta concentrarse en la lectura. Muerde el *croissant* y lo pasa con un café oscuro. Afuera hace un sol que calienta el aire frío, que cambia la temperatura entre las sombras y las luces, que abriga. Paula se pregunta si eso será suficiente. Y en ese momento, mientras Lucas pasa la página del periódico y un rayo del sol invernal le rebota en la cara, cree que lo es. Que no hay otro lugar donde desee pasar sus domingos, que no hay otra escena que quiera repetir una y otra vez hasta el cansancio. Se sorprende de nuevo por las vueltas de su vida, por ser lo que siempre creyó que vería en otros, por tener lo que siempre supuso que tendrían los demás.

Van caminando a su casa cuando cae la tarde. Al decidir mudarse juntos, ella exigió que fuera en un apartamento de los dos, así que Lucas alquiló el suyo y llevaron todo a un lugar nuevo, dispuesto por la voluntad de ambos y presuntamente desprovisto de su pasado singular. Hablan del viaje que harán en unos meses a Vietnam, para el que los dos han empezado a ahorrar, caminan incómodos, abrazados por la cintura, pero juntos.

El lunes Paula le manda un mensaje al padre en el descanso del colegio. Está en la sala de profesores donde solo tiene diálogo con Tatiana, otra exalumna, dos años menor que ella, que es profesora de Biología de un grado menor. Es su única amiga, y su personalidad tímida, sumada a un clasismo residual, hace que no hable con nadie, más que intercambios cordiales y protocolares. Sus amigas de verdad son las académicas, las del doctorado, las escritoras, las de otros lugares que no son ese colegio que un poco odia y que otro poco agradece porque le presta un refugio económico y seguro para no tener que enfrentarse a lo que dejó por la mitad. Tatiana no está, y el mensaje dice: ¿Estás libre una de estas noches? Podemos tomar algo. La respuesta llega veloz: Mañana?. Sí. responde Paula. Sigues en el mismo apto? Sí, manda el padre. Quedan a las nueve. La conversación vuelve a archivarse.

Paula se arregla en la casa. Le dice a Lucas que va a comer con las chicas porque sabe que él no va a preguntar nada más. Y no pregunta. Podría decirle sin problema que va a cenar con su amigo Juan, pero Paula quiere más que un cajón. Quiere más que un cuarto, necesita más que un estudio con su propio escritorio y la privacidad del mueble de sus brasieres y sus calzones. Necesita que algo sea suyo y solo suyo, necesita no contar, no decir, no explicar, no hablar de sus sentimientos porque tampoco los entiende, porque no todo lo que se siente debe compartirse. A veces ya ni sus fantasías oscuras parecen suyas y esa vida comunitaria de intimidades la asfixia. Comparten la economía, los pedos, la suciedad y la mezquindad y también la belleza. A veces, muchas veces, extraña cuando ellos eran un secreto al margen de todos.

Llega al apartamento y al tocar la puerta, los animales salvajes en su interior se han apaciguado. El saludo es cálido. Los años le han hecho peor a ese hombre que rápidamente ha pasado de verse adulto y bello a simplemente viejo y un tanto ridículo.

Paula evita hablar de ella. Evita hablar de cómo la cotidianidad se ha comido a mordiscos los sueños que supo tener y que en esa sala narró curiosa por una vida que estaba por pasar. La vida pasó y no es tan interesante como se la imaginaba, así que la omite, la narra con escuetos detalles de su trabajo y se apresura a preguntar por Joaco. En la mesa de la sala, delante de un sofá de cuero envejecido, hay una foto de Joaco, el hijo, cuando era chiquito. Paula nunca llegó a conocerlo, aunque siempre le fascinaron las historias sobre él y la desprevenida ternura con que el padre las contaba. No recordaba la foto. La levanta de la mesa y la mira con detenimiento. El niño se ve exactamente igual que ella en una foto cuando era chiquita. Con el mismo corte de pelo en honguito y los ojos bovinos, enormes, despiertos en medio de una cara de porcelana. Contempla la foto un rato largo y su cuerpo se desborda de una nostalgia inédita. De repente siente curiosidad por si un hijo suyo se vería parecido a ese niño. De repente tiene muchas ganas de saber cómo se vería una persona hecha por ella, y la certeza de que, al decidir no ser madre, nunca va a conocer a su hijo le arruga el corazón. Ha sabido que no quiere ser madre desde siempre. Es una certeza que no se explica, está. Cuando tuvo que decidir activamente por el aborto, a sus veinticinco años y con ese novio mucho mayor, interrumpir ese embarazo le trajo una calma que nunca antes había experimentado. Por eso esta congoja nueva la enrarece, no puede decir que sea un deseo, más bien una curiosidad.

Apoya la foto en la mesa antes de verse obligada a dar explicaciones. Sigue escuchando los relatos de la paternidad del hombre con desdén. Tiene ganas de irse, pero se queda. Se para de la silla y se sienta en el sillón al lado del hombre. Él la besa sin delicadeza. Es un beso lleno de una lengua inquieta que la desagrada. Se hace arriba de él y su pija ya no es majestuosa sino un miembro agotado y marchito. El sexo es mecánico y mediocre, como lo fue siempre, como ella había elegido olvidar que lo era.

En el baño se lava las manos y la boca con jabón y se despide casi sin hablar. Cuando llega a su casa Lucas está viendo *Los Soprano*. Paula va al baño, se cambia, se pone cremas en la cara y se lava la entrepierna por una especie de respeto ficticio que acaba de inventar. Se acuesta al lado de Lucas y lo abraza. Él le pregunta por la noche y ella responde sin sobresaltos alguna narración genérica. Sin embargo, le cuenta del niño. Cambia la

historia: dice que es un niño que vio en la calle de la mano de su madre. Cambia el lugar, pero deja sus sentimientos intactos: "¿Cómo se vería un hijo mío, Luc?", pregunta. Lucas pone pausa a la serie. "¿Un hijo nuestro? ¿Cómo se vería un hijo nuestro?", corrige.

Apenas la última palabra abandona su boca se arrepiente. Habría preferido contarle del sexo seco y triste que tuvo con un viejo amante, eso habría sido mucho menos íntimo que lo que terminó por confesar. Lucas no dice nada, ella tampoco quiere explicar que esto no significa que ahora quiera ser madre, sino que es una curiosidad natural, justa y contrafáctica de la vida que no tendrán. Y que tiene derecho a esa pregunta. Se da cuenta de que ya tenía un secreto y se siente tonta. Lucas no profundiza, le besa la cabeza y le da *play* a la serie.

Del techo de palma desciende una lagartija blanquecina, un animal esquivo que repta por las paredes como si no fuera vertical la superficie por donde pasan ágiles sus patitas. Lucas la mira con atención. Ha oído que allí les llaman tutecas, y lo impresiona la delicadeza de su color rosa pálido, más parecido a la piel de un recién nacido que a la de un lagarto.

La tuteca avanza cautelosa. Sus ojos miran en todas las direcciones y se mueve tan rápido que parece más funcionar por los principios de la teletransportación que por los de la biología. Se queda estática en un momento. Ya no parece un bicho sino una mancha rosácea en la pared. Ni los ojos se le mueven, ni la lengua veloz como un látigo sale de su boca. Entonces Lucas ve a una araña pequeñita caminar desprevenida también por la pared. ¿A dónde irá? ¿De dónde vendrá? Parece demasiado chica para ser mala, pero Lucas ya sabe que las cosas que no lo aparentan pueden ser venenosas, y en aquellos misterios bellos de la naturaleza, los de colores más intensos, los de mayor atracción, se encuentra el veneno más letal. La araña, sin embargo, parece un elemento más de la existencia en el que no vale la pena reparar. Pero su aparición acaba de cambiar la escena: Lucas ya no ve a una lagartija y a una araña, ahora es testigo de una emboscada. Está a punto de presenciar una muerte natural, y no está seguro de que antes de la muerte vaya a darse una batalla.

La situación lo inquieta tanto que se para de la cama y se acerca sigiloso. No sabe si es mejor acortar el sufrimiento de la araña, salvarla, o matarla él para ahorrarle la tortura. En cambio, no hace nada. No quiere que su intervención sea violenta, además no le gustan los bichos; quisiera decirle al insecto que se vaya, que hoy él, un hombre, le ha salvado la vida. La araña se acerca sin advertir la fatalidad. La araña hace lo que hay que hacer: ir de un lugar a otro, hacer telaraña, poner huevos, cazar, repetir, y Lucas está seguro de que no se pregunta por el final. Se da cuenta de que más que caminar da saltos sobre la pared. Mira consternado hasta que la naturaleza se abre paso con su orden: la lagartija saca la lengua larga y, en un instante, la araña

desaparece.

La muerte del insecto lo decepciona. Lo expeditivo de la cacería, lo inevitable de la trampa. Justo cuando está a punto de darse vuelta, aparece otra tuteca sobre la pared. Esta es un poco más grande, apenas unos centímetros que en su escala parecen metros. La lagartija pequeña la nota, pero se queda quieta. Procura que su inmovilidad le conceda una tregua. Todavía mastica los restos de la araña y no llega a disfrutar del banquete cuando la tuteca más grande la tiene rodeada. De nuevo se ha movido con tal velocidad que a Lucas le cuesta seguir el combate. El destino es inevitable. La pequeña morirá, y él solo desea que le sea leve y caiga con dignidad. En cambio, el animalito no parece querer irse de este mundo con resignación. Lucas se pregunta si habrá suicidio en los insctos y en los reptiles. Si en algún caso tendrán conciencia de la vida, y en esa situación, podrán elegir la muerte.

La tuteca grande le quita un pedazo de la cola y la más chica trata de escapar, pero es demasiado tarde. La más grande está entera; aun cuando la pequeña trató de morderle una pata en el único intento que tuvo, falló, y ese error le costará la existencia. No hay rendición en el mundo de los lagartos. Quizás, si no hay rendición, no hay cobardía. La tuteca grande termina por arrancarle otro pedazo de cola y la de menor tamaño cae de la pared. Ya no puede vencer las leyes de la gravedad. Está agonizando en el suelo, ante la mirada de un hombre que no hace nada por ahorrarle el sufrimiento. Lucas considera pisarla con el zapato, pero le da asco la idea de escuchar su cuerpo mientras lo aplasta, de modo que se queda contemplando su agonía. Ha dado una batalla justa, piensa. Incluso una pequeña lagartija tiene derecho a morir con honor.

Cuando el lagarto está por fenecer, pero todavía tiene a medio abrir los ojos, Lucas ve cómo llegan dos arañas desde la esquina de la habitación. No sabría si son de la misma especie que la primera víctima de la jornada, quizás sean un poco más grandes. O quizás la naturaleza es cruel, pero a veces también justa. Ve cómo empiezan a envolver al pequeño reptil con telarañas y presiente la angustia de no haber muerto y estar siendo momificado, el sadismo de esa tortura innecesaria.

Se da vuelta para lavarse los dientes y cuando vuelve ya no hay ni tuteca ni arañas ni rastros de la batalla campal que

presenció. Que nada se gaste, que todo se consuma, que nada muera en vano, piensa. La escena le recuerda la forma descarnada que Paula tiene para comer manzanas: devorando el tallo, el corazón y las semillas. Zampándose todo lo que se pueda comer para no dejar desperdicio.

Cuando Paula salió del cuarto hacia el comedor, Pedro, Clarice y Lucas ya estaban allí desayunando. El día era gris y el sol parecía secuestrado por una enorme cantidad de nubarrones pesados y oscuros. El cielo también se había llevado el viento, y el calor no era seco sino húmedo y espeso. Solo los pocos metros que recorrió hasta la mesa le hicieron sudar la frente.

—Dicen que va a llover hoy —le contó Lucas después de saludar.

Paula todavía estaba un poco desorientada por el sueño pesado. Todos hablaban del fenómeno de las medusas y el mar rugía con una fuerza descomunal. Su color ya no era azul verdoso, sino café ocre, mezclado con el blanco de la espuma de cada ola que rompía con violencia sobre la playa. Contaron lo que les había dicho la señora gorda del hotel: que no se podían meter al agua porque la marea estaba muy brava, el mar muy correntoso, y porque había llegado una corriente del norte con muchas aguamalas, por lo que durante ese día ni siquiera se iba a pescar. La mujer les había hablado de manera paciente y tierna, pero la advertencia fue contundente: nadie iba a responder por ellos si alguna aguamala los picaba o si alguna ola los revolcaba y se los llevaba. “El mar está bravo”, dijo, “y cuando está bravo no hay nada que buscar ahí”.

—Qué lástima —dijo Lucas mientras tomaba café—. Era nuestro último día completo porque mañana nuestra lancha sale al mediodía.

—Nosotros nos vamos a quedar más tiempo —respondió Pedro mirando a Clarice—, después volveremos al continente a visitar a mi mamá, pero queremos viajar más.

—Cómo me gustaría quedarme —respondió Lucas, sin mirar a Paula—, pero tenemos que volver a trabajar. Qué triste es la vida de la ciudad. —Ni hacía falta decirlo porque la tristeza se instaló en su mirada antes de mencionarla.

—Paula —dijo Pedro, con la intención sociable de integrarla a la conversación y consciente de que, en esa semana de verla, prácticamente nunca se había dirigido a ella—, me contó Clari

que la casa de tus tíos se la llevó el mar. Qué cosa. Creo que si voy por ahí me acuerdo.

—Sí, Pedro. Ya casi no queda nada aquí de lo que yo recordaba.

La mañana transcurrió con un letargo denso. Paula y Clarice leyeron en la arena, en la poca arena que había dejado la marea, entre palos y hojas de palma, como si hubieran sido las sobrevivientes de un huracán. Pedro se fue a trotar por la orilla, esquivando los escombros que habían dejado las olas, saltando cada tanto sobre los cadáveres extraños de medusas muertas o que esperaban morir asfixiadas por el peso del aire. Lucas intentó seguirle el paso, pero se rindió en menos de un kilómetro. No sabía trotar descalzo y la sed le secaba la boca, goterones de sudor le caían pesados de la frente a la cabeza. El sol no salía, la lluvia no llegaba, el tiempo no pasaba. Pedro se le perdió de vista y solo quedaron la playa y él. No había pescadores, ni pescados, ni otros turistas. Todos parecían estar resguardándose de un desastre natural que estaba por venir y Lucas imaginó que eso era el universo, que solo existía él allí y que el desastre ya había pasado. Caminaba rápido, concentrado en no pisar palos ni aguamalas. Pensaba a tal velocidad que nada se fijaba en su cabeza y por eso sentía que caminar era algo parecido a meditar. Cada tanto advertía una ola de tristeza en vez de agua y la transitaba con calma. Sabía que si luchaba contra ellas, si se resistía a que pasaran, se podría ahogar. También sabía (y esto era algo que había aprendido en los últimos cinco años de su vida) que esa congoja era temporal, que eventualmente perdería intensidad pero se haría más profunda en su cuerpo. Ya conocía el duelo, entendía que en él habitaba la melancolía con sus diferentes capas que a veces salían a flote, pero también volvían a hundirse en su interior para dejar que otros sentimientos salieran a la luz. A veces le preocupaba la certeza de que esas capas que ahora lo conformaban como estratos geológicos no lo abandonaran nunca, que él, como las montañas, estuviera hecho de ellas. Habría más rocas en un futuro y se jerarquizarían distinto, pero él siempre sería un hombre huérfano y un padre malogrado al que se le había muerto un hijo.

Al volver se duchó y se quedó un rato en la cama. El calor lo atontó, le dió un sueño liviano que diluyó el paso del tiempo. Se sintió afiebrado. Había caminado un par de kilómetros y

presumió que tendría un golpe de calor. Estaba vencido por el cansancio de ese viaje, del mar, del sonido de las olas, de Paula, de su silencio, de todo lo que intentaba y no podía, de no querer intentar. Quería quedarse en ese cuarto mirando el techo de palma con sus figuras geométricas y derretirse por completo ante la quietud. La siesta terminó por vencerlo. Soñó que nadaba debajo del agua y que no necesitaba salir a la superficie para respirar. En el sueño él se sorprendía por ese hallazgo, por esa libertad, y se maravillaba de no necesitar aire. Entonces nadaba más profundo, hacia la negrura del fondo y ahí veía nadar al lado suyo a un tiburón maltrecho, lleno de cicatrices. Un animal sin edad y sin tiempo, que le pasaba por el lado sin perturbarlo. En el sueño él también se preguntaba qué le habría ocurrido a ese tiburón, de dónde vendría, a dónde iría con su piel escamada y tallada por hondas cicatrices. Cuáles serían las batallas que habría librado y cuál la que terminaría por matarlo. ¿Qué animal o infortunio podría matar a ese animal? Se levantó desorientado y aturdido. Abrió los ojos y seguían ahí: el ventilador apagado, el aire denso, el techo de palma, la sensación de que nada de esto había valido la pena y el hartazgo de ser un hombre triste.

Cuando salió del cuarto, Clarice, Pedro y Paula jugaban a las cartas en una de las mesas del comedor. Calculó que eran las cuatro de la tarde porque el sol se veía con intenciones de ponerse sobre el mar atrás de una capa de nubes egoístas que lo mantenían borroso. Pero el sol estaba ahí.

Paula se veía divertida, quien no la conociera como la conocía él podía decir que se veía feliz. La escuchaba reírse con fuerza, con una alegría inédita dentro de lo que ella ahora era, en lo que se había convertido. Jugaban escala cuarenta y, cuando por fin estuvo al frente de la mesa, vio que ella estaba tomándose una copa de ron. La imagen lo despertó del todo. Hacía más de un año que no la veía tomar alcohol. Paula había dejado el trago porque la alegría desencajada traía como consecuencias largos periodos de angustia y desazón. No quería saberse una borracha triste, menos quería confiar en una felicidad efímera que después tenía que pagar. En la ilusión de ser alguien que no era, alguien completo y desinhibido. Alguien feliz. Por eso, una mañana había tomado esa decisión angustiada, en la que Lucas decidió acompañarla sin cuestionar, tratando de tranquilizarla y de comprender que necesitaba alejarse de esa versión suya que se le

hacía tan vulgar.

Pero ahora no la vio triste. La vio como solía ser, y eso lo inquietó. Se preguntó si solo volvería a ser feliz de manera ficticia, si fingir felicidad era tan distinto de sentirla de verdad.

Pedro lo invitó a jugar y Lucas aceptó, todavía confundido por el sueño. Entonces su estómago sonó, y preguntó si ya habían almorzado. Paula ni siquiera lo miró y Clarice le confirmó que sí, que habían almorzado hacía un rato. Se hizo un silencio en la mesa y Paula añadió que no quería despertarlo, pero él igual se desilusionó, con un poco de rabia por el hambre y el calor. No habría comida hasta las seis de la tarde cuando volviera la cocinera. Todavía no había luz y cada minuto del día era conquistado por la premura de la noche, que lo volvía todo más gris.

De escala cuarenta pasaron a jugar 21. El día se fue del todo y la mujer del comedor les acercó velas. La luz no iba a volver, la tormenta no llegaba y los zancudos los obligaron a prender una serie de espirales a su alrededor que le daban a la escena un aire litúrgico. La primera botella de ron se acabó y Pedro se paró a la barra por una segunda. Tomaban ron caliente, porque tampoco había hielo.

En poco tiempo, Lucas pudo integrarse a la alegría. Él también deseaba la ingravidez; se sentía a gusto con Pedro, que le decía “mi hermano” cada vez que se refería a él, y con Clarice, que parecía entender a Paula en un lenguaje codificado de silencios y escasas palabras.

A las seis y media les acercaron unos patacones con guiso que devoraron y que los devolvieron a una sobriedad más lúdica. Solo ahí dejaron de lado las cartas y empezaron a charlar.

Paula fue al cuarto por un parlante para poner música y Pedro se propuso encender una fogata en la arena para espantar a los zancudos. Lucas lo acompañó en busca de ramas y palos secos, y el administrador del hotelito les pasó una botella de alcohol para facilitarles la misión. Lucas no dejaba de maravillarse por la soltura con la que Pedro se manejaba entre su novia extranjera y sofisticada y su naturaleza silvestre, rudimentaria, de hombre de mar y campo. Se fascinó con su uso del lenguaje y porque, al hablar con el hombre del hotel, emergía de sus profundidades un acento costeño que en otros momentos parecía aplacado por la neutralidad a la que lo obligaba comunicarse con Clarice. Volvía

a hablar a una velocidad que incluso a Lucas, que hablaba su mismo idioma, le resultaba ininteligible. A cada minuto comprendía más su encanto salvaje, lo que a ellos, todos extranjeros de ciudad, les resultaba encantador de su liviandad natural, y lo percibía más brillante todavía, alguien capaz de dominar más de una lengua en simultáneo y traducirles a todos para formar un diálogo común. Pedro, como un traductor de muchos idiomas. Pedro, como una persona capaz de hacer que las palabras fueran justo las que todos necesitaban escuchar.

Ya iban por la mitad de la tercera botella de ron cuando el parlantito de *bluetooth* se quedó sin batería. Clarice fue a su cuarto y volvió con una bolsa de MD como ofrenda a sus nuevos amigos. Todos tomaron de la bolsita, iluminados por el fuego que se hacía alto y casi se perdía en el cielo de esa noche sin estrellas, encapotado por los nubarrones cargados de agua y humedad. A lo lejos podían verse relámpagos que partían la tierra de alguna parte. De fondo se escuchaba el mar, que se había calmado como si también hubiera sido domado por la premura de la lluvia.

Las conversaciones se escurrían de las bocas húmedas. Pasaban de un tema a otro con arbitrariedad. Lucas miraba de reojo a Paula, con los hombros relajados, con los músculos tranquilos, con las carcajadas enormes que ambos creían olvidadas.

Entonces Pedro pasó a contar de su expareja, que era otro muchacho con el que había convivido un tiempo antes de conocer a Clarice. No tuvo tono de confesión, pero Lucas se sorprendió de pensar a ese muchacho tan rudimentario con otro hombre. Su sorpresa lo hizo sentirse avergonzado y viejo. Incapaz de comprender que ese muchacho tan lleno de hombría pudiera gustar de otros hombres, vetado generacionalmente de esa posibilidad.

—Sí, Lisandro y yo estuvimos juntos un par de años, pero ajá, me enamoré de la Clari y nos separamos. —Al terminar, Clarice y Pedro se dieron un beso apasionado, como todos los suyos, llenos de juventud y legítimo deseo.

—Yo también conviví con una mujer —añadió Paula. El diálogo sorprendió a Lucas porque lo consideró innecesario—. Un par de años, cuando vivía en otro país. Se llamaba… bah, se llama Carolina. —Paula tomó aire, mientras todos la miraban con la atención exclusiva de los que ya están un poco borrachos y

drogados—. Ella me rompió el corazón, y después me reencontré con Luc y acá estamos.

Mientras Clarice hablaba de sus experiencias universitarias con mujeres y de cómo había salido con un chico trans en su país y todos aportaban datos a un festival de experiencias sexuales del que Lucas se supo expulsado, no pudo evitar sentirse incómodo por la charla y más incómodo por la forma en la que Paula había descrito los hechos. Odiaba cuando hablaba de Carolina y era incapaz de ignorar los celos que lo embargaban cada vez que surgía en una conversación. No soportaba la tristeza que el tema le daba a Paula ni tampoco que ella lo narrara así: como alguien que la había vencido. Que la recordara triunfadora, que la recordara en general y que esa derrota hubiera sido el desencadenante de su encuentro. La conclusión obvia de la jerarquía de las palabras lo cabreó: si Carolina no la hubiera dejado, entonces ellos no se hubieran encontrado. Se puso serio. El alcohol lo tenía un poco mareado y el calor aturdido.

Fue Clarice quien notó el gesto ensombrecido de Lucas, así que se le acercó al oído y le dijo en un español más enredado que el que ya hablaba:

—No te molestes, estamos solo hablando.

Sintió sus labios en el cuello y la respiración densa del ron y el sudor en el oído. El MD le había puesto la piel sensible y sus pelitos se crisparon con una excitación dulce. Percibió el hilo de voz de Clarice como tentáculos que le enredaron la oreja. Clarice alejó la cara lentamente de su cuello y lo miró con sus ojos extranjeros y profundos, después le dio la mano a Paula, que estaba a su lado, y volvió a la conversación.

Lucas ya no entendía de qué iba el diálogo. Miraba a Paula del otro lado del fuego, a Pedro a su lado izquierdo y a Clarice de su lado derecho y se advertía preso de una especie de complot que escapaba a su comprensión. Tomó más ron. Escuchaba que hablaban de pijas y de conchas y de haber cogido en lugares extraños y también podía escuchar su propia voz allí, en ese relato coral, como si él, o una parte suya, estuviera disociado del cuerpo allí sentado, eufórico y caliente, mirando a su mujer y a los dos extranjeros construir una narración erótica conjunta mientras él se dejaba llevar por el sonido de las olas y la confusión.

Solo sintió que volvía en sí cuando la boca de Clarice tocó la suya. Primero pensó que era Paula a quien besaba, pero el sabor era diferente, así que abrió los ojos y vio esa melena rubia, nueva, con esa piel dorada y joven besándolo. Se alejó con extrañeza y vio que Paula besaba a Pedro a su lado. Pensó en detenerse, pero cuando volvió a sentir que abría los ojos, la mano de Clarice ya estaba entre su pantaloneta, y todo se hizo más difuso. ¿Y si estaba besando a Paula? ¿Y si estaba soñando? ¿Y si esa vida no era real, no estaba sucediendo, esa playa, esa gente, esos dos extranjeros, toda esa muerte encima? ¿Y si en realidad sí era un padre y su hijo no había muerto? ¿Y si en realidad todavía era un hijo y su padre no había muerto? Si el duelo lo había hecho un espectador de su propia existencia, esa noche lo convertía en un esclavo.

Cuando volvió a abrir los ojos estaban los cuatro en su cuarto. Habían llevado un par de velas y la fogata todavía estaba encendida afuera, iluminándolo todo con esa luz cálida. Una vez

en el cuarto le volvió la conciencia. La caminata hasta allí los había puesto ante la encrucijada de seguir adelante o detenerse, y todos habían seguido. Pero estar ahí suponía volver a empezar, y empezar para terminar, para ir hacia algún final. Sentía su verga dura y gigante mientras besaba a Clarice, que lo tocaba con deseo. Entonces ella se arrodilló y le sacó la pantaloneta, mientras se ponía su verga en la boca. Lucas parpadeó con fuerza, pero ya no había más confusión: él estaba ahí, y Paula también, tocando una verga ajena y joven delante de él. Mientras Clarice le chupaba la pija, Paula lo miraba fijamente con ojos incendiados. Podía sentir su calentura de estar ahí, entonces Paula cogió la mano de Pedro, se la metió en la boca y lentamente acompañó esa mano ajena hasta su entrepierna. Apenas Pedro la tocó, vio cómo sus ojos se entrecerraron, pero no dejaron de mirarlo. Pedro se agachó lentamente al frente de Paula y le besó el pubis como tantas veces lo había hecho él. Lucas quiso alejar a Clarice de su verga e ir hacia la concha de Paula, pero no lo hizo, solo vio cómo lo hacía aquel joven y una oleada de tristeza casi termina con su erección. La mirada desafiante de Paula, su calentura rebelde, dolorosa, ajena.

Después él también besó a Pedro, y Paula a Clarice, y cuando estuvieron desnudos, Paula le pidió a Pedro que se pusiera un condón y la cogiera sobre la mesa del tocador. Clarice se acercó a besar a Pedro y a Paula, y Lucas se sintió tan fuera de lugar que le tomó una concentración descomunal vencer la sensación de nostalgia y quedarse allí, pero ya sabía que siempre recordaría esa noche, toda llena de cuerpos bellos, de sexo y de drogas, como una noche excepcionalmente deprimente.

Lucas penetró a Clarice sentada en él, tratando de no mirar a Paula. Sentía de más su textura extraña y novedosa, su sabor neutro, su olor foráneo. Mientras Clarice movía su cadera arriba de él, Paula fue a besarlo. “Todo está bien”, le dijo al oído, y besó su boca con dulzura. Pedro acabó masturbándose mientras los miraba y Paula tuvo un orgasmo tocándose mientras besaba a Lucas, que penetraba a Clarice.

Se quedó dormido casi al instante de acabar. Pero fue un sueño que sobrevoló al sueño, el letargo que lo había acompañado todo el día, con esa pesadez del calor, del ron, de la lluvia por llegar. Cuando todos se iban, se sintió atrapado en su cuerpo adormilado y así también, impotente, privado de la

conciencia, en ese limbo solitario, escuchó que Clarice se despedía de Paula diciéndole al oído: “*You should leave*”.

Lo que le quedaba de conciencia se diluyó entre el sonido de los goterones que caían con violencia sobre la habitación. Entonces se profundizó con el sonido de la tormenta que había llegado.

Desde el peor día, Lucas se veía cada tanto atacado por el recuerdo del sol que brillaba contra las ventanas de la clínica. Por algún azar cruel, ese día no llovió. Un sol tibio calentaba todo, estallaba contra los vidrios e inundaba de luz cálida y bella la más horrible de las tristezas. Recuerda que salió del pabellón de luz sintética, blanca y odiosa de obstetricia y que su cuerpo deambuló hasta un pasillo donde ese mediodía luminoso lo recibió, quizás como castigo, para que en el futuro recordara mejor, como si un recuerdo diurno fuera más inolvidable.

Cuarenta y cinco semanas antes de ese sol (porque ese año él también aprendió a contar en semanas) recordaba una cena con sus amigos Carlos y Julieta. Carlos, amigo suyo de la universidad, se había dedicado al derecho administrativo y era un hombre politizado, culto y de estado, lo que también lo había acercado a Paula. Siempre pareció mayor que él; los años habían sido inclementes y le habían tumbado todo el pelo en sus treinta, por lo que a sus cuarenta años aparentaba diez más. Julieta, en cambio, parecía más joven que él, era notoriamente más bella y sin embargo ambos tenían una forma de moverse, vestirse y hablar que los hacía parecer medio hermanos. En su última temporada como pareja, las comidas donde Carlos y Julieta se habían convertido en un escenario habitual. Hacían noches de comidas étnicas, iban a cine juntos y también se drogaban en grupo. Eran de las únicas parejas que todavía no tenían hijos entre sus conocidos, por eso se sentían a gusto, acompañados en medio del mar de certezas de planes ajenos y de agotamientos de los que eran testigos.

Pero Carlos y Julieta estaban buscando un hijo desde hacía algún tiempo. Era algo de lo que Carlos y Lucas hablaban poco; quizás por su naturaleza íntima, Carlos prefería comentarlo con Paula. Al buscar durante algo más de dos años, habían decidido someterse a un tratamiento de fertilización. El primero pasó sin éxito, por lo que decidieron, todavía optimistas, intentar un segundo. Pero no hubo hijo después de ese segundo y Carlos estaba agotado de las hormonas, de los cambios de humor de

Julieta y de hacerse cargo de la decisión de traer un hijo al mundo de manera tan consciente. En su única conversación con Lucas le había dicho que él creía que uno nunca podía estar tan seguro de tener un hijo. Que se requería un factor de arbitrariedad en el deseo: algo que no podía controlarse, una sensación de señal o de destino, y que la brutal intervención de la ciencia en su paternidad lo hacía pensar de más, con lo que siempre terminaba concluyendo que quizás no quería ser padre, o que no era un asunto para él y para Julieta. Esa diferencia de criterios sobre el deseo empezó a generar fuertes roces entre ellos. Eran y habían sido una pareja hermosa: la imagen del amor, del entendimiento, de la certeza de uno sobre el otro. Lucas envidiaba la devoción de ese cariño; ellos parecían la prueba viviente de que amar era un proyecto viable a largo plazo. Pero entre las inyecciones, la angustia, la frustración y la plata que habían dilapidado en un tercer tratamiento, algo entre los dos empezó a resquebrajarse.

En esa comida a la que fueron con Paula, la tensión fue casi insoportable. Julieta con los ojos hinchados, Carlos con la contundente voluntad de hacer desaparecer el conflicto, Julieta harta de esa pulsión por huir de las peleas y Lucas y Paula como testigos de lo que buscar un hijo y no encontrarlo les causaba a las parejas.

Esa noche volvieron a su casa casi sin hablar. Los dos estaban cansados de alentar la imagen de la felicidad ajena, tan cansados que no pudieron ocuparse de la propia. Pasaron varios días antes de que se animaran a conversar sobre el tema. Lucas no sabía que Paula también se había sentido angustiada por el fastidio que contaminó el amor de sus amigos. Ambos tenían, además, la sensación de estar quedándose solos. Ninguno lo decía, pero se preguntaban qué más podía sostener a una pareja que no fuera un hijo. Qué columna vertebral podrían compartir de ahora en más Carlos y Julieta si no podían crear vida entre los dos. Para Paula, que odiaba esa idea conservadora, la cuestión no era tanto de cumplir con un mandato sino de cómo la idea de un futuro llegaba a infectar de manera tan contundente el presente hasta volverlo putrefacto. Una bacteria cuya única cura era compartir un deseo o terminar el amor.

Fue con eso en mente que Paula le dijo a Lucas que tenía un retraso. Habían sido víctimas de la confianza en el método del

ritmo y también de la torpe soberbia de pensar que ya estaban demasiado grandes para un hijo, que como no lo buscaban, como ellos no eran como sus amigos, entonces no podían embarazarse. Cuando las cinco pruebas que compraron dieron positivo, los dos estuvieron otro rato largo fuera del baño sin hablar. Lucas, un buen hombre de estos tiempos, atinó a decir:

—Pitu, es tu decisión, hacemos lo que tú quieras. —Lo que enojó a Paula al saberse sola en algo que debían compartir.

A ella le pareció una respuesta tan mediocre y facilista que la simpleza con que Lucas la dijo, sabiendo que era lo "correcto" para decir, la inundó de ira. Le respondía a la cuestión más compleja de su vida con una frase hecha. Se lo dijo. Ambos expusieron sus argumentos sobre por qué decir lo que se había dicho y callar lo que no se había llegado a hablar. Entonces Paula, llorando, con desespero y ansiedad, le preguntó:

—Dime la verdad, Lucas. ¿Quieres o no tener un hijo conmigo?

Y Lucas no alcanzó a meditar sus palabras ni a comprometerse con la neutralidad que había aprendido. Se sintió acorralado por Paula, por la situación, por esa noche, por su edad, por el futuro, por la arbitrariedad del destino, y apenas dijo lo que pensaba:

—Sí.

Les quedaba tiempo para decidir, y se ampararon en eso. Tenían catorce semanas, pero las podían estirar hasta veinticuatro. Cuando el tiempo de un embarazo sin sobresaltos les fue pasando por encima y los días empezaron a correr en su contra, la idea de un hijo fue asentándose en su casa y a Paula su cuerpo se le hizo más suyo.

Si al principio, cuando todavía dudaban, Lucas sentía pánico y pudor de tocarle la panza, cerca de la semana veinticuatro apoyaba su mano en el vientre de Paula con una confianza distinta, y eso lo hacía feliz.

Paula le dijo que les había contado a su tía y a sus primas, que había avisado a sus amigas, que había mandado en su grupo de chicas que estaba embarazada, y ese anuncio fue para él la confirmación de su deseo de ser madre. Ahora Lucas pensaba si alguna vez le preguntó: "¿Estás segura de que quieres tener un hijo conmigo?", y dudaba de que esa pregunta dicha así haya existido. No entendía por qué no recuerda ese momento. Se culpa de no haberle insistido con frialdad, con la misma que ella

empleó para arrancarle la confesión de sus ganas de ser padre. Piensa con horror que, si la hubiera hecho meditar esa decisión con esas palabras, ella habría podido arrepentirse.

El cuerpo de Paula casi no se modificó por el embarazo. Sus tetas se volvieron turgentes y redondas, el sexo entre los dos se volvió una experiencia abundante, de más piel, de más deseo, de más carne. Pero Paula no parecía afectada por la gestación. Se movía igual, casi usaba la misma ropa y a ratos parecía olvidar que tenía un hijo en el vientre.

Cuando decidieron seguir adelante, fueron a donde un buen obstetra, frío e impersonal, como los hombres de cruda experiencia, que les dijo de manera demasiado literal que lo mejor *a su edad* era programar una cesárea y controlar el embarazo lo más de cerca posible. A los dos les molestaron la frialdad y lo mecánico del diálogo con el doctor Rodríguez, pero; para Paula sobre todo fue insoportable la sentencia. Se vio tan ofendida que quiso cambiar de obstetra de inmediato. No soportaba la opinión fatalista sobre su cuerpo y menos la intervención tajante en su decisión. Entonces buscaron en la cartilla a un médico que tuviera otro criterio, y además contrataron los servicios de una doula y de otra cantidad de asistencia que los hiciera sentir seguros en el sendero más natural posible.

Lucas recordaba otra tarde de sol cálido que entraba por las ventanas, un domingo cualquiera, cuando Paula ya estaba de siete meses y medio y la panza le crecía prominente y redonda. Hacía semanas sabían que iban a tener un varón, y la búsqueda de nombres era su actividad favorita: se burlaban de los potenciales apodos, se acordaban de gente a la que odiaban que llevaba nombres opcionados o se destruían las ideas que traían con ternura.

Después de almorzar y comer helado de chocolate, se acostaron a hacer una siesta arropados por el sol de la media tarde. El bebé pateó la panza de Paula y ella puso la mano de Lucas encima, para que pudiera sentirlo. Estando ahí, con esa luz dulce que caía sobre sus cuerpos, lo miró y dijo:

—No sé por qué nombre nos vamos a decidir, Luc. Pero yo creo que debería llamarse Luis Felipe, como tu papá.

Lucas lo había pensado, pero le parecía tan mórbido y obsceno marcar así a su descendencia, además de cliché, que ni se había

atrevido a sugerirlo. Entonces, con su mano sobre la piel de Paula, sintiendo cómo el hijo que vendría se acomodaba entre sus entrañas, los ojos se le llenaron de lágrimas y le dio un beso largo y tibio. Consciente, en ese momento, como pocas veces en su vida, de que era feliz.

Para el octavo mes ambos se convencieron de que lo mejor era ceder ante el estereotipo del que tanto habían escapado y hacer un *baby shower*. Les vendrían bien los regalos. De modo que organizaron una reunión sobria en la que cada invitado ya sabía de antemano qué regalarle a la pareja. A esa merienda invitaron a sus amigos y amigas con hijos, a sus conocidos, a su familia y se dejaron llevar por la alegría prefabricada de la paternidad. También invitaron a Carlos y a Julieta, a quienes casi no habían visto desde la noticia de su embarazo. Nunca lo dijeron explícitamente, pero a los dos les daba una enorme vergüenza hablar de su hijo con ellos. Esa pareja se desgastaba a la velocidad de un derrumbe, los tratamientos no funcionaban y la lista de espera de adopción implicaba una burocracia infernal que los hacía odiarse más. Lucas y Paula sentían que su embarazo era prueba de la injusticia más cruel de la naturaleza y eso les generaba una culpa que solo podía distanciarlos de sus amigos.

Paula fue a la cocina a organizar los canapés y Carlos se ofreció a ayudarla. Afuera llovía torrencialmente y la reunión se había comprimido en la sala de su apartamento. Se habían negado a hacer cualquier clase de juego vergonzoso, pero no pudieron escapar de los dibujos infantiles azules y verdes pastel que inundaron la habitación.

—¿Y? ¿Cómo estás? —le preguntó Carlos a Paula, mientras ella organizaba unas tostaditas en una bandeja.

—Bien, Charlie. Emocionada. Confundida. Algo así como contenta —le dijo riéndose. No quería seguir la conversación, pero el silencio la obligó a continuar con una pregunta y a dejar de esquivar los ojos de Carlos—. ¿Y tú? ¿Y ustedes?

—Pues ahí vamos, Pauli. Estamos pasando unas semanas separados. Vinimos juntos porque los queremos mucho y queríamos estar, pero no creo que esto aguante mucho más. No sé cómo vivir sin Juli, pero no puedo vivir más así.

Paula soltó la bandeja y fue a abrazar a Carlos, que empezó a lagrimear en su hombro. Sintió pudor, además, porque para abrazarlo él tuvo que rodearle la panza de embarazada.

—Yo la amo como a nada en el mundo. Pero ya no sé quién es ella. No sé quién soy yo. No creo que podamos volver siendo esto que somos —le dijo, mientras se limpiaba las lágrimas y se incorporaba con las bandejas.

Esa noche Paula abrazó a Lucas fuerte y lloró desconsolada por la separación de sus amigos. Por que algo como ese amor pudiera acabarse. Estaba asustada, hormonal, cansada, llevaba días sin dormir bien; sobre todo la azotaba el desconsuelo de que el presente al que la había llevado su embarazo pudiera desvanecerse si se acababa el amor. Lo único en lo que no había pensado hasta ese instante era en que Lucas y ella pudieran romperse. Había estado convencida de que la vida se empeñaba en unirlos de vuelta, y eso le parecía el devenir de las cosas: su único orden posible, su naturaleza.

Entonces llegó esa mañana. El día había arrancado sin nubes en el cielo. Lucas lo recordaba bien, había rememorado una y otra vez cada hora de ese día preguntándose si una parte de sí había tal vez intuido la tragedia. Si cuando se levantó y se tomó el primer café, o cuando leyó las noticias comiéndose una tostada y contemplando la inusual mañana soleada que se dibujaba afuera de la ventana, algo en el estómago no le advirtió que la vida estaba por cambiar. Nada. Recordaba haber hecho todo exactamente igual. Terminar el café, lavarse los dientes, acomodarse la corbata e ir a despedirse de Paula, que seguía en la cama con la panza cada vez más grande. Todos esos días tenían el vértigo de la inminencia y la impaciencia de la espera. Cualquier día de esa semana, desde que Paula había entrado en licencia, podía ser la fecha en la que se convirtiera en padre. De manera que despertarse era en sí una acción cargada de emoción y ansiedad. Le dio un beso corto a Paula. “Estoy pendiente del celu, Pitu. Cualquier cosa me llamas”. “Cualquier cosa” se había convertido en un eufemismo para contracciones, romper fuente, que el niño nazca. Desde hacía una semana, la presencia de Lucas en el *buffette* era meramente ornamental, y su mente se quedaba ansiosa en su casa, acompañando a Paula.

Cuando vio la llamada de su mujer en el teléfono, su universo se detuvo. Antes de contestar, incluso se paró de la silla de su escritorio y empezó a levantar las cosas. Pasaron pocos segundos antes de agarrar el celular, pero le bastaron para tener la adulta certeza de seguir el plan que habían ensayado: él iría por ella.

Mantendrían la calma. Respirarían. Un parto era mucho más largo de lo que las películas enseñaban, habían aprendido en el curso de preparto que hicieron con ironía, antes de percatarse de lo útil que era una recomendación tan simple como "no se olviden de respirar". Entonces, envuelto por esa tranquilidad tramposa de la información, se tomó un tiempo que le pareció eterno antes de contestar. Cuando tuvo todo en sus bolsillos y las llaves del carro en la mano, deslizó el botón verde de la pantalla.

—Pitu.

—Hay algo mal.

Paula dijo eso en un tono seco. No lloraba. No sollozaba. Su voz era tan frágil que parecía la de un viejo contestador a punto de quedarse sin pila: metalizada y final.

—Cómo así, Pitu. ¿Qué pasó? Respira ¿Rompiste bolsa? ¿Hay sangrado? —Lucas detuvo la marcha hacia su carro y se quedó estático. Trató de recordar las cosas que les había dicho la doula, pensó en todo lo que podía significar lo que Paula acababa de decirle. Aun así, trató de no ser presa de la desesperación y de respirar él también.

—Ven ya. Algo pasa. No se mueve Luis.

—¿Cómo así que no se mueve? ¿Dónde?

—En mi panza. No se mueve. Comí dulce y no se movió. No lo he sentido hoy. Algo está mal, Lucas.

Lucas retomó la caminata hasta el parqueadero. No se despidió de nadie, pero todos supusieron que se dirigía al parto y nadie atinó a preguntar, más allá de Aura, otra abogada, que al verlo afanado le dio una palmadita en la espalda y le deseó suerte. Siempre recordaría esa caminata, al teléfono con Paula. La sensación de mareo y también de un extraño escepticismo frente a la gravedad que ella describía. Nunca le contó que él sintió que ella estaba exagerando y que, cuando hizo el ejercicio de recordar las explicaciones de qué podía significar que el feto no se moviera, la idea de la muerte estuvo tan lejos que, aunque la tuvo en cuenta, se presentó ajena y distante, como las posibilidades de que le cayera un rayo o se ganara la lotería: existían, pero no eran para él. No eran para los hombres comunes con vidas comunes como la suya.

Ya desde el carro siguieron hablando. El tono de Paula había ido cambiando de la metalizada frialdad a la desesperación.

—En cuatro minutos llego, Pitu.

—No te bajes del carro. Ya bajo yo con la maleta.

—Espérate, no bajes sola, le decimos al port… —Pero la línea se cortó.

Cuando se subió al carro, Paula ya parecía el recuerdo de sí misma. La encarnación de una persona que ya no existía. Lucas podía ver la angustia y la ansiedad, pero lo que genuinamente lo asustó fue la certeza. Ella ya sabía, supuso él. Es decir: su cuerpo ya sabía que cargaba a un muerto. Su cuerpo ya era una presencia fantasmal del duelo. Y aunque Paula intentara todas las reacciones posibles y él hubiera pasado esos doce minutos de trayecto tratando de calmarla, de recordarle que respirara, de procurar concentración para no chocarse pasando un semáforo y morir los dos, algo de él se anotició de la muerte antes de que se lo dijeran. Más allá de las palabras sobrevolaba un silencio espeso. En ese carro existió un idioma que nunca volvió a hablarse, que los dos usaron para saber, antes de decir, que su hijo había muerto.

Sosteniendo la mano de Paula, mientras el doctor Portos pasaba el ecógrafo por la panza de su esposa, Lucas vio en la expresión del médico el desconsuelo. Lo vio también en los ojos de la enfermera que lo asistía, que al verlo a él bajó la mirada obligada por un pudor ante la mala noticia que estaba por darse. Lucas recordaba esa expresión en otro médico, en otra clínica, cuando el intensivista que había tratado a su padre salió a decirle que no había nada más para hacer. Era una cara de tristeza y alivio. Cuando fue la muerte de su padre, su impulso ante ese gesto ajeno, y al mismo tiempo tan profundamente íntimo, que esgrimió el médico fue cerrar los ojos y tratar de hacerle llegar a su padre un salvoconducto del mundo de los vivos. Una especie de resignación desbordada de paz se había tomado su cuerpo entonces. Había pensado en ese momento que lo único por hacer era que su papá supiera que podía irse en paz, y había cerrado los ojos con tanta fuerza que tal vez había dicho en voz alta, casi como un mantra, “si te tienes que ir, vete tranquilo”. Entonces Lucas creyó que había entendido todo sobre la muerte, hasta ese momento, al lado de esa camilla, ante los ojos angustiados del doctor Portos.

Ahí no quiso decir “si te tienes que ir, vete en paz”, lo único que deseó fue abalanzarse sobre el médico y rogarle que salvara a su hijo. Exigírselo. Amenazarlo con un escalpelo y hacerlo elegir

entre su vida o la de su bebé. No tuvo calma ni tiempo para la pena, tuvo una ira descomunal y quiso que lo revivieran, que hicieran todo lo que fuera posible, sin importar el costo, el daño, que lo mataran a él, que mataran a Paula, que mataran a todos los bebés del mundo que estaban por nacer con tal de que su hijo no muriera. Los dientes se le apretaban y lágrimas empezaban a caerle por las mejillas. La impotencia más aguda y un ardor intenso lo quemaban por dentro. Cuando el doctor terminó de hablar, Lucas estuvo seguro de no haber escuchado nada. Solo podía reproducir el ardor de sus entrañas y las imágenes de todos: el doctor Portos mirando a Paula, la enfermera con los ojos encharcados tratando de no hacer contacto visual y, después de recorrer la habitación, la cara desfigurada de su esposa. Esa expresión de la muerte. Un dolor tan intenso que lo recordaba mudo; solo se había fijado en su memoria la honda tristeza de los ojos de Paula. Algo que nunca había visto. Algo que nunca ningún hombre debería ver.

Entonces salió de la habitación a ese sol cálido. Quiso vomitar. Sintió que no podía mantenerse en pie y fue a la ventana unos minutos antes de llamar a su mamá y a sus hermanas. El mundo seguía ahí. Lo aterró la continuidad de la vida: que los carros siguieran andando, que la luz del día no hubiera desaparecido, que a su lado alguien intentara sacar un paquete de papitas de una máquina. Lo martirizó la banalidad con la que tendría que seguir vivo. Pensó que sería incapaz de continuar con esa pena, y ahí, frente a esa ventana, se aferró a algún milagro. Cerró los ojos y le pidió a su papá que hiciera algo. Pensó en Dios, cualquiera, que cualquier cosa lo salvara de la tragedia que ahora lo devoraba.

2 de mayo de 2022
De: pduran@gmail.com
Para: carobarrera13@gmail.com

Caro,

Perdóname por la tardanza en responder tu mail anterior. Qué han pasado, ¿cuatro semanas? No lo sé. El tiempo me pasa de manera caprichosa últimamente. Te escribo desde el teléfono. ¿Te acuerdas de cuando éramos unas románticas y queríamos volver a narrar en máquinas de escribir encontradas en anticuarios? ¿Te acuerdas de cuando éramos unas pretenciosas, insoportables, pero llenas de sueños y enamoradas de estar en un país que no era el nuestro con una vida precaria que aun así era infinita? Parecía infinita.

La vida ya no es infinita. La vida ya no es nada. Finalmente vine a La Perlita a buscar la casa de mis tíos. ¿Recuerdas que te conté? Vine hasta acá buscando ese pedazo de pasado, con la ilusión de encontrarme con la pieza que me falta y sentirme completa de una vez por todas, y solo me encontré con una ruina, con tierra arrasada. Yo soy la tierra arrasada, soy un baldío, soy un cuerpo seco en el que nunca van a volver a crecer las flores. Vine acá a escapar de la tristeza de mi cuerpo y soy yo la pesadez, soy yo la oscuridad. En mí habita la podredumbre que vuelve azul todo a su paso.

No estoy bien, como verás. Y este mail desesperado, escrito en estas teclas pegajosas, no es para pedirte nada más que un espacio donde reposar de esta ira que siento, de esta frustración que me aplasta. No creo que pueda volver a mi casa porque ya no es mi casa. No creo que pueda volver con él porque al verlo la muerte se me vuelve a plantar en el vientre y me carcome.

Necesito que la vida que he hecho se desmorone por completo y que no quede ni su recuerdo derretido. Necesito olvidar que parí a un bebé que no respiraba, anular el dolor del cuerpo, deshacer la textura de su piel todavía tibia y sacarme de encima la ilusión de que al escuchar mi corazón el suyo volvería a palpitar. Vivo en una novela de terror, de pánico, estoy atrapada en una narración sádica y cruel y necesito salir.

Hay una chica acá que me recuerda a ti. Se llama Clarice, es de un país europeo de esos escandinavos. Comparte la mesura y la frialdad que tenían tus palabras, y cierta sabiduría, mezclada con prudencia, mezclada con misterio. Estar a su lado me sosegó y me resguardó, no porque la entienda o pueda predecirla: porque no la

entiendo. Porque no te entiendo. Nunca puedo adivinarte y tu amor me mantuvo alerta, con los ojos abiertos en la medida necesaria para soportar el mundo.

Tomaré tu ofrecimiento de ir a estar una temporada en S.F. Cuando vuelva a la ciudad coordinamos los pormenores. Te lo agradezco con lo que queda de mí. Ahora me siento devorada por la angustia, como las hormigas comen cada pedacito de mango dulce que tiene la mala suerte de tocar la tierra. Todo acá se humedece, se pudre, se extingue de la peor manera.

Te quiero.

Lucas abre los ojos al mismo tiempo que el día clarea. Sabe que es de madrugada. Sabe que Paula está a su lado. Sabe que, aunque su espalda desnuda repose sobre las sábanas blancas bajo el techo de palma, ella está muy lejos.

Se levanta sin hacer ruido. No porque no quiera despertarla, sino porque se siente liviano como un ánima que ni siquiera pisa el suelo. Sale del cuarto a ver el amanecer y el mar del último día en esa isla. Al mediodía se irán de allí y el sol volverá a ponerse sin que él pueda verlo.

El comedor está vacío. Ya no siente los jejenes que le picaban los tobillos. Ya no es ni alimento para los mosquitos. Mira el mar con su oleaje imperturbable. Se sabe a salvo con la idea de que siempre estén las olas ahí: aunque él muera ahí mismo, las olas volverán a formarse con determinación inmortal.

Camina descalzo por la arena húmeda del rocío de la noche. Pasa por los restos de la fogata, ve las colillas, la botella de ron, la vida que una vez habitó esa tierra. Al pisar, puede sentir a las generaciones previas de colonos, y antes de los colonos a sus esclavos, y antes de los esclavos a indígenas libres, y antes de ellos a bestias prehistóricas que corrieron por esa tierra sin sospechar que alguna vez estaría poblada por hombres tristes.

Quiere ver a su padre y a su hijo. Espera cerrar los ojos y que estén ahí. Se ilusiona con la idea de que se aparezcan claramente aunque sea en sus sueños, no de formas enigmáticas que haya que interpretar sino como los cuerpos que recuerda. Que su padre le dé consejos claros con su voz profunda y le diga que todo va a estar bien y que esté con su niño en brazos. Y si no puede ver a los muertos, entonces sentirlos. Saber su presencia en el pecho, en el viento, percibir el confort del otro mundo que viene a hacerle saber que no está solo. Pero lo está. Los muertos no vuelven de la muerte pero tampoco se olvidan, la memoria de los vivos es el verdadero purgatorio, y por eso es tan cruel. Lo que se extingue de este mundo se va para siempre, y el viento que sopla y la calidez de las tardes de sol y algún instante de bienestar que encuentre en el futuro no tendrán nada que ver con los que ya no

están.

Entonces ve a unos metros un montículo gris. Al principio cree que es una piedra, pero después recuerda que allí no hay ninguna piedra, que algo de ese tamaño no pudo ser arrastrado en la noche por ninguna ola que no lograra despertarlo. Avanza hacia la montaña grisácea y mientras se acerca otras formas se vuelven nítidas ante sus ojos. Ve que de un óvalo enorme sale una aleta y que no es una roca inerte sino una ballena atrapada en la arena.

Lucas apura el paso, quiere llegar más rápido; el viento fresco de la madrugada lo despabila. Mira a sus espaldas a ver si hay alguien, intenta gritar, pero la voz no le sale. Cuando está a menos de un metro se da cuenta de que él es diminuto al lado de la ballena. Nunca en su vida se había sentido tan pequeño. Se queda quieto un segundo y el animal mueve la cola con un esfuerzo descomunal. Mueve la cola con la dificultad de mover toneladas fuera del agua, ante el peso del aire, de la superficie, de la orilla. Lucas no teme, no se acerca, la contempla con desesperación y cautela, no quiere lastimarla, pero no sabría cómo salvar a ese animal gigante. A ese pedazo de mar y de tierra que está frente a sus ojos. Da un paso más y queda a su lado, estira la mano derecha y siente en su piel la textura áspera de la ballena; sus ojos se humedecen ante lo imponente de ese animal. Hay cosas tan bellas y tan tristes, piensa. No sabe si, de hecho, lo dice. Si se lo dice a la ballena, que ahora lo entiende, como si hablara con él. Entonces la recorre con la mano acercándose hacia su trompa, y en ese momento, mientras él trata de entender sus dimensiones, de conceptualizar su existencia, la ballena abre un ojo del tamaño de su cabeza y Lucas ve el vacío negro de su mirada.

Pasa su mano consintiéndola, con la pretensión de tranquilizar a un animal que tiene la edad del mundo. Mira el infinito ojo del cetáceo y está seguro de que ve el fondo del mar, allí donde no llegan buzos, ni barcos, ni la luz del sol. Allí donde solo vive lo que nada perpetuamente en la profundidad. Allí donde reposan todos los muertos. Da pasos ágiles pensando estúpidamente que puede arrastrarla. No lo intenta, no porque la idea sea tonta, sino porque no quiere lastimarle la aleta. Intenta desesperado cavar la arena a su alrededor, tratando de abrir un canal que el mar borra cada que rompe una ola. No se detiene ante la evidencia de la imposibilidad. Tiene que existir una forma, piensa, de que el

animal pueda volver al agua y nadar a donde pertenece, de donde nunca debió haber salido. Un mundo feliz. Un mundo siquiera. Un animal milenario ha cometido el error de arribar a esa isla donde todas las cosas van a respirar por última vez.

Lucas escucha una voz a su espalda que le dice:

—No hay caso, mi hermano. Esa ballena está enferma por dentro, está podrida. Es la naturaleza de los animales: cuando tienen que morirse se mueren.

Se da vuelta y ve a Pedro. Le pide ayuda, pero el joven le repite exactamente lo mismo mientras le apoya la mano en el hombro.

La tristeza pesa en el cuerpo de Lucas, camina despacio, pasando la mano sobre la enorme aleta dorsal, vuelve hasta el ojo y ve una certeza: la dulce resignación de algo que sabe que es el final. Los dos cierran los ojos y escuchan el sonido de las olas romper sobre la orilla. Hay cosas tan bellas y tan tristes.



María del Mar Ramón

(Bogotá, 1992) es autora de la novela *La Manada* (Planeta, 2021) y del libro de ensayos *Tirar y vivir sin culpa, el placer es feminista* (Planeta, 2019). Es columnista de Vice y escribe en diversos medios latinoamericanos. Con el cuento "El deseo es una cicatriz" formó parte de la antología *Cuerpos* (Seix Barral, 2019). Actualmente trabaja en radio y en el desarrollo de contenidos audiovisuales. Desde 2012 reside en Buenos Aires.

Imagen de la cubierta: Fiorella Ferroni
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Otros títulos por Seix Barral

Parece que dios hubiera muerto
Diana Ospina Obando

Bello animal
Fanny Buitrago

Plaga
Juliana Javierre

El fin del Océano Pacífico
Tomás González

Viejos pactos
Álvaro Robledo

María del Mar Ramón

Todo muere salvo el mar

La muerte ha hecho evidente una grieta en la relación de Lucas y Paula, una fisura entre la cual, en lugar de luz, se filtra el dolor de todas las pérdidas. Para encontrar un refugio ante la pena la pareja decide viajar a una isla escondida en el Caribe. Allí, Lucas sospecha que la naturaleza se ha tomado a su esposa, que desaparece sin rastro entre el agua, devora mangos como si fueran pajaritos y se hace cómplice de la fauna de la isla, arrasando con todo a su paso.

Pero nada en esta isla es un refugio; la vegetación se extiende como el miedo en la psiquis de los personajes. Entre sueños del pasado, correspondencias secretas, polvos tristes, correos electrónicos, funerales y orgías se construye esta novela psicológica en la que, a cuenta gotas, se nos ofrece la verdad compleja que Paula y Lucas esconden. Una verdad que reafirma, en la inverosímil fertilidad del Caribe, nuestra soledad más esencial.

Con una prosa ágil que se diluye en el calor del trópico, María del Mar Ramón desentraña la mente de un hombre de cuarenta años que se enfrenta al dolor de lo imposible: la muerte de lo que estaba antes y de lo que vendrá después.



Seix Barral Biblioteca Breve